

Selecta

Andrea Muñoz Majarrez



*La
candidata
perfecta*

La candidata perfecta

Andrea Muñoz Majarrez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mis lectoras.

Prólogo

Londres, 1837

El salón de *lord* Ferrars estaba abarrotado. La alta sociedad disfrutaba de una entretenida velada con música, baile y conversación. Era la Temporada y, en aquel salón, se estaban planeando numerosas uniones matrimoniales sumamente beneficiosas. Algunas debutantes se presentaban esa noche, a la espera de conocer a un pretendiente adecuado para poder contraer un matrimonio ventajoso.

Entre ellas estaba la joven de dieciséis años Audrey Morgan, una muchacha alta, con una figura curvilínea, cara redonda, ojos azules, y cabello de un tono negro azabache que brillaba a la luz de las velas. No destacaba por su belleza, pero sí por su simpatía e inteligencia.

Aquella noche, Audrey no estaba atrayendo la atención de los jóvenes casaderos que allí se encontraban, a pesar de que se había puesto sus mejores galas. Llevaba un vestido de muselina de color rosa, con escote en forma de uve, encajes en los bordes, y el pelo recogido en un moño alto, con tirabuzones.

Audrey Morgan tenía el estatus social perfecto para encontrar un buen partido. Nacida en Ellis Hall, Sussex, era hija de los marqueses de Clayton. Tenía un hermano mayor, Clive, que se había casado el año pasado, y una hermana menor, Julia, que aún no había debutado. Su familia era respetada y admirada por toda la alta sociedad. Eran ejemplo de virtud y saber estar.

Además de tener una buena posición social, Audrey tenía una habilidad única, que solo conocían sus más allegados. Era una excelente celestina. De hecho, en su corta existencia, ya había sido la precursora de tres uniones. La de su hermano Clive con *lady* Annabella Hawke, la de su tía Melissa con su tío Arthur, y la de su prima Clare con *lord* Clivedon.

Ella siempre era la intermediaria. Primero, hacía posible que la futura pareja se conociera, y después hacía de las suyas para que saltara la chispa, ya fuera a través de notas románticas u organizando encuentros fortuitos. Con solo mirar a una persona y a otra, era capaz de saber si estaban hechos el uno para el otro. Por desgracia, todavía no había conseguido encontrar a su alma gemela, y temía que esa noche tampoco iba a lograrlo.

Estaba Audrey sentada en un rincón del salón, junto a su madre y su tía Melissa, rodeada de un grupo variado de mujeres solteras, casadas y viudas. Se dedicaban a conversar sobre las últimas novedades y deslizaban algún que otro rumor sobre alguno de los asistentes. Audrey se estaba aburriendo terriblemente, pero tampoco tenía otra cosa que hacer. Su carné de baile estaba completamente vacío, ningún joven quería bailar con ella, y no porque le faltaran ganas. Le encantaba bailar.

Estaba observando con cierta envidia a las parejas que daban vueltas en la pista de baile, cuando, de repente, el grupo empezó a murmurar. Entonces, vio al fondo de la sala a dos jóvenes caballeros con muy buena planta.

Se quedó hechizada, al igual que el resto de las damas allí presentes. Ambos eran altos, muy apuestos, y rubios, aunque uno de ellos tenía el cabello más oscuro. Estaban charlando con dos jóvenes muy hermosas que no dejaban de sonreírles.

—¿Quiénes son? —preguntó una mujer del grupo.

—*Lord* Michael Davenport y *lord* Henry Crawford. El primero, que tiene el pelo más oscuro, es nieto de *lord* Davenport, duque de Branston, y el segundo es hijo de *lord* Crawford, marqués de Guildford —contestó *lady* Greystoke.

Las damas miraron a ambos caballeros con curiosidad.

—Según tengo entendido, a pesar de su buena posición, su vida es una sucesión de escándalos. Digamos que llevan una vida un tanto licenciosa. Muchos padres temen por la virtud de sus hijas cada vez que esos dos aparecen —explicó *lady* Greystoke.

—Bueno, es natural que dos caballeros jóvenes quieran divertirse un poco antes de casarse. Aunque es preferible que ese tipo de asuntos se lleven con discreción. Sin embargo, en el caso de las jóvenes casaderas, ese comportamiento es intolerable. Ahora casi todas prefieren quedarse solteras para poder hacer lo que les plazca, en vez de cumplir con su deber, que es casarse y traer hijos al mundo. Esto es lo que trae el progreso. Aquí cada uno hace lo que se le antoja. ¡Un auténtico disparate! Ya no se respetan las tradiciones. Por eso, estoy firmemente en contra de la modernidad. La tradición es lo más importante. El progreso no ha traído nada bueno —afirmó *lady* Burton, indignada.

«¡Dios mío, lo que hay que oír!», pensó Audrey, poniendo los ojos en blanco.

Harta de escuchar aburridas conversaciones de señoras que se escandalizaban por cualquier cosa, decidió levantarse e ir a buscar algo de comer. Pensó que, dadas las circunstancias, tampoco tenía otra cosa mejor que hacer.

—Vuelvo enseguida, si me disculpan —dijo mientras se levantaba.

Al instante, su madre la miró con suspicacia. Ignorando ese gesto, Audrey se dio media vuelta y se fue directa a la mesa alargada situada allí cerca, que estaba repleta de succulentos manjares. Pasteles de merengue y hojaldre, tartaletas de mermelada de frambuesas, caviar y mucho más.

Cogió un plato y lo llenó con un surtido variado de pastelitos de merengue y crema. En ese momento, notó la mirada inquisidora de su madre, que no aprobaba que comiera a horas intempestivas, debido a su tendencia a engordar con facilidad.

Decidió escabullirse y esconderse detrás de una columna, que tenía una

cortina de terciopelo. Allí se quedó de pie, apoyada en la pared. Empezó a comer y sintió enseguida el delicioso sabor del merengue en su paladar. En esos momentos, era la persona más feliz del mundo. Le encantaban los dulces, su gran perdición.

De repente, comprobó que sus dedos estaban manchados de merengue y, cuando quiso limpiarse, se dio cuenta de que había olvidado coger un pañuelo. «¡Maldita sea! ¿Y ahora qué hago?», pensó, angustiada. No le quedaba más remedio que salir de su escondite. Iría a la mesa, cogería lo que necesitaba y regresaría rápidamente adonde estaba.

Pero no iba a ser tan sencillo. Empezó a caminar con el plato en la mano, buscando con la mirada a su madre que, en ese instante, estaba hablando con *lady* Greystoke. De repente, al levantar el pie de nuevo y posarlo en el suelo, se tropezó con el bajo de su falda, que era demasiado largo.

Pudo evitar caerse gracias a unas manos que la agarraron por los hombros. No obstante, los pasteles aterrizaron en su falda, con tan mala suerte que se manchó. Se miró el vestido, horrorizada, y lo supo entonces. Su madre iba a matarla.

—¡Oh, dios mío! —exclamó, apurada.

—No se preocupe, ahora mismo la ayudo a limpiar este desastre —dijo la persona que estaba frente a ella.

Audrey alzó la vista y se quedó totalmente sorprendida. *Lord* Henry Crawford la estaba mirando con una amable sonrisa dibujada en su rostro. Enseguida, el caballero desapareció para volver al instante con un paño mojado. Se agachó y empezó a retirar el merengue que había esparcido sobre la falda de su vestido. Audrey estaba muerta de vergüenza, aunque agradecía su generoso gesto. Se quedó quieta, mientras él intentaba ayudarla, y empezó a notar cómo su pulso se aceleraba. Él terminó su tarea, se levantó y la miró.

—Ya está. Creo que no se notará.

Audrey se mordió el labio inferior, nerviosa, mientras se frotaba las manos.

—Muchas gracias, *lord* Henry. Ha sido usted muy amable. Siento las

molestias.

Henry Crawford alzó una ceja, desconcertado.

—No recuerdo que nos hayan presentado, señorita...

—*Lady* Audrey Morgan. Sí, es cierto, no nos han presentado, pero es que he oído su nombre en boca de otras damas.

—Espero que haya sido para bien —respondió él, divertido.

Audrey se rio.

—No se preocupe. Aunque haya sido para mal, no me importa. Después de lo que ha hecho por mí, ya tiene mi aprecio.

Henry sonrió, pensativo. Aquella *lady* Audrey Morgan parecía ser una joven muy agradable. De hecho, ya le caía bien.

—Bueno, será mejor que me marche. Cuanto antes me enfrente al sermón de mi madre, antes terminará la penitencia —comentó Audrey.

—No creo que se dé cuenta, ya no hay manchas.

—No sabe de quién está hablando. Mi madre ve manchas hasta en una diminuta pulga. Además, es buena conocedora de mi torpeza, no es la primera vez que esto me ocurre. Como dice ella, soy una calamidad.

Henry se rio.

—No me lo creo. Estoy seguro de que exagera.

—No me ponga a prueba, *lord* Henry, porque cabe la posibilidad de que acabe usted con manchas de merengue en su traje —le advirtió, divertida—. Gracias de nuevo. Ahora me marcho. Si me disculpa.

Dicho esto, se alejó de allí. Henry la siguió con la mirada, y observó cómo se sentaba junto a su madre que, efectivamente, había detectado el rastro de la mancha. Ya estaba echándole un buen sermón.

En ese momento, Henry sintió un extraño impulso que no pudo detener. No supo por qué, pero quería volver a ayudar a aquella joven tan agradable y algo torpe. Consideró que, quizás, *lady* Morgan se calmaría si alguien pasaba por alto el incidente y sacaba a bailar a su hija.

Henry se presentó con una amplia sonrisa ante el grupo de damas y se

dirigió directamente a *lady* Audrey. Ella lo miró, asombrada.

—*Lady* Audrey, ¿me haría el honor de concederme este baile?

Audrey sonrió y asintió, feliz. Por fin bailarían en la Temporada. Las damas a su alrededor se quedaron en silencio. No podían creerse que el apuesto *lord* Henry Crawford le pidiera un baile a la anodina y torpe *lady* Audrey Morgan.

Los dos llegaron al centro de la pista y empezaron a bailar al son del vals.

—*Lord* Henry, creo que ha dejado a mi madre sin palabras con su inesperada invitación.

Henry se rio.

—Eso parece. No he podido evitarlo.

—¿Sabe? Es el primer caballero en toda la temporada que me pide un baile.

Henry frunció el ceño.

—¿De verdad?

Audrey asintió.

—Así es. De hecho, como puede comprobar, mi carné de baile está vacío. ¡Con lo que me gusta a mí bailar!

—Y permítame que le diga que no lo hace mal.

—Gracias. Usted también es un excelente bailarín. ¡Siento que estoy flotando! —exclamó Audrey.

Henry estaba sorprendido. Normalmente, las damas no solían ser tan honestas. Audrey Morgan decía lo que pensaba, sin importarle las formalidades. Desde luego, era una joven peculiar con la que uno no podía aburrirse. Siguieron bailando hasta que terminó la pieza, disfrutando de una agradable y amena conversación, mientras algunos los observaban con curiosidad.

Aquella noche, Audrey regresó a casa contenta. Había conocido a todo un caballero. No pensaba creerse los mal intencionados comentarios de la gente. A pesar de tener fama de mujeriego a sus veinte años, *lord* Henry Crawford había sido su caballero de la brillante armadura. A partir de ese día, tendría su aprecio incondicional.

Capítulo 1

Londres, 1848

ERan las once y media de la mañana del sábado, y Brook's ya estaba lleno a esa hora. El día anterior había sido una jornada dura en el Parlamento, y los debates se sucedían, entre tazas de té y algunos vasos de brandy. Henry llevaba casi dos años formándose para el día de mañana heredar el asiento que su padre tenía en la Cámara de los Lores. Aunque había aceptado el desafío, y respetaba la tarea, no se mostraba demasiado entusiasmado con el asunto. Henry tenía sumo interés en otro menester.

Hacía tres años, cuando ya tuvo una fortuna personal asegurada, empezó a dedicarse al mecenazgo, tanto artístico como científico. Estaba interesado en los últimos avances de la ciencia y le entusiasmaba el arte. Por esos motivos, financiaba investigaciones, proyectos y los trabajos de unos pocos artistas. Si podía aportar su granito de arena para que el progreso se abriera paso, lo hacía sin contemplaciones.

Desde hacía seis meses estaba pendiente de unas excavaciones que estaban teniendo lugar cerca de Marley House, la casa señorial de los Crawford. Resultaba que, un buen día, cuando uno de los jardineros estaba trabajando encontró un trozo de una vasija romana. Ahí empezó todo. Henry acudió a la Universidad de Londres en busca de los mejores arqueólogos e historiadores y puso en marcha un proyecto de investigación que estaba dando buenos resultados.

En esos momentos, Henry estaba sentado, charlando con otro miembro de la Cámara, *lord* Arthur Robertson, un caballero de la edad de su padre que tenía mucha experiencia en eso de la política. Discutían sobre la sesión que había tenido lugar el día anterior, que parecía vislumbrar novedades muy alentadoras.

—La de ayer fue una sesión muy productiva. Y, además, parece ser que dentro de poco se aprobará la ley de salud pública.

—Eso parece, *lord* Robertson. Y yo que me alegro. Será un avance considerable en nuestro sistema. De hecho, será una ley pionera —respondió Henry.

—Yo, que ya llevo mucho tiempo en esto, estoy gratamente sorprendido. En los últimos años, se han estado aprobando leyes que están permitiendo que avancemos. Nuestra reina parece estar mucho más abierta a los cambios.

—Yo no diría tanto. Su moral es demasiado estricta, en mi opinión. Sin embargo, en otros aspectos, parece ser mucho más permisiva.

Lord Robertson lanzó una suave carcajada.

—Y demos gracias por ello. Sin embargo, creo que si su Majestad supiera de su moral un tanto... disipada, no sería demasiado dura con usted, *lord* Henry. Estoy convencido de que, con una sonrisa y una mirada de las tuyas, quedaría perdonado. Bueno, en realidad, cualquier mujer le perdonaría.

Henry dibujó una sonrisa ladeada.

—A su Majestad todavía podría convencerla de que me dejara algo de libertad, pero con mi madre es imposible. Ya se encarga cada día de recordarme mis obligaciones, mientras critica mi moral disipada.

Lord Robertson se rio.

—Pues, sin ofender, conociendo a su madre, prefiero una buena reprimenda de su Majestad.

—La verdad nunca ofende, *lord* Robertson.

Dieron las doce, y Henry salió de Brook's para dirigirse a Crawford House, en Mayfair, donde ya estaría todo preparado para el almuerzo. Subió a su

caballo y comenzó a cabalgar en dirección a su casa. Ese día comería con su madre, *lady* Hillary, ya que su padre tenía varios compromisos y no podría acompañarlos.

Mientras cabalgaba, se mostraba pensativo. La temporada londinense estaba en pleno apogeo y, entre las sesiones parlamentarias y las veladas y bailes a los que debía asistir, no tenía tiempo de aburrirse. Sin embargo, no tenía tantas ganas de divertirse como en el pasado.

Unos meses atrás, su mejor amigo, Michael Davenport, se había casado con la encantadora Charlotte Beverly, y Henry había empezado a sentirse un poco solo. Casi todos sus amigos ya estaban casados y tenían familia. Él era de los pocos que aún estaba soltero.

Sin embargo, no se trataba solo de eso. Desde hacía tiempo, notaba que ya no tenía sed de aventuras. Últimamente había espaciado sus romances, y ya no asistía a los bailes con ganas de seducir y pasar la noche con alguna bella dama. En esos momentos quería sentar la cabeza, casarse y formar una familia.

Henry deseaba contraer matrimonio por amor, aunque no estaba seguro de saber lo que era eso. Siempre había vivido rodeado de normas y obligaciones, sin muestras de afecto. Sus padres, aunque eran encantadores, no sabían transmitir sus sentimientos. Ellos se habían casado por obligación, y Henry nunca había apreciado muestras de cariño entre ellos. De hecho, supo a ciencia cierta que habían dejado de yacer juntos en cuanto nació él. A partir de entonces, cada uno hacía su vida por separado, aunque se veían durante las comidas y asistían juntos a los actos sociales.

Henry no sabía lo que era estar enamorado, porque nunca lo había estado. Solo había sentido deseo, y había disfrutado de la compañía femenina cómo y cuándo había querido. Pero nunca había deseado pasar el resto de su vida con alguien.

Aunque entonces, en su interior, y al ver el amor verdadero que se profesaban Michael y Charlotte, comprendió que él quería también lo mismo. Deseaba encontrar a su alma gemela. Sin embargo, no sabía por dónde

empezar la búsqueda. A eso había que añadirle que el panorama no era alentador. Prácticamente conocía a todas las damas casaderas y ninguna le atraía. Ese era el problema.

Al cruzar una esquina, vio finalmente Crawford House, el bastión de la familia en Londres. Se trataba de una casa de tres plantas, con una fachada blanca y enormes ventanales. Un pórtico sostenido sobre dos columnas de estilo jónico y una elegante puerta de color negro daban la bienvenida al visitante.

Henry entró en la casa y fue recibido por el mayordomo de la familia, el señor Stevens, que hizo una reverencia con su habitual gesto adusto.

—Buenas tardes, *milord*. ¿Ha tenido una buena mañana?

—Sí, Stevens. Excelente, diría yo. ¿Ya está todo listo?

—Sí, *milord*. Lady Hillary le espera en el comedor.

—Gracias, Stevens.

Enseguida atravesó el pasillo que conducía al comedor, donde su madre ya estaba sentada delante de la mesa. La saludó y, a continuación, se sentó frente a ella.

Lady Hillary Crawford tenía la tez blanca, los ojos verdes y el cabello rubio, como su hijo. Henry había heredado los hermosos rasgos de su madre. La dama tenía algunas arrugas en su rostro, apenas notables. De hecho, seguía manteniendo una figura esbelta y una cintura delgada, lo que hacía que cualquier traje le sentara bien. De unos modales exquisitos, lo único de lo que carecía era de expresividad. Nunca mostraba sus emociones. Otro de los rasgos de su personalidad era la enorme curiosidad que sentía por la vida de los demás, asunto del que le gustaba mucho hablar, y su estricta moral, que tanto sufría su hijo.

—¿Cómo te ha ido la mañana, querido? —inquirió su madre, mientras una sirvienta le servía consomé.

—Muy bien. He estado conversando con lord Robertson y ha sido muy agradable. ¿Y a ti?

—Bastante bien. He estado tomando un té a media mañana con *lady* Branson, y me ha estado hablando de su hija, Rowena —respondió, mirando a su hijo.

Henry desvió su mirada, concentrándose en su consomé.

—¿Y qué tal está? —preguntó él, intentando no parecer nervioso. Sabía con certeza el rumbo que tomaría aquella conversación.

—En edad casadera. Veintidós años. Educada, hermosa y dispuesta a casarse.

«Y también insustancial y altanera», pensó Henry con disgusto.

—¿Y ha encontrado un pretendiente?

—Henry... —Su madre alzó una ceja y lo miró, molesta.

—Madre, ya hemos hablado de esto. Yo seré quien elija a una candidata apropiada para que sea mi futura esposa. Y *lady* Rowena no lo es.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Como lo diría... Es simplemente insoportable. Ególatra, altanera y carente de elocuencia en cuanto a conversación se refiere.

—Para casarte y tener un heredero, la conversación es innecesaria —afirmó su madre.

—Para mí sí lo es. Así que, *lady* Rowena queda descartada. No te preocupes, encontraré a la candidata perfecta, solo necesito algo más de tiempo. ¿Podrías darme ese voto de confianza? —inquirió Henry mirando a su madre.

Lady Hillary suspiró.

—Te doy ese voto de confianza porque últimamente parece que has cambiado. Solo te pido que este asunto quede solucionado lo antes posible, y que la candidata cumpla con lo que se espera de ella.

«Y que yo la ame», añadió Henry mentalmente.

—Descuida, madre.

Después de comer, Henry salió a cabalgar por Hyde Park. Aquella tarde había algunas nubes en el cielo, pero poco le importaba. Disfrutaba de

aquellos momentos de soledad, sobre todo entonces que el matrimonio y la responsabilidad para con su linaje eran temas recurrentes en las conversaciones familiares.

En todos esos años, había conocido a muchas mujeres. Casi todas ellas hubieran sido adecuadas como futuras esposas, aunque en un matrimonio sin amor. Henry a veces se lamentaba de su posición. Solía preguntarse si eso le beneficiaba a la hora de encontrar el verdadero afecto.

De repente, se cruzó con dos rostros que le eran familiares. Dos damas a las que había conocido en un pasado no muy lejano. Ambas se detuvieron, al igual que él, y le saludaron, sonrientes:

—Buenas tardes, *lord* Henry —dijo *lady* Dillon, una mujer rubia de ojos azules, con la que había yacido durante un corto periodo de tiempo, antes de que esta se casara.

Henry alzó su sombrero de copa, a modo de saludo.

—¿Le apetece dar un paseo con nosotras? —preguntó *lady* Arundel con una mirada seductora. Era una mujer morena de exuberantes curvas, que había mantenido un romance con él al poco de casarse.

Henry negó con la cabeza, a pesar de que las dos damas eran tentadoras.

—Lo siento, señoras. Pero, a partir de ahora, voy a empezar a comportarme —contestó.

Ambas pusieron cara de pena.

—Una lástima —respondió *lady* Dillon, encogiéndose de hombros.

Henry, finalmente, se alejó de ellas, orgulloso de sí mismo. En otras circunstancias, habría actuado de otra manera. Sin embargo, había prometido comportarse.

Siendo muy joven, y después de comprobar los efectos que causaban su título y su atractivo físico entre las damas, decidió vivir una vida llena de excesos, algo que no le granjeó el respeto de sus padres. Sin embargo, a raíz de tomar la determinación de cambiar, sus progenitores empezaron a confiar en él, aunque aún estaba a prueba.

Se cruzó en su camino con más rostros conocidos, algunos de ellos un tanto desaprobadores. Estaba acostumbrado. Desde que empezó su dilatada carrera de devaneos amorosos, tanto Henry como Michael habían despertado todo tipo de críticas y habladurías.

Ellos, sin embargo, siempre acababan riéndose de todo eso. En más de una ocasión, muchas de las damas que los miraban con reprobación habían acabado insinuándose. Ellos, a veces, se dejaban querer y, otras veces, las rechazaban, lo que provocaba algunos problemas.

El escrutinio se producía en Londres, donde todo se discutía y se observaba. Por eso, hastiado ya de ser estudiado constantemente, cada año deseaba más alejarse de Londres y regresar a Marley House, donde estaba a salvo de las habladurías. Sin embargo, allí no podría encontrar esposa, porque todas las damas ya estaban casadas, y sus hijas no tenían edad para el matrimonio.

Estaba dispuesto a encontrar esposa, aunque había algo que lo inquietaba. Él no había amado a nadie nunca, no había experimentado el amor verdadero. ¿Cómo sabría que había encontrado a la mujer de sus sueños? ¿Y si la tenía delante y no se daba cuenta? Suspiró, dubitativo. Pensaba en las advertencias de su madre. Tenía un tiempo limitado para encontrar a la candidata perfecta, y debía emprender la búsqueda de inmediato.

Capítulo 2

Eran las seis de la tarde, y Audrey estaba terminando de arreglarse con la ayuda de su fiel doncella Berniece. Esta era una mujer mayor, que llevaba muchos años al servicio de los Morgan. Estaba ultimando los detalles del peinado de su señorita, que llevaba su abundante melena oscura recogida en un moño trenzado, con finos rizos cayéndole a ambos lados del rostro.

Cuando Berniece terminó de peinarla, Audrey se puso en pie y se miró al espejo. Esa noche asistiría al baile de *lord* Hudson, uno de los numerosos eventos sociales a los que solía acudir durante la temporada. Examinó el aspecto que tenía con el vestido de muselina de color azul marino, con escote en forma de uve y encaje en los bordes que se había puesto para la ocasión y, finalmente, sonrió, satisfecha.

Hacía mucho tiempo que Audrey no pretendía encontrar marido. A sus veintisiete años ya era considerada una solterona y no atraía el interés de ningún caballero. Bueno, en realidad, nunca lo había hecho, incluso en sus años casaderos.

Su cuerpo curvilíneo, que se salía de los cánones de belleza establecidos, su cara redonda, sus facciones corrientes y su actitud honesta y desenfadada, eran rasgos que no resultaban atractivos para la mayoría de la gente. Era preferible estar dotada de una belleza angelical, acompañada de una actitud dócil y delicada.

No obstante, Audrey no se entristecía por ello. Por fortuna, hasta esos

momentos no había sufrido ningún desengaño amoroso, ni le habían roto el corazón, porque nunca se había enamorado.

Durante años, había conseguido casar a numerosas parejas, y sus habilidades como celestina ya eran de sobra conocidas por todo el mundo. De hecho, algunas damas de la alta sociedad habían acudido a ella en busca de ayuda para casar a sus hijas. Incluso le habían ofrecido dinero por ello, no obstante, Audrey se negaba a aceptarlo. Aseguraba que el amor no se podía controlar y que su habilidad solo funcionaba en ciertos casos, cuando las señales eran inequívocas.

Su madre, que era muy crítica con su peculiar habilidad, siempre le decía que estaba tan ocupada casando a los demás, que estaba perdiendo la oportunidad de encontrar ella misma una pareja adecuada. Audrey no se lo reprochaba. Entendía que su madre quería verla bien casada y con una familia. Sin embargo, por el momento seguiría ayudando a los demás a encontrar el amor.

Además de emparejar a la gente, Audrey tenía otros intereses. Era una apasionada de la ciencia, sobre todo de la astronomía, la arqueología y la paleontología. Le entusiasmaba cada nuevo descubrimiento y siempre estaba atenta a las últimas novedades en esos campos. Admiraba profundamente a Mary Anning[1], pionera de la paleontología, y a Ada Lovelace[2], matemática y científica. Aunque ella quiso dedicarse a la ciencia, sus padres no lo consideraron adecuado, porque para ellos era prioritario casarla con un buen partido. Cosa que al final no sucedió.

—Está usted preciosa, *lady* Audrey —afirmó Berniece con una sonrisa.

—Gracias, Berniece —respondió Audrey.

Finalmente, salió de su cuarto y se dirigió al piso de abajo, donde ya le esperaban sus padres, *lord* Morgan y *lady* Morgan, vestidos elegantemente.

—Vamos, querida, o llegaremos tarde —la instó su madre.

Enseguida subieron al carruaje y, a los pocos minutos, llegaron a la puerta de Crowe House, el hogar de *lord* Hudson. Ya había numerosos invitados en el

enorme salón del aristócrata y varias parejas bailaban al son de un hermoso vals en la pista de baile. Nada más llegar, Audrey se dirigió a un rincón de la sala donde ya estaban sentadas sus amigas *lady* Chantal, *lady* Frances y *lady* Anne. Todas ellas eran damas de su misma edad, consideradas ya solteras.

—¡Querida Audrey! Por fin has venido. Ya te estábamos echando de menos —dijo *lady* Frances, una rubia de ojos claros, que llevaba un sencillo vestido de color amarillo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Audrey mientras se acomodaba en una silla.

—Hemos visto a una de tus parejas, los Barrister. Han vuelto de su luna de miel más enamorados que nunca —comentó *lady* Frances.

Audrey sonrió.

—Ya sabéis que nunca fallo.

—Y acaba de llegar *lord* Gregory Adams. Supongo que irá en busca de alguna dama. Por lo que tengo entendido, sus padres le están presionando para que se case —explicó *lady* Chantal.

Audrey se fijó en el joven *lord* Gregory Adams, que era de su misma edad. Un hombre tímido pero bondadoso, al que todas las mujeres solían rechazar por no ser muy agraciado. Llevaba gafas, tenía los ojos claros y algunas marcas del acné que invadió su rostro en el pasado. Aunque su sonrisa era encantadora, y su personalidad más. Lástima que todo el mundo se dejara llevar por las apariencias. Audrey observaba con cierta indignación cómo una dama tras otra iba rechazando al pobre *lord* Gregory, algunas con gesto malhumorado. Pensó que ojalá ella pudiera ayudarlo de alguna manera.

Entonces, algo sucedió en ese instante. Entró en la sala su amiga *lady* Melissa Humphrey. Tenía un año menos que ella, y también era un patito feo, al igual que *lord* Gregory. Aunque a Audrey le parecía alguien tan agradable que ya no se fijaba en su nariz aguileña, que tanto le afeaba el rostro. *Lady* Melissa se dirigió a donde ellas estaban y, después de saludarlas, se sentó a su lado. La joven tenía el mismo problema que las demás allí presentes. Nadie le

pedía un baile ni mostraba interés en ella. De repente, Audrey tuvo una idea, que enseguida decidió poner en práctica.

—Pobre *lord* Gregory. Nadie quiere bailar con él. Me preguntó si algún día conocerá a alguna dama con buen talante que se decida a conocerle de verdad. A mí, personalmente, me parece un hombre encantador. ¿No te parece, Melissa? —comentó Audrey.

Su amiga la miró de repente, un poco nerviosa. Había estado observando a *lord* Gregory con interés, y se sentía algo aturdida.

—Sí, es encantador, sin duda —respondió su amiga con timidez.

Lady Frances, *lady* Chantal y *lady* Anne miraron a Audrey, y comprendieron lo que estaba tramando. Por eso, decidieron colaborar.

—Yo creo que su sonrisa es realmente atractiva —comentó *lady* Chantal.

—Y tiene un excelente porte. Y muy buen linaje —apuntó *lady* Anne.

—Pero necesita encontrar a alguien que le valore de verdad. Todas estas señoritas tan remilgadas no están a su altura. Ellas lo saben, y por eso le rechazan —afirmó *lady* Frances.

—Necesita una mujer apasionada que le haga mostrarse menos tímido. ¿No crees, Melissa? —inquirió Audrey de nuevo.

Su amiga se ruborizó. Era evidente que estaba interesada en *lord* Gregory. En ese momento, el caballero estaba delante de la mesa donde habían servido las bebidas y algunos entremeses. Audrey se levantó y se dirigió a él para poner en marcha la segunda parte de su plan.

—*Lord* Gregory, es un placer verle. ¿Cómo está?

El hombre la miró, sorprendido.

—Bien, gracias *lady* Audrey. ¿Y usted?

—Perfectamente. ¿No baila, *lord* Gregory? Parece que la velada está muy animada, y hay muchas damas sentadas.

Él se encogió de hombros y sonrió con pesar.

—Me encantaría, pero me temo que no soy un caballero con el que las damas deseen bailar.

—¿Está seguro? Porque conozco a una que estaría encantada.

—¿Aquí? ¿En este salón? Lo dudo.

Audrey se rio.

—Sí, en este salón. El problema es que usted solo ha mirado en ciertos lugares, pero hay un rincón al que nadie suele ir. —En ese momento, señaló con la cabeza el rincón donde *lady* Melissa estaba sentada—. Allí la encontrará, *lord* Gregory.

El caballero centró su mirada en *lady* Melissa, que miraba la pista de baile con cierto anhelo. Recordaba haber hablado con ella en alguna ocasión, y siempre le pareció una joven encantadora. Al mirarla bien, sintió cierta empatía. Ella estaba igual que él. Debido a su aspecto exterior, nadie tenía interés en ver más allá de unos rasgos un tanto singulares. Se alisó su chaqué y dijo con decisión:

—*Lady* Audrey, si me disculpa.

Audrey se quedó allí de pie, sonriente, mientras observaba cómo *lord* Gregory se acercaba a su amiga y le pedía un baile. Ella agachó la mirada, sonrió y, a los pocos segundos, ya estaban bailando en medio de la pista. Audrey no apartó su vista de ellos. Ahí estaba. Esa luz en la mirada, ese resplandor en el rostro. Estaban hechos el uno para el otro.

Finalmente, apartó su mirada de la pareja y se giró hacia la mesa. Observó que allí había unos tentadores buñuelos de crema y decidió probar uno. El éxito en ese tipo de empresas siempre le daba hambre. Cogió una servilleta, puso el buñuelo dentro, lo agarró entre sus manos y se dirigió al rincón donde estaban sus amigas, para sentarse y degustar el dulce tranquilamente.

Empezó a andar despacio, con sumo cuidado, pero, de repente, tropezó con un caballero. Afortunadamente, mantuvo el equilibrio y consiguió que el dulce no cayera sobre el traje del hombre ni sobre su vestido.

—Debo decir que esta situación me resulta muy familiar. Aunque el resultado fue distinto entonces —dijo Henry, mirándola, divertido.

Audrey, al verlo, abrió la boca, asombrada y, a continuación, sonrió.

—¡*Lord* Henry! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría me da verle! Aunque me alegra más no haberle manchado de crema —respondió, riéndose.

—Es un placer volver a verla, *lady* Audrey. ¿Cuánto tiempo hace que no nos encontrábamos?

—Nos vimos el año pasado. Y en aquella ocasión apenas hablamos. Estaba usted un poco ocupado con cierta señorita...

Henry asintió.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y dónde está ella ahora? —inquirió Audrey, aunque ya sabía la respuesta.

—Casada, creo —contestó él con aire inocente.

—Ya decía yo. Lo que me resulta extraño es no verle acompañado esta noche. Por cierto, dele la enhorabuena a lord Michael de mi parte. Al principio, me quedé sorprendida con la noticia, aunque me alegró mucho. Tuve la oportunidad de conocer a *lady* Charlotte, y me parece una mujer encantadora.

Henry sonrió.

—Le haré llegar sus felicitaciones, *lady* Audrey. La verdad es que ha sido una alegría para todos.

—Aunque imagino que usted se sentirá un poco solo.

Henry suspiró.

—Sí, pero es por una buena causa.

—Sin embargo, usted puede tener la compañía que quiera. Nunca le faltan candidatas —afirmó Audrey.

Henry la miró, divertido. Le gustaba la honestidad de la dama, siempre la había apreciado por eso. No era como las recatadas damiselas de sociedad que se mostraban tímidas e inocentes, y luego resultaban ser auténticas arpías.

—Es cierto que puedo disfrutar de la compañía que desee. Sin embargo, si le soy sincero, estoy algo cansado.

Audrey lo miró, incrédula.

—Yo creía que le gustaba.

Él se encogió de hombros.

—Me gustaba, pero ya no. Uno acaba cansándose. Además, ha llegado el momento de hacer frente a mis responsabilidades y buscar esposa.

—Eso no será difícil, *lord* Henry.

Él volvió a suspirar.

—Sí, pero...

—¿Pero? —Audrey lo miró fijamente, y pudo leer en sus ojos lo que deseaba expresar. No hacía falta que contestara. Asintió y dijo—: Entiendo, desea un matrimonio por amor.

Henry la miró, asombrado.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Sé mucho de estas cosas. Soy una experta casamentera, por si no lo sabe.

Él se rio.

—¿Usted? Bueno, algo había oído. Sin embargo...

Ella alzó una ceja.

—¿Duda usted de mí? Muy bien. Se lo demostraré, porque supongo que usted es de los que deben ver para creer. Bien, venga aquí, por favor. —Él obedeció y se puso a su lado. Ella le hizo una indicación con la cabeza y él centro su atención en la pista de baile—. ¿Ve a esa pareja que está bailando en esa esquina? Son *lord* Gregory Adams y *lady* Melissa Humphrey. Esta noche es la primera vez que bailan juntos. Pues bien, le aseguro que, en unas semanas, anunciarán su compromiso.

Henry la miró con suspicacia.

—¿Y cómo está tan segura?

—Porque yo he sido la persona que los ha presentado, y nunca fallo. Sé cuándo una pareja va a acabar casándose.

—¿Y dice que es la primera vez que bailan? —preguntó Henry observando cómo la pareja se miraba embelesada.

—Sí. De hecho, sé que han coincidido muchas veces, y que han mantenido

alguna conversación cordial, nada relevante o significativo. Pero esta noche me he dado cuenta de que había pasado por alto todas las cosas que tienen en común. Conozco a ambos, y mi intuición no falla. Y le aseguro que no es la primera vez que llevo a cabo una empresa de este tipo con éxito.

—La veo muy segura de sí misma.

—Y lo estoy, completamente.

Él se rio.

—Bueno, sinceramente, yo en estos asuntos suelo ser un poco escéptico.

—Lo entiendo, pero estoy segura de que pronto cambiará de parecer. Deme tiempo, y lo verá con sus propios ojos —aseveró Audrey.

Henry no dijo más, y se mostró pensativo el resto de la noche. No dejó de observar a la pareja, a pesar de que tenía cosas más interesantes que ver. Por ejemplo, *lady* Valery, una voluptuosa viuda que no dejaba de insinuársele. De hecho, le había ofrecido la llave de su habitación en la mansión londinense donde se alojaba, para que fuera a visitarla. Aunque era tentador, Henry declinó su oferta.

En otro momento de la velada, observó con interés a *Lady* Audrey Morgan. Estaba sentada en un rincón con otras damas, mostrándose sonriente y entusiasmada. Había oído rumores sobre su habilidad de casamentera, pero él se resistía un poco a creerlos.

Le había gustado ver su mirada desafiante cuando él había puesto en duda su habilidad de celestina. Había disfrutado mucho de esa breve charla y, no sabía por qué, estaba deseando que volviera a repetirse. Miró entonces a *lord* Gregory y *lady* Melissa, que llevaban ya cinco bailes seguidos. ¿Sería cierto que anunciarían su compromiso en unas semanas? Él estaría muy atento para comprobarlo.

Capítulo 3

Aquella soleada mañana, Henry había recibido excelentes noticias de las excavaciones que estaban teniendo lugar cerca de Marley House. Habían encontrado numerosos objetos, entre ellos, algunas piezas de joyería de época romana. Estaba entusiasmado con las buenas nuevas. El jefe de la excavación, el profesor Harrison, le había enviado unos dibujos de los nuevos descubrimientos y Henry estaba deseando tener la ocasión de regresar a Marley House para poder verlo todo in situ.

Lástima que aún tuviera asuntos que resolver en Londres. Había estado esas dos últimas semanas asistiendo a veladas y bailes, intentando encontrar una futura esposa, sin éxito. Era cierto que llevaba poco tiempo buscando, pero la situación le preocupaba. De seguir así, sus padres acabarían tomando cartas en el asunto. Y debía evitar eso a toda costa, por su bien.

Ese día había salido a cabalgar por Hyde Park para hacer un poco de ejercicio y despejar su mente. Estaba a lomos de su fiel corcel Ulysses, un caballo de color blanco, esbelto y vivaz. Iba a ritmo pausado recorriendo el parque, saludando a algunos transeúntes, muchos de ellos conocidos.

De repente, a lo lejos, vio dos figuras que le resultaban sumamente familiares. *Lady* Melissa Humphrey y *lord* Gregory Adams. Paseaban a pie juntos, charlando animadamente, seguidos muy de cerca por una dama, que seguramente sería la carabina de *lady* Melissa. Henry detuvo su caballo y dibujó una sonrisa al ver a aquellos dos, mirándose de forma embelesada. En

ese momento, se acordó de *lady* Audrey Morgan. Ella había sido la causante de aquella escena, y había afirmado con rotundidad que pronto la pareja anunciaría su compromiso.

Miró con curiosidad a la pareja, que estaba pasando justo delante de él. Al verlo, ambos le saludaron con una inclinación de cabeza, al igual que la carabina. Decidió continuar con su paseo, e instó a Ulysses a reanudar la marcha. Mientras cabalgaba, consideró las palabras de *lady* Audrey. Ella aseguraba que era una buena celestina, aunque él todavía desconfiaba. Quería esperar y comprobar si lo que ella había asegurado se haría realidad. Notó de repente una cierta sensación de excitación ante la espera. Le gustaban los desafíos, y sentía verdadera curiosidad por saber cómo acabaría todo aquello.

Mientras tanto, *lady* Audrey seguía los pasos de la pareja de forma discreta, pero con entusiasmo. Le encantaba verlos sonrientes y enamorados. Paseaba por Hyde Park, siguiendo el mismo recorrido que *lady* Melissa y *lord* Gregory, junto a su hermana Julia. Esta era cuatro años menor que Audrey y estaba casada con *lord* Barron Hyatt, conde de Cheltenham. Sin embargo, el matrimonio aún no tenía hijos.

Julia era una mujer esbelta, de ojos azules como los de Audrey, con el pelo castaño claro. Cumplía todos los cánones de belleza y comportamiento establecidos. Era una mujer perfecta en todo, un orgullo para los Morgan. Nada que ver con Audrey.

Su hermana iba contándole algo, aunque Audrey no sabía qué, porque no estaba escuchándola. Julia pareció notar la actitud ausente de su hermana mayor porque dijo, molesta:

—Audrey, ¿me estás escuchando? —Y a continuación, le dio un codazo.

Audrey dio un respingo y miró a su hermana, un poco apurada.

—¡Por supuesto que te estaba escuchando!

Su hermana se detuvo y puso los brazos en jarras, mirándola con el ceño fruncido.

—Muy bien, ¿qué acabo de decir?

Audrey se mordió el labio inferior y dio la callada por respuesta. No tenía ni idea. Julia suspiró, exasperada.

—Audrey, contigo siempre es lo mismo, tienes la cabeza en las nubes.

Audrey se rio.

—Hablas igual que madre.

Julia no se rio en absoluto, de hecho, se puso más seria.

—Para ti todo es una broma, Audrey. Estaba hablando de *lord* Bourne. Creo que sería un excelente pretendiente para ti.

Audrey puso cara de espanto ante el comentario de Julia. *Lord* Bourne era veinte años mayor que ella, gordo, viejo y muy conservador. Era un hombre aburrido, que había enviudado hacía poco. De hecho, tenía dos hijos un poco más jóvenes que Audrey.

—¿Y cómo se te ha ocurrido algo así?

—¿Qué tiene de malo? Tiene un título, propiedades, dinero y linaje. Es de lo mejor que podrás encontrar. No quiero herirte, Audrey, pero una solterona no puede aspirar a mucho más —soltó su hermana, sin delicadeza alguna.

Audrey apretó la mandíbula y resopló, furiosa.

—Pues, si te soy sincera, prefiero quedarme soltera para siempre.

Julia volvió a suspirar.

—Esto es ridículo. En vez de estar todo el día preocupándote por encontrar pareja a los demás, deberías preocuparte por tu futuro.

Audrey estaba empezando a cansarse, así que decidió cortar por lo sano la conversación.

—Exacto, no tengo remedio, así que mejor dejemos el tema.

Justo en ese momento, se cruzaron en su camino *lady* Adkins y *lady* Dawson, dos amigas de su hermana. Fue entonces cuando Audrey vio el cielo abierto. Aprovecharía la ocasión para dejar a Julia hablando con sus amigas. Así podría regresar a casa y evitar que su hermana volviera a martirizarla con el asunto del matrimonio.

Las dos mujeres eran del mismo tipo que Julia, auténticas damas de la alta

sociedad, las esposas perfectas. Ambas siempre la habían mirado con cierto desdén, algo que no le extrañaba. Nunca se habían caído bien porque Audrey no compartía su forma de pensar.

—Si me disculpáis, creo que voy a irme a casa, tengo un poco de jaqueca —mintió.

Julia la miró con suspicacia, pero no la detuvo.

—Te veré en casa entonces —respondió.

Audrey dio media vuelta y se dirigió de vuelta a casa. Ya había perdido de vista a *lady* Melissa y *lord* Gregory, pero no le preocupaba. Sabía que estarían perfectamente. Caminó despacio, disfrutando de su paseo a solas. La mayoría de las veces nunca salía a Hyde Park acompañada, porque prefería disfrutar de la soledad. En ese momento, pensó en las hirientes palabras de su hermana.

Hacía años que ya no estaban tan unidas como antes. De niñas, a pesar de la diferencia de edad, todo el mundo afirmaba que parecían gemelas, porque siempre estaban juntas. Audrey era un ejemplo para Julia. Esta la admiraba y siempre la apoyaba en todo. Cuando Audrey llegaba a casa cabizbaja después de un baile en el que no había tenido éxito, o cuando su madre se enfadaba con ella porque era un desastre, Julia siempre le daba ánimos.

Sin embargo, cuando Julia se convirtió en una joven casadera, todo empezó a cambiar. Se volvió distante y su forma de pensar se tornó más convencional, haciendo siempre lo que se esperaba de ella. No obstante, lo peor estaba por llegar.

Cuando se convirtió en *lady* Hyatt, su relación con Julia empeoró. Audrey no había propiciado ese matrimonio, no había intervenido como celestina, y nunca le cayó bien *lord* Hyatt. Era un caballero apuesto que tenía una excelente posición social, pero era altanero y egocéntrico. Él, obviamente, tampoco sentía ningún aprecio por Audrey, y siempre que tenía ocasión la criticaba de forma despiadada. Hacía un año, Audrey se enteró por una amistad cercana que este engañaba a su hermana con múltiples amantes. Audrey estuvo a punto de decírselo a su hermana, pero intuyó que esta se volvería más en su contra.

De hecho, estaba segura de que Julia lo sabía y que no le importaba. Digamos que había aprendido a sobrellevarlo.

En cambio, su hermano Clive era todo lo contrario. Tenían una excelente relación. Clive adoraba a Audrey, sobre todo porque gracias a ella había conocido a Annabella, su esposa, la mujer de su vida. El matrimonio tenía dos hijos, Howard, de once años, y Diana, de ocho, que también adoraban a su tía.

Aunque de niños reñían mucho, al crecer, Clive se convirtió en un apoyo para Audrey y consideraba injusto que su entorno la presionara tanto para casarse, sobre todo su madre, que era muy estricta en estas cuestiones. A veces incluso discutía con Julia, que en los últimos tiempos se mostraba demasiado dura con Audrey a este respecto.

Una hora después, Audrey llegó a Morgan House algo cabizbaja, porque todavía recordaba la reprimenda de su hermana. No obstante, tuvo poco tiempo de sentirse desdichada. De repente, aparecieron en el vestíbulo sus dos sobrinos, que venían corriendo para recibirla. Audrey se agachó para ponerse a su altura y recibir sus muestras de cariño.

—¡Tía Audrey! —gritó Howard.

Los dos se abrazaron a ella y la pequeña Diana le dio un beso en la mejilla, al igual que Howard, que la sonrió con alegría. Se separaron de ella y Audrey se incorporó.

—Tía, estamos jugando en el jardín al escondite. ¿Juegas con nosotros? —preguntó Howard, emocionado.

Audrey suspiró. Estaba algo cansada tras el largo paseo y no estaba demasiado animada, aunque aquellos abrazos habían ayudado a que no se sintiera tan triste.

—Niños, estoy un poco cansada...

Entonces, los pequeños sacaron la artillería pesada.

—¡Por favor! —dijeron al unísono, haciendo pucheros y poniendo ojos de cordero degollado.

Audrey no podía resistir tanta dulzura, así que cedió. Asintió y los niños

saltaron de alegría. Le entregó su sombrero y su chal al mayordomo de los Morgan, el señor Carter, y a continuación Diana la agarró de la mano y la condujo al jardín.

A Audrey le tocó el turno de buscarlos, y se dispuso a ello. No tardó demasiado en encontrar a ninguno de los dos niños. Conocía bien todos los posibles escondites del jardín de Morgan House. Además, sus sobrinos eran muy malos para esconderse, porque solían soltar alguna risilla cuando ella estaba cerca, y eso les delataba.

No supo por qué, pero de repente, empezó a olvidarse del mundo, y disfrutó jugando con los pequeños. Ellos eran su otra gran pasión. Los que le alegraban el día y le arrancaban una sonrisa despreocupada. Más tarde, apareció Annabella, que la saludó y se sentó en una silla que había allí cerca para hacer punto, mientras los observaba, divertida.

Después de un buen rato, Audrey decidió tomarse un descanso, porque no tenía tanta energía como sus sobrinos, así que se sentó junto a su cuñada, que ordenó a una sirvienta que trajera limonada.

—¿Dónde está Julia? Pensaba que había salido contigo —inquirió Annabella.

Audrey suspiró.

—La he dejado en Hyde Park con sus amigas.

Annabella miró a su cuñada con suspicacia.

—¿Habéis vuelto a pelearos?

Audrey asintió.

—Bueno, yo no he empezado la pelea. Es ella la que busca siempre la guerra. Pretende que me case con *lord* Bourne.

Annabella puso una mueca de disgusto.

—¿¡Tanto te odia!? Ese hombre es un espanto.

—¡Lo sé! Y, para colmo, lo justifica diciendo que a mi edad tengo pocas opciones.

Annabella negó con la cabeza.

—No tiene remedio. Es una pena que se haya vuelto tan conservadora. Si no recuerdo mal, antes no era así.

—Y no aprueba que ayude a otros a casarse. Dice que estoy tan pendiente de los demás que no me estoy preocupando por mi futuro. ¡Claro que me preocupo! Es solo que no deseo casarme por obligación.

—Te entiendo perfectamente, Audrey. Pero debo darle la razón en eso. Pasas demasiado tiempo preocupándote por los demás. ¿Por qué no te ocupas de ti misma, para variar? Y no me malinterpretes, yo te estaré eternamente agradecida. Gracias a ti, mi vida es maravillosa. Sin embargo, me gustaría verte igual o más feliz que yo. Estoy segura de que tu otra mitad anda por ahí, buscándote, y tú ni te has dado cuenta.

Audrey soltó una triste carcajada.

—Lo dudo mucho. No tengo una belleza arrebatadora ni soy una dama llena de virtud. Solo soy una solterona, torpe y deslenguada, que dice lo primero que se le viene a la cabeza sin pensar en las consecuencias. No tengo mucho que ofrecer, salvo sinceridad absoluta.

Annabella la miró con cierto enfado, algo que a Audrey le extrañó. Su cuñada era la calma y la serenidad personificadas.

—Quien afirme eso, está completamente equivocado y ciego. Basta con hablar tan solo unos minutos contigo para darse cuenta de que tienes mucho que ofrecer. Tú no eres el problema, lo son los demás. Y quien diga eso de ti, es que no te conoce en absoluto, y no merece tu aprecio. Así que, deja de decir tonterías o me enfadaré de verdad —le advirtió.

Audrey sonrió, animada. Annabella siempre sacaba lo mejor de ella, al contrario que Julia, que siempre la hería. Decidió olvidarse de la conversación con Julia y dejar la tristeza a un lado.

Después de un largo rato, sus sobrinos le pidieron que volviera a jugar con ellos. En esos momentos, ya más descansada, se levantó y, rauda y veloz, acudió a su encuentro, sonriente y animada. Así era ella, divertida y alegre, y quien quisiera estar a su lado debía aceptarla tal y como era.

Capítulo 4

Eran las ocho de la mañana y Henry bajó a desayunar visiblemente cansado. La noche anterior había regresado muy tarde de una velada en casa de un viejo compañero de juergas, *lord* Francis Whitaker, y había bebido más de la cuenta. Afortunadamente, recordaba todo lo sucedido y no había hecho nada indecoroso.

Entró en el comedor y se encontró con *lord* Crawford y *lady* Crawford, cada uno metido en sus propios asuntos. Su padre desayunaba en silencio con su vista fijada en el periódico, mientras su madre leía la correspondencia.

—Bueno días —dijo Henry, mientras se acercaba a su sitio.

—Buenos días, querido. ¿Has dormido bien? Tienes mal aspecto —comentó su madre, mirándole seria.

—Sí, aunque poco. Pero me recuperaré —respondió Henry con una leve sonrisa.

—Más te vale. Porque esta noche tienes que estar impecable para la velada en casa de *lord* Halifax.

Henry suspiró con cansancio. Cada día que pasaba, aquellas reuniones se le antojaban más agotadoras, pero no le quedaba otro remedio. Era el heredero de la familia, y debía dejarse ver en todas partes.

—Por cierto, acaba de llegar una carta para ti de Michael desde París —le dijo su madre, mientras se la entregaba.

El matrimonio Davenport llevaba un mes disfrutando de su luna de miel en

Francia, y cada semana Henry recibía alguna misiva de su querido amigo Michael contándole cómo iban las cosas. Sonrió, abrió la carta y la leyó en silencio.

Querido Henry,

Espero que te encuentres bien cuando recibas esta carta. Como ya te dije en mis otras misivas, nuestra luna de miel está siendo maravillosa. Charlotte y yo estamos muy contentos, aunque cansados. Diría que estamos felizmente agotados. Aunque nos encanta París, estamos deseando regresar a Inglaterra. Te advierto que volveremos dentro de unos días, de hecho, cuando recibas esta carta, a lo mejor ya estamos en suelo inglés. En cuanto lleguemos, te lo haré saber. Estamos deseando verte para poder contarte todo en persona.

Un afectuoso saludo,

Michael y Charlotte.

Henry se alegró ante la perspectiva de ver a sus dos queridos amigos pronto. De repente, su padre abrió mucho los ojos, sorprendido, al ver un titular en la página de sociedad.

—Esto tiene que ser una broma —afirmó el hombre, incrédulo.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Henry, extrañado.

—*Lord* Gregory Adams se va a casar con *lady* Melissa Humphrey. No me lo puedo creer. Yo ya pensaba que ambos se quedarían solteros. Dice aquí que anunciarán el compromiso en casa de *lord* Rutherford, mañana por la noche.

—Los milagros ocurren, querido —comentó su madre.

Henry estaba asombrado. Vaya, así que era cierto. *Lady* Audrey no mentía ni exageraba. Y solo habían pasado tres semanas desde aquella velada en la que volvieron a verse. Henry se rio, al tiempo que sus padres lo miraban con el ceño fruncido, sin entender qué le hacía tanta gracia.

—Ahora que se ha mencionado el asunto, ¿cómo va tu búsqueda, Henry? —inquirió su madre, mirándole con severidad.

Henry dejó de reírse y tragó saliva.

—Aún no ha dado frutos, me temo.

—Pues, como sigas así, al final vamos a intervenir nosotros. El tiempo corre en tu contra —le advirtió su madre.

De repente, Henry tuvo una maravillosa idea. Sí, necesitaba ayuda, pero no la de sus progenitores. Debía acudir a una experta en la materia. Y quién mejor que *lady* Audrey Morgan.

—No te preocupes, madre. No será necesario. Pronto daré por terminada mi búsqueda, te lo aseguro.

Sus padres lo miraron con gesto interrogante.

—¿Qué quieres decir? —inquirió *lord* Crawford.

—Ya lo veréis —zanjó Henry, dando un buen mordisco a su tostada.

Unas horas más tarde, Audrey llegaba a casa de *lord* Halifax. Esa noche se había puesto un vestido de seda de color malva, con escote en forma de uve, y llevaba el pelo recogido en un moño alto. Iba acompañada de sus padres, su hermano Clive y su cuñada Annabella. Audrey divisó a sus amigas *lady* Chantal y *lady* Frances, y enseguida acudió a su encuentro, acompañada de su cuñada.

Henry, que había llegado minutos antes, la vio enseguida, y la siguió con la mirada. Llevaba todo el día inquieto. Tenía la esperanza de que ella acudiera al baile para plantarle su situación y pedir su ayuda. Estaba ocupado conversando con otro caballero y consideró poco prudente dejarle allí plantado con la palabra en la boca. Así que, esperó un poco, con la esperanza de encontrar un momento adecuado para dirigirse a ella.

Audrey mantenía una animada conversación con sus amigas, cuando vio a una muchacha al pie de la pista de baile. Parecía muy joven, seguramente era una debutante, y se mostraba tímida y apocada. Audrey desvió su mirada y la posó en otro joven caballero, que observaba a la muchacha, fascinado. Daba

la impresión de que no se atrevía a acercarse a ella. De nuevo, allí estaba, esa especie de fuerza que hacía que Audrey se convirtiera en Cupido.

—¿Quién es esa joven señorita que está delante de la pista, la del traje verde? —preguntó Audrey.

Sus amigas y su cuñada dirigieron su atención a la muchacha.

—*Lady* Leticia Fawcett, hija del conde de Woodstock —contestó *lady* Frances.

—¿Y aquel caballero? —inquirió señalando con la mirada al joven.

—*Lord* Stephen Delaware, hijo del marqués de Salisbury —respondió *lady* Frances.

—¿Qué sabes de ellos? —inquirió Audrey.

Lady Frances pensó unos instantes.

—Según tengo entendido, a ambos les encantan los caballos. De hecho, me han contado que *lady* Leticia es una excelente amazona, y que él es un magnífico jinete. Por lo demás, no sabría decirte.

Audrey sonrió, decidida.

—Si me disculpáis un momento.

Se levantó, y todas la miraron, sabiendo lo que iba a suceder, porque habían visto aquella escena en numerosas ocasiones. Henry la observó, expectante. Quería ver a *lady* Audrey Morgan en plena acción.

Audrey se acercó al joven y le sonrió, algo que a él le sorprendió.

—*Lord* Stephen, ¡Cuánto tiempo! Me da mucha alegría verle.

El joven la miró un poco apurado, pero sonrió.

—Sí, mucho tiempo, *lady*...

—*Lady* Audrey Morgan. No se preocupe, entiendo que no se acuerde, hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Sí, lo siento, es que no la he reconocido —respondió él, un poco confuso.

—Oiga, el otro día pensé en usted. ¿Conoce a *lady* Leticia Fawcett? Es esa dama que está ahí —comentó Audrey señalando con la cabeza el lugar donde estaba la muchacha, que los miraba de reojo.

—No tengo el placer —contestó él, con cierto anhelo.

«Maravilloso», pensó Audrey.

—Verá, es que estuvimos hablando sobre caballos, que es un tema que a mí me aburre un poco ¿sabe? Y me recomendó comprar una yegua de raza árabe o española, no sé cómo se dice. Esos que tienen las patas enormes y el hocico grande.

El muchacho la miró con espanto.

—Creo que se confunde, *milady*. Está hablando de un percherón, no de un caballo árabe.

—¿Lo ve? No entiendo nada de caballos, por eso me ayudaría mucho recibir consejo de ambos. Tengo entendido que a usted le gusta mucho el tema.

—Bueno, sí, la equitación es una de mis pasiones.

—Entonces, venga, le presentaré a *lady* Leticia y así, entre los dos, pueden ayudarme —propuso Audrey agarrándole del brazo y arrastrándole hasta donde estaba *lady* Leticia.

La joven los miró con cierto apuro y Audrey pudo ver cómo se sonrojaba.

—*Lady* Leticia, está usted preciosa esta noche. Quería presentarle a *lord* Stephen Delaware, un buen amigo mío.

Los dos hicieron una discreta reverencia y se mostraron tímidos.

—Bueno, le estaba contando a *lord* Stephen que usted me recomendó adquirir una yegua de raza árabe, y quería que discutieran el asunto, porque ustedes entienden de estas cosas, y así podría tener dos opiniones.

Lady Leticia la miró, extrañada, pero Audrey le guiñó un ojo, instándole a que la siguiera la corriente.

—Sí, es cierto. ¿A usted le gustan los caballos, *lord* Stephen? —preguntó *lady* Leticia.

Él sonrió de forma encantadora, y la joven se ruborizó aún más.

—Me encantan.

Empezaron a hablar del asunto y Audrey los dejó solos, retirándose discretamente. Satisfecha con su nueva hazaña, decidió salir a tomar el aire a

la terraza de la casa, donde había un hermoso jardín.

Henry la siguió. Era el momento perfecto para felicitarla y, de paso, pedirle ayuda. Una vez estuvo fuera, Audrey se apoyó sobre la barandilla de piedra que había allí, disfrutando de una hermosa vista del firmamento. Estaba tranquila y relajada, cuando oyó una voz a su espalda.

—Ha vuelto a hacerlo, *lady* Audrey. Y debo decir que esta vez ha sido brillante —afirmó Henry, colocándose a su lado.

Audrey sonrió.

—Gracias, *lord* Henry. Imagino que se enteró del compromiso de *lord* Gregory y *lady* Melissa.

—Así es, y la felicito. Y, además, pido disculpas por haber dudado de usted.

—No se preocupe, era natural. Le agradezco sus felicitaciones.

Henry empezó a frotarse las manos, nervioso. Ahora que estaban a solas, no sabía cómo plantearle el asunto.

—*Lady* Audrey...

—¿Sí? —inquirió ella, mirándole.

Henry respiró profundamente y consiguió calmarse.

—Necesito su ayuda. He intentado encontrar una esposa adecuada para mí, pero no consigo hallarla por ninguna parte. Y sé que usted es la única persona que puede ayudarme en este asunto.

Audrey lo miró, sorprendida. Jamás habría esperado semejante petición de ayuda de un hombre tan apuesto. Porque lo era. Lord Henry sería capaz de robar el corazón de cualquier dama sin esfuerzo.

—Bueno, yo estaría encantada de ayudarle, pero no sé nada de usted.

—¿Qué necesita saber?

—Gustos, aficiones, y qué es lo que busca.

Henry pensó unos segundos.

—Me gusta conversar, bailar, leer y, bueno, me interesan la historia y el arte.

Audrey asintió, pensativa. Al menos con esa información podría hacer algo.

—¿Por qué necesita saber todo eso? Pensé que su don era instintivo.

—Sí, pero es necesario partir de algún punto. Sobre todo, cuando no tenemos nada. En este tipo de cuestiones, la primera impresión no siempre es la acertada. A veces existe una atracción evidente, y otras no. Lo más sencillo es unir a personas que tienen cosas en común. Aficiones, gustos, ideas. Es decir, que no es tan sencillo como parece, porque el amor no se mueve por normas concretas.

—No, desde luego que no.

—Sin embargo, si conozco bien sus gustos, puedo tratar de encontrar a alguien que encaje con usted, y así será más fácil. Pero le advierto que llevará tiempo.

—Confío en usted plenamente. He podido ver los resultados y le aseguro que estoy dispuesto a colaborar —afirmó Henry, más aliviado.

Audrey sonrió, satisfecha.

—¡Excelente! Entonces, tenemos un trato, *lord* Henry. A partir de este momento, comienza la búsqueda de la candidata perfecta.

Capítulo 5

Había transcurrido una semana desde que Audrey aceptara el desafío de buscar a la candidata perfecta para Henry Crawford. Estaba aplicándose a fondo para encontrarla y, sin embargo, su búsqueda no había dado frutos por el momento. Henry era una persona paciente. Sabía que lo bueno se hacía esperar, y confiaba plenamente en Audrey.

Ese día, tras una intensa mañana en Brook's, Henry iba a ver a dos seres muy queridos para él. El día anterior, el señor Stevens le había entregado una nota de parte de Michael, que le hacía saber que Charlotte y él estaban por fin en Londres, y le pedía que reservara la tarde para ellos. Henry así lo hizo.

Esa tarde, iría a verlos a Kenton House, la casa de lord Davenport en Mayfair, para tomar un té y ponerse al día. Estaba deseando ver a su pareja favorita y, en cuanto terminó de comer, se despidió de sus padres y se dirigió a su cita.

Llegó escasos diez minutos después, y el mayordomo de la familia Davenport, que le conocía de toda la vida, le condujo al salón, donde estaban esperándole Michael y Charlotte. Los dos se levantaron y los abrazos y las muestras de afecto se sucedieron. Sonrientes y animados, los tres se sentaron en los sillones que había en la sala. Charlotte y Michael, risueños y agarrados de la mano, empezaron a contarle cómo había transcurrido su viaje de novios.

—Visitamos París y Amiens. No tuvimos tiempo de más —dijo Michael.

—París es una ciudad de ensueño. Había visto ilustraciones y había leído

algunos libros donde la describían, pero al verla en persona, considero que las descripciones no le hacen justicia —explicó Charlotte, entusiasmada.

—¿Y qué te pareció Amiens? —preguntó Henry.

—Muy bonita, aunque no tan encantadora y vibrante como París —contestó Charlotte.

—Estoy seguro de que habrás encontrado inspiración para tu próxima novela —comentó Henry.

—¡Desde luego que sí! Aunque durante la temporada no voy a tener tiempo para sentarme a escribir. Según lord Davenport, tenemos muchos compromisos.

—Según él, todo el mundo quiere conocer a la nueva lady Davenport —apuntó Michael.

—Es natural, es una de las novedades de la temporada. La verdad es que mucha gente no se lo creyó al principio. Estaban convencidos de que yo me casaría antes que tú.

—Supongo. A propósito ¿cómo va ese asunto? —preguntó Michael.

Henry suspiró.

—Sin novedades. He solicitado la ayuda de una amable dama, ducha en estos menesteres. Pero, por ahora, no ha habido suerte.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió Charlotte, con gesto interrogante.

—Lady Audrey Morgan, que según se dice es una experta casamentera, está ayudando a Henry a encontrar esposa —respondió Michael.

Charlotte intentó recordar el rostro de la dama, a la que había visto en alguna ocasión.

—¿Es esa mujer con los ojos claros y el cabello oscuro, que tiene un tipo parecido al mío y que siempre es tan amable?

—Así es —contestó Henry.

—Vaya, no sabía que tenía esa fama. Solo recuerdo que era una mujer encantadora. ¿Está casada? Si no recuerdo mal, tenemos la misma edad.

—No, sigue soltera. Bueno, ya la consideran una solterona —respondió

Henry.

Charlotte torció el gesto ante ese comentario y Henry se percató de ello.

—He dicho que la consideran, no que yo la considere. No me gusta usar esa palabra, creo que es insultante —aclaró.

Charlotte sonrió, satisfecha.

—Pues me encantaría que nos volviéramos a encontrar, me parece una dama muy simpática.

—Descuida, tendrás ocasión de verla —respondió Henry.

—Por cierto, ¿vas a ir mañana a la exposición del Museo Británico? —inquirió Michael.

Henry se rio.

—Claro que iré. Parte de la exposición la forman piezas de mi colección, de las últimas excavaciones en Marley House.

Charlotte y Michael le miraron, sorprendidos.

—Muy interesante. Entonces, te acompañaremos. ¿Quién mejor que tú para contarnos curiosidades? —sentenció Charlotte.

Al día siguiente, Audrey se preparaba para ir al Museo Británico. Estaba deseando ver con sus propios ojos las nuevas piezas que se expondrían. Restos del Antiguo Egipto, Roma y Grecia llenarían las salas, y harían que pudiera saciar su curiosidad. Estaba emocionada. Bueno, siempre lo estaba cuando se trataba de esos temas.

A pesar de la alegría del momento, no podía evitar sentirse un poco frustrada últimamente. Llevaba una semana buscando y observando a posibles damas que encajaran con *lord* Henry, pero no había habido suerte. A todas les encontraba algún defecto. Tampoco era fácil el asunto. Había pocas damas, por no decir prácticamente ninguna, que estuvieran interesadas en las mismas cosas que *lord* Henry.

Casi todas ellas solo pensaban lo que el padre o el hermano les dijera, y

solían hablar de temas un tanto insustanciales como el matrimonio y el hogar. Si *lord* Henry se enamorara de una joven en concreto, ella podría hacer su magia. Pero, por el momento, eso no había sucedido. No obstante, Audrey no se rendía.

Se alisó con las manos la falda de su vestido azul claro, sin escote y de manga larga, y se dirigió al vestíbulo, donde la esperaban su cuñada Annabella, su hermano Clive y sus sobrinos. Los cinco se subieron al carruaje y se dirigieron al museo.

—Tía Audrey, ¿habrá momias en el museo? —preguntó Diana.

—No lo sé, seguramente sí.

—Tía Audrey, ¿y se levantarán del sarcófago y vendrán a comernos? —inquirió Howard.

—¡Howard! ¿Qué tonterías estás diciendo? —espetó Clive a su hijo, con gesto serio.

El niño se encogió de hombros.

—Es por saberlo. Así podremos salir corriendo —respondió con naturalidad.

Annabella, Clive y Audrey consiguieron contener la risa ante la divertida respuesta.

—No van a moverse de su sitio, Howard. Las momias solo desean descansar. Y tienen muchos cientos de años como para ir corriendo detrás de ti —explicó Audrey.

Howard pareció satisfecho con la explicación de su tía y no hizo más preguntas.

Minutos después llegaron al museo, que ya estaba bastante concurrido. Entraron y comenzaron a andar despacio entre la gente, observando detenidamente lo que había en los expositores. Jarrones, vasijas, joyería, elementos de la vida cotidiana de los pueblos más antiguos.

Henry, seguido de Michael y Charlotte, iba contándoles anécdotas y curiosidades sobre las piezas expuestas. Estaban observando una de las piezas

que había donado Henry al museo cuando alguien se dirigió a él:

—¡*Lord Henry!* ¡Qué agradable sorpresa!

Henry se giró y sonrió:

—¡*Lord Baltimore!* Es un placer volver a verle. Pensaba que aún estaba en Italia.

Lord Baltimore sonrió. Era un caballero de unos cincuenta años, con barba, bigote y cabello oscuro. Sus ojos grises miraban a Henry con entusiasmo.

—Regresé hace tres días. No podía perderme la exposición. Nunca me lo habría perdonado.

—Hay piezas tuyas, imagino.

—Así es, aunque los trabajos siguen dando sus frutos. Por cierto, quiero presentarle a alguien. —*Lord Baltimore* se hizo a un lado y dejó que una joven dama se pusiera a su lado—. *Lord Henry*, esta es mi hija, *lady Victoria*.

La joven dama saludó con una delicada reverencia.

—Es un placer conocerle, *lord Henry* —dijo con un suave tono de voz.

Lady Victoria era una joven de tez blanca, piel de porcelana, cabello rubio oscuro y ojos grises, como los de su padre. Parecía ser una mujer delicada y bien educada. A Henry le pareció una mujer preciosa.

—Igualmente, *lady Victoria*. Permítanme presentarles a *lord Michael Davenport* y *lady Charlotte*.

Terminadas las presentaciones, el grupo intercambió impresiones sobre la exposición, y *lord Baltimore* ofreció más detalles sobre las excavaciones que estaba financiando en Italia.

Justo en ese momento, Audrey los vio a lo lejos y observó a *Lord Henry* charlando animadamente con una hermosa joven. Pensó que hacían una pareja excelente. Ambos eran apuestos y elegantes, y parecían estar cómodos en su mutua compañía. En ese instante, Audrey encontró por fin lo que estaba buscando. Decidida a no dejar escapar la ocasión, se acercó al grupo, mientras su familia la observaba con curiosidad.

—Buenas tardes —dijo cuando llegó hasta ellos.

A Henry se le iluminó la cara al verla. Lejos de llevar los deslumbrantes vestidos de noche, *lady* Audrey estaba muy elegante con un sencillo vestido azul. No esperaba encontrársela en aquel lugar.

—*Lady* Audrey, no sabía que le gustara la historia —comentó Henry.

—Me encanta todo lo que tenga que ver con las civilizaciones antiguas, *lord* Henry. No podía perderme esta exposición —respondió Audrey. De repente, se dio cuenta de que *lord* Michael y *lady* Charlotte estaban junto a él—. *Lord* Michael, *lady* Charlotte, no sabía que habían vuelto. Me alegra volver a verlos.

—Igualmente, *lady* Audrey—respondió Charlotte, mientras Michael hacía una reverencia.

—*Lady* Audrey, le presento a *lord* Baltimore y su hija, *lady* Victoria. Esta es *lady* Audrey Morgan —dijo Henry.

Los tres se saludaron haciendo una reverencia, y enseguida Audrey se percató de la presencia de su hermano y su cuñada, justo detrás de ella. Sus sobrinos la miraban, situados a ambos lados de ella, con cierta expectación.

—Les presento a mi familia, mi hermano, *lord* Clive, *lady* Annabella y mis sobrinos, Howard y Diana —comentó Audrey dirigiéndose al grupo.

Todos se mezclaron y comenzaron a charlar, mientras Audrey centraba su atención en *lady* Victoria y en *lady* Charlotte. Durante esos pocos minutos, Audrey le hizo saber a Charlotte lo mucho que le había gustado su novela Viaje a Mirna, y le preguntó sobre sus futuros proyectos como escritora.

Lady Victoria resultó ser una joven muy simpática y agradable. Era un auténtico ratón de biblioteca, una apasionada de la historia y la arqueología, que colaboraba con su padre en las excavaciones. Audrey estaba impresionada. *Lady* Victoria escondía un espíritu aventurero tras una máscara de delicadeza y saber estar. Todo lo opuesto a ella, que se mostraba tal y como era, sin reservas. Y eso le había traído algún que otro problema.

Por otro lado, Audrey quedó impresionada al saber que muchas de las piezas allí expuestas provenían de la colección personal de *lord* Henry. No era

conocedora de la abrumadora pasión del caballero por la arqueología, pero le parecía algo maravilloso. Al final, *lord* Henry había resultado ser toda una caja de sorpresas.

Henry se entretuvo charlando con *lord* Clive, al tiempo que Michael y él prestaban atención a Howard y Diana, contándoles curiosidades y contestando pacientemente a todas sus preguntas. Charlotte observaba con ternura a su marido y no tuvo dudas de que sería un padre excelente.

Henry se estaba divirtiendo mucho esa tarde y le encantaba conversar con aquellos dos pequeños que decían lo que pensaban sin tapujos, y que tenían un montón de preguntas que hacer. Aunque no eran unos niños maleducados. No tocaban nada y se mantenían siempre atentos a sus explicaciones. Eran simplemente encantadores.

Una vez salieron del museo, se separaron en la entrada, no sin antes despedirse adecuadamente. Audrey, entusiasmada por el buen resultado del encuentro, se acercó a Henry para despedirse.

—*Lord* Henry, ¿qué le ha parecido *lady* Victoria? —preguntó en voz baja.

Él la miró y se encogió de hombros.

—Bueno, parece una joven agradable.

Audrey sonrió y Henry frunció el ceño.

—No estará pensando en...

Audrey asintió.

—Es simplemente perfecta. He tenido la oportunidad de hablar con ella y son tal para cual. Tienen muchas cosas en común, y además hacen una pareja excelente. ¿O es que no le gusta *lady* Victoria?

—Sí, bueno, considero que es una mujer muy hermosa, pero aún tengo dudas. Apenas hemos hablado.

—No se preocupe. Estoy segura de que tendrán ocasión de encontrarse de nuevo. *Lady* Victoria asistirá a casi todos los eventos de la temporada, según me ha contado. Y si es necesario, puedo propiciar yo algunos encuentros. Estoy convencida de que todo va a salir bien —afirmó Audrey—. Confíe en

mí.

Lord Henry no dijo nada más. Por supuesto, confiaba en ella. Sabía que haría todo lo posible por ayudarlo. Sin embargo, no estaba tan seguro de que fuera capaz de enamorarse de *lady* Victoria. Era hermosa, educada y culta, parecía la mujer perfecta. En otro tiempo, habría intentado seducirla sin dudarle. Pero en esos instantes, no quería precipitarse.

—Desconocía la pasión de *lady* Audrey por la ciencia y la historia. Sabe mucho sobre esas cuestiones. Me ha contado que tiene un telescopio en casa, y que suele observar el firmamento cuando está en el campo. Dice que lo ha intentado en Londres, pero que ha sido imposible —comentó Charlotte.

—Hay mucha polución. La verdad es que, ahora prefiero pasar más tiempo en Horton Hall. El aire de Londres es asfixiante —respondió Michael.

Henry se mostraba pensativo. Le había sorprendido gratamente ver a *lady* Audrey en el museo. No se imaginaba que compartieran los mismos gustos. Al comprobar que ejercía el papel de Cupido con sumo gusto, le había dado la impresión de que su principal interés era meterse en la vida de los demás y solucionar sus asuntos amorosos. Un error propio de alguien que se deja llevar por las primeras impresiones. En ese momento, sentía una enorme curiosidad por *lady* Audrey. ¿Qué más sorpresas le tendría guardadas?

Capítulo 6

Era una hermosa y agradable mañana de sábado, y lord Henry había decidido salir a dar un paseo. Iría en busca de una serie de libros sobre Historia y Derecho en los que estaba muy interesado, que le servirían en su preparación como futuro miembro de la Cámara de los Lores.

Entró en la librería Rutshore, que solía visitar a menudo y donde siempre encontraba lo que buscaba. El establecimiento era propiedad del señor Rutshore, un librero muy versado y anciano, que había abierto el negocio siendo muy joven. El hombre conocía bien el género que tenía, sabía exactamente dónde estaba cada ejemplar y qué recomendaciones ofrecer a los más despistados.

—Buenos días, *lord* Henry —dijo el señor Rutshore, mirándole detrás de sus gafas de fina montura de metal.

—Buenos días. ¿Cómo está, señor Rutshore?

—Bien, como siempre, *milord*. Muchas gracias. ¿Qué busca hoy?

—Unos libros de Historia y Derecho. Tengo los títulos apuntados.

Henry sacó de uno de sus bolsillos un papel donde estaban apuntados los libros que quería encontrar y se lo entregó al librero. El hombre leyó atentamente los títulos y asintió.

—Por suerte, los tenemos todos. Deme un momento, ahora mismo se los traigo. —Dicho eso, el hombre se dirigió a las estanterías pertinentes en busca de los ejemplares.

En ese momento, sonó la campanilla de la entrada y Henry dirigió su vista hacia allí. Dibujó una sonrisa al ver a *lady* Audrey, que saludó al librero cuando este pasaba por su lado. Audrey se dirigió a una de las góndolas que había en el centro de la librería y ojeó los libros que estaban allí expuestos. Henry entonces se acercó a ella.

—¡Qué grata sorpresa verla aquí, *lady* Audrey!

Audrey alzó la vista y se encontró con la sonrisa de *lord* Henry.

—¡*Lord* Henry! ¿Cómo usted por aquí?

—Vengo buscando unos libros que necesito. ¿Y usted?

Audrey se encogió de hombros.

—Busco un regalo para mi cuñada, pronto celebraremos su cumpleaños y no sé muy bien qué regalarle. He pensado que una novela de amor estaría bien.

Henry observó con detenimiento los libros expuestos en la mesa.

—¿Sabe qué autor le gusta?

Audrey negó con la cabeza.

—No, de hecho, si le soy sincera, no suelo verla leer. Quizás me esté equivocando en mi elección.

Henry la observó mientras ella acariciaba la cubierta de uno de los libros ahí colocados.

—Creo que me llevaré este de la señorita Austen. Si no le gusta, lo leeré yo —sentenció Audrey, triunfal.

—Tengo la impresión de que realmente ha venido a comprarse un regalo para usted. ¿Me equivoco? —comentó Henry, divertido.

Audrey agachó la mirada.

—Bueno, sí, me ha descubierto. La lectura es una de mis grandes pasiones. Sin embargo, es cierto que no sé qué regalarle. ¿Qué le puede gustar a una dama tan elegante como mi cuñada?

Henry pensó un momento, apoyando su dedo índice en el mentón y mirando hacia el techo.

—Quizás una joya, una prenda de vestir, un pañuelo...

Audrey lo miró, asombrada.

—Veo que usted está más versado que yo en este tipo de asuntos.

Henry se rio.

—Mi madre es una mujer exigente y siempre debo ser cuidadoso con los regalos. Me he vuelto un experto en este tema gracias a ella. Bueno, y también con otras...

—Entiendo. Será mejor que siga buscando en otra parte. Me ha dado muchas ideas. Gracias, *lord* Henry.

Audrey se dirigió con el libro en la mano al mostrador, pagó al librero y, justo cuando se disponía a marcharse, a Henry se le ocurrió una idea.

—Si quiere puedo acompañarla. Así podría asesorarla mejor. Si no tiene inconveniente, claro —propuso.

Audrey lo miró, desconcertada.

—Bueno, eso sería estupendo, pero no querría causarle molestias.

—No se preocupe, será un placer. Solo necesito pagar los libros y enseguida nos vamos.

Mientras Henry pagaba, Audrey esperó de pie a su lado. A continuación, salieron del establecimiento y comenzaron a caminar por las abarrotadas calles. Entraron en distintas tiendas buscando el regalo perfecto para Annabella. Gracias al asesoramiento de Henry, Audrey consiguió comprar el regalo ideal para su cuñada: un precioso mantón de seda, con detalles florales bordados. Era elegante y sofisticado y, gracias a sus vivos colores, combinaba con muchos de los vestidos de Annabella.

—Es simplemente perfecto, estoy segura de que le va a encantar. De nuevo, muchas gracias, *lord* Henry —dijo Audrey, entusiasmada, mientras caminaban por la calle.

—No hay de qué. Oiga, ¿qué le parece si nos sentamos? Nos vendría bien descansar un poco después de caminar tanto.

Audrey miró al frente y divisó un banco en la plaza de Berkeley Square.

—Sígame.

Henry obedeció, y enseguida se sentaron en el banco, suspirando, aliviados. Audrey notaba sus pies algo cansados.

—Por eso no me gusta ir de compras, porque una acaba agotada.

Henry la miró con interés.

—Siempre pensé que a las damas les gustaba ir de compras.

Audrey negó con la cabeza.

—Eso es una idea extendida que no tiene en cuenta los casos particulares como yo.

—Eso es cierto.

—Nos educan con una serie de ideas y patrones según nuestro género. De cada uno de nosotros se espera un comportamiento diferente, siempre dependiendo de si somos una dama o un caballero. Ojalá eso cambiara algún día.

—¿Usted cómo lo cambiaría?

—Muy sencillo. Imponiendo una educación igualitaria para niños y niñas. En nuestra sociedad, la desigualdad entre nuestros niños es evidente. Ya no solo entre clases sociales, sino entre niños que viven en una misma familia. En mi caso, Clive tuvo una educación privilegiada. Pudo ir a la universidad, estudiar, aprender y vivir lo que Julia y yo no pudimos.

Henry consideró su idea y no pudo estar más de acuerdo.

—Comprendo perfectamente su punto de vista. Sin embargo, veo complicado que ese cambio se produzca de forma inmediata.

Audrey lo miró, sorprendida.

—Bueno, usted puede provocar ese cambio, *lord* Henry. Tengo entendido que en un futuro será miembro del Parlamento.

Henry se revolvió incómodo.

—Sí, eso me temo.

—Observo que no le entusiasma la idea.

Henry suspiró.

—Bueno, admito que no me entusiasma. Preferiría no estar en esa posición.

—¿Por qué?

—Porque no creo que pueda hacer mucho.

—Créame, es un privilegiado. Ya me gustaría a mí poder estar en su posición.

—No es tan fácil. Uno debe relacionarse, charlar y negociar con otros miembros de la Cámara para poder hacer propuestas. Al final, poco se hace en el Parlamento. Todo se discute en los salones.

—En mi opinión, eso es mucho mejor. Una buena taza de té, una distendida charla, una partida de cartas. Si los dos adversarios se sienten cómodos, es mucho mejor llegar a acuerdos. En eso consiste todo. Sentarse, escuchar y proponer. No quedarse sentado esperando a que las cosas ocurran. A mí me encantaría tener la oportunidad de exponer mi opinión sin que nadie me juzgue. Poder decir lo que pienso sin tener que controlarme. Por eso le envidió, *lord Henry*. No sabe la suerte que tiene de poder expresarse como desee. Desde que tengo uso de razón, mis ideas siempre han estado bajo un control férreo.

—Lo sé, eso ocurre siempre.

—Por eso, aproveche ese privilegio y úselo para favorecer a pobres almas como la mía, que no pueden actuar con libertad. Hágalo por esa pobre familia que no tiene suficientes recursos para abastecerse, por aquellos que no tienen derechos. En esta nación, hay mucha gente que necesita ideas nuevas y modernas que nos hagan progresar juntos. Y usted tiene un papel muy importante en todo eso, aunque ahora no se lo parezca.

Henry la miró, fascinado. Si ella pudiera optar a un asiento en el Parlamento, estaba convencido de que muchas leyes cambiarían y otras nuevas saldrían adelante. Era una mujer brillante.

—Sin duda, ahora veo las cosas de otra forma, *lady Audrey*. ¿Dónde ha aprendido a hablar de esa forma tan elocuente?

Audrey sonrió.

—Leyendo mucho, y siendo la hermana mediana en una familia donde siempre me ha costado destacar.

—Pues, entonces, tengo mucho que aprender de usted.

—Descuide, puede contar conmigo como maestra.

Ambos se rieron.

—Y cambiando de asunto, ¿cuándo empezó a interesarse por la ciencia?

—Siendo muy niña y gracias a mi abuelo, *lord* Morgan. Le interesaban mucho las ciencias en general. Había viajado mucho y siempre nos contaba historias que captaban solo mi interés.

—Entiendo. Así que tuvo un buen maestro.

Audrey se encogió de hombros.

—Sí, yo siempre escuchaba sus historias con fascinación. A Clive y a Julia no les interesaban. A los diez años, empecé a leer libros sobre astronomía, historia y viajes. Muchos de ellos formaban parte de su biblioteca.

—¿Y ha tenido oportunidad de viajar?

—No, solo he viajado por Inglaterra, nunca he ido más allá. Y no porque no hubiera oportunidad. Mi tía, *lady* Harrington, es la aventurera de la familia. Lleva años recorriendo el mundo y, siempre que viene a Inglaterra, les pide a mis padres que me permitan vivir con ella en el extranjero, pero a mi padre no le gusta la idea.

—¿Por qué no?

—Porque considera que la vida de mi tía es demasiado exótica y excéntrica y, según él, esto no me haría ningún bien.

—¿Excéntrica? —preguntó Henry frunciendo el ceño.

Audrey asintió.

—Sí, bueno, digamos que mi tía no vive como el resto de la sociedad. No lleva corsé, dice lo que piensa sin pensar en las consecuencias y vive su vida apartada de las grandes fiestas y la alta sociedad. Nunca le ha gustado seguir las normas.

Henry se rio.

—Me cae bien su tía.

Audrey sonrió.

—Y a mí. Creo que es una mujer muy decidida y valiente. Aunque me gustaría que dijera las cosas de una forma menos brusca. Pero, en fin, cada uno es como es. De todas formas, a parte de la vida excéntrica de mi tía, mis padres siempre han preferido que me quede aquí para buscar marido.

—Bueno, usted ya es mayor de edad, y sus padres no pueden impedirle que tome ciertas decisiones. ¿Por qué no se marcha con su tía ahora?

Audrey suspiró.

—Lo he pensado, pero me he dado cuenta de que, a pesar de todo, echaría mucho de menos a mi familia y extrañaría Inglaterra. Sin embargo, no descarto hacer algún viaje en el futuro. ¿Usted ha viajado mucho?

Henry asintió.

—Sí, cuando aún estudiaba, viví un año fuera y recorrí gran parte del continente. Años después, hice un par de viajes a Egipto y Grecia.

—Así que ha visto mundo.

—Solo una parte. Aún me queda mucho por ver.

—Pues si le parece poco, creo que voy a ponerme a ello. No sin antes dejar zanjado nuestro asunto.

Henry la miró, extrañado.

—¿Qué asunto?

—Su enlace con *lady* Victoria. Aún estamos en pleno proceso, no debemos despistarnos, *lord* Henry. ¿En qué pensaba?

Henry tragó saliva, algo apurado. Había estado tan cómodo charlando con *lady* Audrey, que se había olvidado de todo lo demás. En ese instante recordó su asunto con *lady* Victoria. Sí, esa preciosa mujer que según *lady* Audrey era la candidata perfecta para convertirse en su futura esposa.

Miró a su interlocutora, que lo observaba con sus hermosos ojos azules. Era lógico que se hubiera olvidado de *lady* Victoria. A su parecer, *lady* Audrey era en esos momentos la criatura más interesante y encantadora del mundo.

De repente, se oyeron unos truenos a lo lejos. Habían estado tanto tiempo hablando, absortos el uno en el otro, que no se habían dado cuenta de que el

cielo se había nublado por completo. Nubes negras amenazaban con desatar una poderosa tormenta. Había llegado el momento de despedirse.

—Bueno, será mejor que nos vayamos o acabaremos empapados —afirmó Audrey.

Ambos se levantaron.

—Cierto. ¿Nos veremos pronto?

—¡Por supuesto! Acudiré a casi todos los eventos con mi familia.

—Estupendo —respondió Henry, contento.

Audrey suspiró, un poco nerviosa. Parecía que sus pies no querían moverse del sitio y notaba cómo su pulso se aceleraba al mirar a lord Henry, que la observaba con sus preciosos ojos color esmeralda.

—Bueno, pues, hasta pronto, *lord* Henry, y gracias.

—Hasta pronto, *lady* Audrey.

Dicho eso, ambos se separaron y se dirigieron a sus respectivas casas. Unas diminutas gotas empezaron a caer, mientras Henry aceleraba el paso. Notaba una extraña sensación en el estómago, como si unas mariposas estuvieran revoloteando dentro de él. Y se preguntaba por qué sucedía eso. No había querido dejar marchar a *lady* Audrey en la librería, y le había disgustado enormemente tener que despedirse de ella después. La tormenta le había avisado de que ya habían pasado juntos más tiempo del necesario. Solo esperaba que, en su próximo encuentro, el universo les diera más tiempo.

Capítulo 7

Audrey y *lady* Victoria se habían convertido en buenas amigas en esos últimos días. Habían tenido la oportunidad de encontrarse en varias ocasiones y ya sabían mucho la una de la otra. Lady Victoria era una joven culta y agradable, con quien Audrey podía hablar prácticamente de cualquier cosa. La joven le contaba anécdotas de sus viajes y de su vida en lugares exóticos y lejanos, cosa que a Audrey le fascinaba.

Ese mismo día se verían en una fiesta organizada en los jardines de la mansión de *lord* Lannister. El anfitrión había organizado un almuerzo al aire libre con motivo de su cumpleaños, y la celebración duraría todo el día. Sería una ocasión perfecta para que Henry y *lady* Victoria se encontraran y tuvieran ocasión de conocerse mejor.

Audrey iba de camino a la mansión acompañada de su hermana Julia y su esposo, el odioso *lord* Hyatt. Su hermano Clive y Annabella habían ido a visitar a los padres de esta última y no acudirían a la fiesta. Su hermana Julia iba impecablemente vestida con un traje de color malva, y su cuñado llevaba un traje gris, con camisa blanca y corbata a juego. Audrey llevaba un vestido azul celeste sencillo y discreto.

Iban los tres sentados en el carruaje, en silencio, sin apenas mirarse. La relación no era muy buena entre Audrey y *lord* Hyatt. Era un hombre que siempre se mostraba arisco y altanero con los Morgan. Julia vivía siempre en tensión por ese motivo. Por eso, Audrey se mantenía callada cuando estaba en

su presencia. Era mejor no crear situaciones incómodas y desagradables.

Llegaron finalmente a la mansión y allí los tres se separaron. *Lord Hyatt* se unió a un grupo de hombres, mientras Julia se reunió con sus amigas, que estaban en el vestíbulo. Audrey se quedó entonces sola, y caminó hasta salir al jardín. Allí todo el mundo estaba reunido en grupos y, cuando Audrey empezó a sentirse fuera de lugar, alzó la vista y vio bajo la sombra de un roble a *lord Henry* conversando con otro caballero.

De repente, se sintió un poco tímida y, como no deseaba importunarle, no se movió de donde estaba. Sin embargo, Henry la vio y agitó el brazo, indicándole que se acercara, con una amplia sonrisa. Audrey sonrió en respuesta y se acercó hasta él, decidida y animada.

—*Lady Audrey!* ¡Qué agradable sorpresa! No sabía que vendría — comentó Henry más contento de lo que esperaba. La había visto a lo lejos y había sentido una alegría inmensa al verla.

—No pensaba hacerlo, pero al final me han convencido. Además, he quedado en verme con una buena amiga —explicó mirándole con intensidad.

Henry comprendió enseguida a quien se refería.

—Entiendo. ¿Y ha venido sola?

—He venido con mi hermana y mi cuñado, *lord Hyatt*.

Lord Henry y el caballero que estaba a su lado pusieron una mueca de desagrado. Audrey comprendió que le conocían, y para mal.

—Por cierto, le presento a mi amigo *lord Alfred Beckinsale*, un apasionado de la historia. Acaba de llegar de Egipto, donde ha estado supervisando unas excavaciones, que, por lo visto, han dado frutos muy interesantes —explicó Henry.

Lord Alfred era un caballero alto, con el pelo oscuro y los ojos grises. Tenía un porte muy agradable. Ambos se saludaron con una leve reverencia.

—Es un placer, *milord*. Vaya, parece que últimamente estoy conociendo a muchas personas que comparten mis mismos intereses.

—¿A usted también le interesa la historia de Egipto? —inquirió *lord Alfred*.

Audrey asintió.

—Sí, bueno, de las civilizaciones antiguas en general. Me gusta conocer el pasado —contestó Audrey—. ¿Hizo muchos hallazgos en Egipto, *lord* Alfred?

—Así es. Y como ha apuntado *lord* Henry, muy interesantes, aunque el trabajo aún no ha terminado. Tenemos más preguntas que respuestas, me temo.

—En la exposición se expusieron alguno de los objetos que *lord* Alfred y su personal encontraron en Luxor —comentó Henry.

Audrey escuchaba fascinada, mientras *lord* Alfred explicaba los detalles de su última expedición. Henry había dejado de prestar atención a su amigo para observar a Audrey. Le hacían gracia sus reacciones ante el relato de *lord* Alfred. Parecía una niña pequeña que acabara de descubrir el mundo.

Miraba atenta, sonreía, reía y se mostraba pensativa en ocasiones, sin perder detalle. Ese día llevaba un bonito vestido color azul celeste que le sentaba muy bien. Hacía resplandecer su piel y hacía juego con sus ojos. Henry miró embelesado su agradable sonrisa y empezó a observar con detenimiento sus carnosos labios. Consideró que eran realmente tentadores.

De repente, sacudió la cabeza y se preguntó en qué demonios estaba pensando. *Lady* Audrey era una amiga, simplemente, a pesar de que debía admitir que le parecía una mujer encantadora. Debía concentrarse en *lady* Victoria. Esa era la mujer de la que se enamoraría locamente.

Mientras estaban en plena conversación, llegó *lady* Victoria hasta ellos. La joven llevaba un vestido de color verde manzana muy luminoso, que destacaba su estilizada figura.

—¡*Lady* Victoria! ¡Qué alegría verla! —exclamó Audrey agarrándole la mano—. Se acuerda de *lord* Henry, ¿verdad? Y este es *lord* Alfred Beckinsale.

Lady Victoria y *lord* Alfred se miraron con timidez, detalle que no pasó por alto Henry.

—*Lord* Alfred y yo ya nos conocíamos —aclaró *lady* Victoria.

—Nos conocimos en Italia hace un año, antes de que me marchara a Egipto —explicó *lord* Alfred.

Audrey pareció no darse cuenta de nada. No obstante, Henry entendió la situación al instante. Al ver que el momento era propicio, Audrey puso en marcha su plan.

—*Lord* Alfred, estoy sedienta. ¿Me acompaña a por un poco de limonada? —dijo Audrey de repente, agarrando a *lord* Alfred del brazo.

El caballero se quedó un poco desconcertado al principio. Aun así, la acompañó.

Henry y *lady* Victoria se quedaron allí de pie, sorprendidos. Sin embargo, continuaron conversando como si nada. Ambos intercambiaron impresiones sobre los futuros proyectos de *lord* Baltimore y las excavaciones en Marley House.

Henry, a pesar de que tenía a una auténtica belleza delante de sus ojos, no sentía nada. Era como si estuviera hablando con Charlotte Davenport. Y ahora que estaba seguro de que había algo entre *lord* Alfred y ella, descartaba por completo cortejarla. Los intereses amorosos de los amigos eran intocables para él. Después interrogaría a *lord* Alfred, para saber más del asunto.

Regresaron a los pocos minutos y Audrey pudo comprobar, nada más verlos, la buena sintonía que había entre *lord* Henry y *lady* Victoria. Había acertado con aquella pareja y podía estar contenta.

Sin embargo, al verlos allí sonrientes y animados, sintió de repente una terrible sensación de malestar y pena. En ese momento, anheló ser ella quien tuviera las atenciones de *lord* Henry. Aquel hombre apuesto y encantador que siempre se había mostrado amable con ella estaba provocando fuertes latidos en su corazón últimamente. Tomó un largo sorbo de su vaso de limonada y decidió no acercarse a ellos.

—*Lord* Alfred, si me disculpa, voy a por otro vaso de limonada —dicho eso, se alejó del caballero, que no se percató de nada.

Este enseguida regresó al lado de *lady* Victoria, y Henry, notando que estaba fuera de lugar, se fue a hablar con otros invitados.

Audrey estaba frente a la mesa alargada donde estaban la comida y la

bebida, dispuesta a comerse alguno de los deliciosos manjares allí expuestos, cuando su hermana Julia se acercó a ella.

—Ni se te ocurra probar el emparedado de carne, ya sabes que engorda —le advirtió.

Audrey puso los ojos en blanco. En esos momentos, en los que se sentía confusa y un poco triste, lo último que necesitaba era que su hermana le dijera lo que tenía que hacer.

—Pensaba que estarías con tus amigas.

—Lo estaba, pero también debo cuidar de ti, y vigilarte para que no cometas alguna torpeza.

—Eres muy considerada —respondió Audrey con sarcasmo.

—¿De qué hablabas con *lord* Henry Crawford y ese otro caballero?

—De historia, expediciones, viajes. Esas cosas.

Julia suspiró, exasperada.

—Ojalá algún día me digas que alguno te ha propuesto matrimonio. ¿Estás de nuevo buscándole marido a otra?

Audrey no contestó. No obstante, su hermana entendió su silencio a la perfección.

—Audrey, deja de hacer eso, te estás humillando y la gente cuchichea —le advirtió en voz baja, enfadada.

Audrey apretó la mandíbula.

—Por el amor de Dios, Julia, ¿podrías dejar de meterte en mi vida? —espetó, furiosa.

—No puedo. Audrey, eres una solterona, eso ya es bastante como para que te conviertas en la alcahueta oficial de la temporada.

Audrey puso los ojos en blanco y resopló, a punto de estallar. No quería ser cruel con su hermana, así que intentó mantener la calma.

—Déjame en paz, y preocúpate de tus asuntos —Y dicho eso, se alejó de allí, para esconderse entre unos arbustos.

Henry observó la escena con pesar. No le gustaba la actitud de *lady* Hyatt

con Audrey. Le parecía cruel y autoritaria, además de totalmente injusta. En ese momento, se puso a su lado *lord* Hyatt, ese hombre tan desagradable al que casi nadie soportaba.

—Mi cuñada es una auténtica calamidad. Como ve, mi esposa no se cansa de perseguirla para que se comporte como debe. En fin, en cada familia todos tenemos una oveja negra —dijo, suspirando con aire cansado.

Lord Henry apretó los puños y la mandíbula, intentando contener su ira. ¿*Lady* Audrey, una oveja negra? ¿Pero quién se había creído que era? Ese hombre merecía un buen escarmiento.

—¿Sabe? Me he acordado de algo muy gracioso, *lord* Hyatt.

Este lo miró con interés.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—El otro día me contaron que le vieron en una pensión cerca del Drury Lane, manoseando a una bailarina muy hermosa. Los gritos de placer de ella se podían oír por toda la calle, según me relataron. Y solo una semana después de que le vieran en la ópera con la señorita Lowes, a la que después llevó a una propiedad que tiene en Belgravia, donde la tiene acomodada.

Lord Hyatt tragó saliva y se removió, incómodo.

—¿Y qué tiene eso de gracioso?

Lord Henry lo miró, con aire altivo, como solía hacer su abuelo materno, el venerable y temido *lord* Burrows, con todo el mundo.

—Es gracioso porque usted es precisamente quien menos tiene que decir sobre ovejas negras, cuando usted es la mayor vergüenza para dos familias, los Morgan y los Hyatt. Así que, deje de dar lecciones de moralidad. Y más le vale no volver a hablar en esos términos de *lady* Audrey en mi presencia. Es una preciada amiga, y la amistad para mí es algo muy serio. Si se meten con mis amigos, se meten conmigo. Y debe temerme mucho, *lord* Hyatt, no lo olvide —le advirtió.

Henry se alejó de allí, dejando a *lord* Hyatt con una sensación de terror que le erizó la piel. Estaba claro que debía ser cuidadoso ante *lord* Henry y

mantener la boca cerrada.

Audrey estaba escondida tras unos arbustos, sentada en un banco de piedra. Unas tímidas lágrimas se habían asomado por sus ojos y respiraba de forma entrecortada. Estaba alterada y se sentía terriblemente triste ante las palabras de su hermana. Era cierto que, para algunas personas, lo que hacía estaba mal visto. Ella ya era una solterona, que solo podía aspirar al ostracismo. Audrey luchaba contra ello, pero cada vez le era más difícil combatir su dura realidad: que la mayoría de la gente no la tomaba en serio.

—¿*Lady* Audrey? —preguntó *lord* Henry detrás de ella.

Rápidamente, Audrey se secó los ojos con un pañuelo que tenía y se alisó la falda del vestido, intentando parecer serena. *Lord* Henry notó enseguida el rastro de lágrimas en su rostro y sintió mucha furia en su interior. Sabía que estaba así por culpa de su hermana. Se sentó a su lado, no importándole que estuvieran solos y que aquello no fuera muy decoroso.

—No llore, *lady* Audrey. No merece la pena —le dijo, intentando animarla.

—Ya se me ha pasado, *lord* Henry, no se preocupe. Ha sido una tontería —respondió ella, forzando una sonrisa.

—Si fuera una tontería, no estaría así. ¿Ocurre esto a menudo?

Audrey suspiró.

—Últimamente sí. Mi hermana está empeñada en que deje de unir a parejas y me case. Tengo la impresión de que escucha muchos rumores y habladurías a su alrededor e intenta acallarlos.

—Seguramente. Tengo entendido que es amiga cercana de *lady* Adkins y *lady* Dawson ¿cierto?

—Sí, son sus mejores amigas.

—Pues yo no las querría tener cerca, aunque fuéramos los últimos habitantes de la Tierra. Son muy malas personas. No las soporto —afirmó Henry.

Audrey dibujó una sonrisa ladeada.

—Ya somos dos.

—¿Sabe que ambas me pretendieron? No sabe la de veces que me persiguieron por los bailes de la temporada. Estaban desesperadas. Con mi amigo Michael también lo intentaron. No sabíamos dónde escondernos.

Audrey se rio.

—¿De verdad? Porque, sinceramente, no me las imagino en esa situación.

—Pues créame, yo fui una víctima —respondió Henry poniendo su mano en el pecho con gesto dramático.

Audrey se rio a carcajadas y olvidó por completo su tristeza. Henry la miró con ternura. Le gustaba verla de ese modo, sonriente y animada.

—¿Mejor? —preguntó él.

Audrey lo miró y se sintió tímida de repente ante la intensidad de su mirada.

—Sí, *lord* Henry, gracias. Es usted muy bueno.

Henry dibujó una tímida sonrisa.

—Pues hay mucha gente que no lo cree así.

—Me importa un bledo lo que diga la gente, yo sé lo que he visto. Y usted no tiene ni una pizca de maldad en todo su ser. Y los demás, que digan lo que quieran; si hablan mal de usted es que no le conocen.

Henry sonrió ampliamente ante semejante halago.

—Gracias, *lady* Audrey.

Los dos se miraron unos instantes y Audrey pudo notar cómo su corazón latía desbocado. Enseguida apartó la mirada, nerviosa, al igual que Henry, que notaba cómo el pulso se le había acelerado.

—Por cierto, he hablado con su cuñado y le he puesto en su lugar, así que no debe preocuparse. No volverá a molestarla con ninguna impertinencia.

—¿Le ha dicho algo? —inquirió, alarmada.

—Se ha metido con usted, y con mis amigos no se mete nadie. Creo que ha entendido la situación. La verdad es que, para ser un hombre tan altanero, es bastante cobarde.

Audrey asintió.

—Sí, la verdad es que no me agrada demasiado.

—Ni a usted ni a nadie. Se lo aseguro. Una persona que trata tan mal a los demás no es una compañía agradable para nadie. Si me permite preguntar, ¿por qué se lleva tan mal con su hermana?

Audrey suspiró.

—No lo sé. Me lo he preguntado muchas veces. Julia antes no era así. Era mi mejor amiga, mi confidente. Siempre estábamos juntas. Todo empezó cuando se convirtió en una debutante y comenzó a frecuentar ciertas compañías que le hicieron cambiar y convertirse en otra persona. Después, cuando se casó, nuestra relación de hermanas empeoró. Empezó a mirarme con otros ojos y creo que se dejó influir por lo que le decían sus amistades de mí. Ya sabe que una mujer soltera a mi edad no está bien vista. Debería ser alguien que se mostrara sumiso y más apocado. Cuando eres una solterona, te conviertes en alguien invisible. Yo, en cambio, decidí no serlo. Y cuando te rebelas contra algo, no suele gustar.

—Yo veo que existe una enorme envidia hacia usted por parte de muchas personas que viven amargadas. Usted tiene libertad para poder salir y entrar, no está atada a un matrimonio infeliz. No tiene miedo a ser sincera, se muestra tal y como es y, gracias a ello, muchas personas la aprecian. Por lo tanto, esos comentarios malintencionados son producto de unos terribles celos — sentenció Henry.

—Seguramente, *lord* Henry. Pero debo corregirle en algo. Yo no tengo plena libertad. Mis actos y mis opiniones son vigilados constantemente y suelen provocar las más feroces críticas. Ni siquiera puedo estar aquí hablando con usted a solas. Como caballero soltero, no sufre las mismas presiones que yo. Usted sí que sabe lo que es la plena libertad. Por eso, sería maravilloso ser hombre por un día, así sabría lo que se siente actuando sin pedir permiso a nadie.

—Discrepo en eso último. Ahora mismo sufro la presión de mis queridos padres, que me instan a encontrar esposa de forma urgente. Por eso recurrí a usted. ¿Recuerda?

—Cierto es. Sin embargo, ese asunto ya está solucionado.

Henry puso una mueca de apuro.

—Respecto a eso... Creo que no va a ser tan sencillo.

Audrey lo miró con gesto interrogante.

—¿Qué quiere decir?

Justo en ese momento, alguien apareció entre los arbustos. Ambos se giraron y vieron a dos personas a las que Henry adoraba. Michael y Charlotte Davenport.

—Te hemos estado buscando desde que hemos llegado —dijo Michael.

—¡*Lady* Audrey! ¡Qué alegría verla! —exclamó Charlotte.

—Es un placer verlos de nuevo —respondió Audrey, sonriente.

—Es un placer volver a verla, *lady* Audrey —comentó Michael—. Por cierto, Charlotte ha tenido una idea. Mi madre viene de Lincoln en dos días y hemos pensado que vendría a Kenton House para reunirnos todos, incluidos tus padres —propuso Michael, dirigiéndose a Henry.

—*Lady* Audrey, nos encantaría que usted nos acompañara, si no tiene ningún compromiso —dijo Charlotte.

Audrey se quedó sin saber qué responder.

—Bueno, sería un placer, pero entiendo que es una reunión entre amigos. ¿No seré una molestia?

—¡En absoluto! Además, así puedo enseñarle ese libro que tanto le interesaba —respondió Charlotte con entusiasmo.

Audrey sonrió, mientras los tres la miraban, expectantes.

—Entonces, iré encantada.

Capítulo 8

Eran las ocho de la mañana y los Morgan, con la excepción de Julia, estaban disfrutando de un agradable desayuno en familia. Los pequeños de la casa se mostraban inquietos y desayunaban con avidez, algo que su madre les reprochaba constantemente. Sin embargo, no podían evitarlo, estaban deseosos de salir a jugar al jardín, ya que hacía un día espléndido, con un cielo despejado y algo de calor. Audrey comía sus copos de avena con tranquilidad. Ese día no tenía planes concretos, así que se quedaría en casa. Seguramente acabaría jugando con sus sobrinos en el jardín.

Lord Morgan, el padre de Audrey, era un hombre alto, apuesto, que aún conservaba el encanto de su juventud. De él había heredado sus ojos azules y su interés por la lectura. Era un caballero bien preparado y educado, aunque le costaba mucho expresar sus emociones. En cambio, su madre, una atractiva mujer de ojos castaños y cabello oscuro, era mucho más expresiva y solía decir las cosas de forma directa y honesta. Era estricta con sus hijos y, como cualquier madre, se preocupaba por ellos, aunque a veces resultara algo dominante. Audrey era su favorita, y por eso tendía a ser más dura con ella. No obstante, los Morgan eran una familia unida que intentaba pasar tiempo juntos, y en los desayunos siempre tenían algo que contarse.

—¿Hoy tienes sesión en el Parlamento, querido? —preguntó lady Morgan.

—Así es. Sin embargo, volveré pronto. ¿Qué planes tenéis para hoy? —inquirió lord Morgan.

—Haré una visita a lady Wollcraft esta tarde —contestó lady Morgan.

—Nosotros asistiremos a una recepción en casa de los marqueses de Kinsale —comentó Clive.

Audrey decidió que era un buen momento para comentar cierto plan que tendría lugar al día siguiente.

—Yo no tengo planes para hoy, pero los Davenport me han invitado a comer a Kenton House mañana.

Su familia la miró, con gesto interrogante.

—¿Los Davenport? —preguntó su madre.

—Sí, madre. *Lord Michael* y *lady Charlotte* me invitaron. Fue el otro día, cuando estaba hablando con *lord Henry Crawford* en casa de *lord Lannister* —respondió Audrey.

Los marqueses de Clayton se miraron, de una forma que Audrey no supo interpretar.

—¿Y estará allí *lord Henry*? —inquirió su madre con interés.

—Claro, es amigo suyo —contestó Audrey.

Su madre asintió.

—Entiendo. Bueno, pues que disfrutes, hija, y ya nos contarás.

Audrey sospechaba que su madre tramaba algo. Normalmente no la dejaba ir sola a ningún sitio. En el asunto del decoro era sumamente estricta. ¿A qué venía tanta amabilidad?

—Tengo la impresión de que tu madre quiere que te cases con Henry. Intuye que hay algo entre vosotros —comentó Annabella, mientras las dos estaban sentadas en el jardín, observando a Clive jugar con los niños.

Audrey frunció el ceño.

—No hay nada entre *lord Henry* y yo. Solo somos amigos.

—Ya sabes que mucha gente considera que la amistad entre una mujer y un hombre no es posible.

—¡Tonterías! Tengo la fortuna de tener muchas amistades y entre ellas hay muchos caballeros.

—Todos ellos casados y comprometidos. Con *lord* Henry es distinto. Es un caballero soltero, y ya sabes que a la gente le gusta hablar.

Audrey se alarmó ante este último comentario.

—¿Están hablando de nosotros?

—No, por ahora. Pero da tiempo. La gente se aburre mucho y necesita cotilleos para alimentar sus conversaciones durante la temporada.

Audrey se mordió el labio inferior, un poco inquieta. Si empezaban a circular rumores malintencionados sobre ellos, sería perjudicial para la relación de Henry con *lady* Victoria. Annabella pareció notar el malestar de su cuñada.

—Lo siento, no quería preocuparte. Sé lo que estás pensando, que es mejor no relacionarte con *lord* Henry. Pues quítate esa idea de la cabeza. No puedes dejar de ser tú misma, Audrey. Eres alguien afectuoso por naturaleza, y si ayudar a un amigo crea habladurías, pues que hablen. Tú estás haciendo lo correcto.

Audrey miró a su cuñada y la sonrió. Claro que no iba a dejar de hablar a *lord* Henry para protegerse de los posibles rumores. Aunque sabía con certeza que, dentro de poco, Henry y ella se distanciarían, debido a su compromiso con *lady* Victoria. La joven seguramente acudiría a la cita del día siguiente, una ocasión perfecta para introducirse en los círculos más íntimos de *lord* Henry. Era algo natural y previsible.

Por la tarde, se quedó en casa a solas y estuvo leyendo durante horas. Ese era uno de sus pasatiempos favoritos. Estuvo totalmente absorta, leyendo *La abadía de Northanger* de Jane Austen y, cuando quiso darse cuenta, ya era la hora de cenar.

Antes de irse a dormir, debía elegir un vestido apropiado para el día siguiente. Era la primera vez que asistía sola a un almuerzo y quería causar una buena impresión en los anfitriones. Se sentía ilusionada ante el encuentro. Los Davenport parecían ser gente sencilla y honesta, a pesar de su elevada posición social. Sería un cambio de aires que la alejaría del encorsetado

círculo social al que estaba habituada.

Al día siguiente, Henry estaba terminando de arreglarse para acudir a Kenton House. Estaba contento y animado. Volvería a ver a Audrey Morgan, esa mujer tan especial que le gustaba tanto. Estaba deseando saber de qué cosas hablarían. Cada vez le sorprendía más aquella mujer. Siempre se sentía cómodo a su lado, y tenía la sensación de que podía contarle cualquier cosa. También ayudaba el hecho de saber que no tenía una idea preconcebida de él.

Normalmente, las mujeres que se acercaban a él lo hacían por dos razones. Primero, por su porte, y después, por su título y su fortuna. Pero Audrey era diferente. Ella era natural, espontánea y directa. No ocultaba nada y había demostrado ser una persona en quien se podía confiar. Demostraba su aprecio sincero hacia él, sin buscar nada más. Le gustaba esa relación tan cercana que tenían y quería saber más cosas de ella, conocerla a fondo. Siempre como amiga, se decía. Aunque daba la impresión de que su corazón no pensaba del mismo modo.

Finalmente, se dirigió junto a sus padres a Kenton House, y a los pocos minutos ya estaban reunidos en el salón con la familia Davenport al completo. A Henry le alegró ver a sus padres juntos, mostrando buena sintonía. Era un matrimonio que llevaba vidas separadas, pero que siempre se reunían para ver a sus más queridos amigos. Y los Davenport lo eran.

Henry fijó su vista en Charlotte y Michael, que se mostraban risueños y cómplices. ¡Y pensar que estuvieron a punto de echarlo todo a perder! No podía evitar envidiarlos.

Audrey se subió al carruaje acompañada de su doncella, Berniece. Estaba algo nerviosa ante el inminente encuentro con los Davenport y, sobre todo, con *lord* Henry. Aunque pensó que él estaría ocupado con *lady* Victoria, y seguramente no tendrían demasiado tiempo para hablar con ella. *Lord* Henry y

lady Victoria debían estrechar lazos, y así podrían acabar enamorándose. Al pensarlo, notó cierto malestar en su corazón. ¿Por qué se sentía así?

Llegaron a Kenton House y, cuando bajó del carruaje, Audrey se detuvo a observar la hermosa y majestuosa fachada. Enseguida, el mayordomo la condujo hasta el salón, donde todos esperaban. Nada más abrir la puerta todos la miraron. Aunque Henry la observó con mayor detenimiento.

Al verla, pensó que estaba muy hermosa con ese sencillo vestido de color cereza que llevaba puesto. Su cabello iba recogido en un moño trenzado, con mechones en forma de tirabuzón que caían en ambos lados del rostro. Cruzaron sus miradas y Audrey se ruborizó.

—*Lady* Audrey, es un placer recibirla en Kenton House. Soy *lord* Davenport —dijo el duque de Branston acercándose a ella, y besándole el dorso de la mano.

—Gracias por recibirme, su gracia. Es un placer estar aquí —respondió.

—Le presento a *lady* Elizabeth, *lord* y *lady* Crawford, y bueno, ya conoce a los más jóvenes —comentó *lord* Davenport.

Audrey hizo una delicada reverencia a modo de saludo, y dedicó una sonrisa a Henry, Michael y Charlotte, que respondieron del mismo modo.

—Bueno, ahora que ha llegado la invitada, es hora de comer —anunció *lady* Elizabeth.

A continuación, todos se dirigieron al comedor, donde ya estaba todo preparado. Audrey se sentó entre Charlotte y *lady* Crawford, que la observaba con especial interés.

—¿No esperamos a *lady* Victoria y *lord* Baltimore? —preguntó, desconcertada.

Todos la miraron, extrañados.

—No han sido invitados. Yo solo la invité a usted —contestó Charlotte.

Audrey torció el gesto y se maldijo. Primera metedura de pata del día. Su familia tenía razón, era un desastre andante. Ella pensaba que, siguiendo el plan, *lord* Henry habría propiciado un encuentro con *lady* Victoria. Pero se

había equivocado. Henry la observó y comprendió su inquietud. Así que decidió echarle una mano.

—¿Sabes, madre? *Lady* Audrey es una ávida lectora.

Lady Crawford la miró con curiosidad.

—¿En serio?

—Así es, *milady*.

—Entonces vamos a llevarnos muy bien.

A partir de entonces, Audrey y *lady* Crawford empezaron a conversar. Comentaron los últimos libros que habían leído, compartiendo impresiones y después empezaron a hablar de amigos en común que tenían. Según descubrió Audrey, *lady* Crawford conocía a muchas de las parejas a las que ella había ayudado.

Finalmente, *lady* Crawford compartió anécdotas de su juventud que provocaron en ella una enorme sonrisa y muchas carcajadas. Henry las miraba, embelesado. Hacía mucho tiempo que no oía reír a su madre, pues era una mujer de carácter serio. Pero parecía ser que Audrey había conseguido que se relajara durante un rato.

Terminada la comida, todos regresaron al salón, donde las conversaciones continuaron. Charlotte aprovechó para darle a Audrey un libro del que habían estado hablando. Se trataba de una novela gótica de la escritora Ann Radcliffe.

Ambas eran admiradoras de la autora, pero Audrey no podía tener esos libros en casa. Sus padres no los aprobaban. Mientras tanto, *lady* Crawford se acercó a su hijo, que observaba a las damas con interés.

—Me gusta mucho tu *lady* Audrey, Henry. Creo que es una joven excelente. Educada, culta e inteligente. Me ha caído muy bien. Y ya sabes que a mí poca gente me cae bien —afirmó *lady* Crawford.

—¿Hablas en serio? —inquirió Henry, sorprendido.

Lady Crawford miró a su hijo con el ceño fruncido.

—¡Por supuesto que hablo en serio!

—Pues te informo que entre *lady* Audrey y yo no hay nada. Solo somos

amigos —aclaró.

—Vaya, una pena, creía que de verdad estabas tomándote el asunto del matrimonio en serio.

—Claro que me lo estoy tomando en serio. Lo que ocurre es que *lady* Audrey es una buena amiga, nada más.

La dama suspiró con resignación.

—Una lástima.

Lady Crawford se alejó de él con cierta sensación de derrota. Sabía que su hijo era algo superficial y que *lady* Audrey no era su tipo. Sin embargo, ella creía que Henry empezaría a pensar con la cabeza y no con otras partes de su anatomía, como siempre hacía.

Henry volvió a observar a Audrey, y siguió autoconvenciéndose de que entre ellos no podía haber nada más que una amistad. Sin embargo, ¿por qué dudaba?

Ya eran las cinco de la tarde y Audrey debía regresar a Morgan House. Se despidió de los Davenport y de los Crawford con una amplia sonrisa. Había pasado un día maravilloso y el tiempo había pasado sin darse cuenta. Apenas había tenido ocasión de hablar con Henry y preguntarle por qué no había invitado a *lady* Victoria. Habría sido una buena oportunidad para ambos. Aunque en el fondo tampoco lo lamentaba.

A lo largo del encuentro, tuvo la oportunidad de observar a Henry con detenimiento. Estaba realmente apuesto, vistiendo un elegante traje azul oscuro con camisa blanca y corbatín a juego. Su mirada, acompañada de su preciosa sonrisa, resplandecía todo el tiempo. Ese hecho había provocado que el corazón de Audrey se sobresaltara en más de una ocasión.

También había disfrutado de la grata compañía de *lady* Crawford. Había escuchado rumores sobre su carácter fuerte y severo, pero ella no lo había percibido así. Al principio, se mostró correcta, pero pasado un rato, ya la

trataba como si fueran amigas. Habían conversado sobre diversos temas y habían encontrado muchas cosas en común. Audrey había sido capaz de ver más allá de la apariencia y encontró que *lady* Crawford era una mujer amable y agradable. Y con *lady* Charlotte había estrechado lazos y le había incluso firmado el ejemplar de su libro *Viaje a Mirna*, que Audrey había llevado consigo. Había sido realmente feliz ese día.

Cuando regresó a casa, no había nadie allí. Según le informó el señor Carter, todos habían hecho planes para esa noche, así que cenaría sola. Subió a su cuarto a cambiarse para la cena y a las seis ya estaba sentada a la mesa del comedor disfrutando de un ligero menú, compuesto por una sopa de verduras y fiambres variados.

Cuando estaban a punto de servirle el postre, escuchó el timbre de la entrada. Miró el reloj y comprobó que eran las seis y media. Audrey se quedó sentada, con la vista fijada en la puerta del comedor, expectante. ¿Quién llamaría a estas horas? Justo en ese instante, vino una de las criadas.

—*Lady* Audrey, *lady* Julia acaba de llegar, insiste en verla —explicó la joven, un tanto inquieta.

Audrey se levantó enseguida y acudió al vestíbulo donde su hermana estaba esperándola. Julia mantenía su mandíbula apretada y el ceño fruncido, mientras se quitaba los guantes y el sombrero con violencia. El señor Carter sostenía las prendas, con gesto imperturbable. Audrey se fijó en que llevaba con ella una bolsa de viaje. Se acercó a su hermana y preguntó, cautelosa:

—Julia, ¿qué ha ocurrido?

Julia alzó la vista y suspiró, furiosa.

—¿Qué no ha ocurrido? ¡Esa sería la pregunta!

Audrey la miró, desconcertada. Aun así, pudo dar instrucciones al señor Carter.

—Por favor, preparen la habitación de *lady* Julia, y preparen té.

—Mejor *whisky* o brandy —espetó su hermana, mientras pasaba a su lado, dirigiéndose al salón. De repente se giró, y preguntó—: ¿Están madre y padre

en casa?

Audrey negó con la cabeza.

—No, estamos solas.

—Mejor. Vamos, acompáñame y te lo contaré todo. Esta noche necesito desahogarme.

Dicho esto, Audrey siguió a Julia hasta la biblioteca. Allí se sentaron en dos sillones frente a la chimenea. Minutos después, el señor Carter trajo una bandeja con dos copas y una botella de brandy, y las dejó solas. Julia se sirvió una copa y bebió todo de un trago. A continuación, respiró profundamente, consiguiendo así serenarse.

—Cuéntame lo que ha pasado —la instó Audrey con delicadeza.

—Barron me ha engañado de nuevo. Sé que no es algo extraño. Siempre lo hace, pero esta vez no he podido soportarlo más, Audrey. Ahora ha ido demasiado lejos.

—¿Qué ha ocurrido?

Su hermana tragó saliva y la miró.

—Le he visto yaciendo con lady Dawson. ¡Con mi mejor amiga, Audrey! ¡Los dos me han traicionado! ¡Tenías que haberlos visto! Estaban en el cuarto de él, en su lecho, desnudos. ¡Fornicando como dos animales en celo! —exclamó, furiosa.

Audrey se quedó sin palabras. ¿Con *lady Dawson*? ¿Esa mujer que presumía de tener una conducta intachable? Aunque por boca de *lord Henry* sabía que eso no era cierto.

—No puedo creerlo —consiguió decir.

—Pues es cierto. Lo he visto con mis propios ojos —espetó Julia—. Verás, desde hace tiempo tenía mis sospechas, pero no tenía pruebas. Los criados me contaron que *lady Dawson* había visitado mi casa cuando yo no estaba. Y oí por otro lado que los habían visto juntos en algún sitio concreto. Sin embargo, no quería creerlo. Ella siempre intentaba calmar mi enfado cada vez que me enteraba de los devaneos de Barron. Y ahora resulta que ella es una de sus

amantes. Me siento una estúpida. Se han reído de mí —se lamentó.

Audrey abrazó a su hermana con fuerza, intentando consolarla.

—Ya se acabó todo.

—¿Acabarse? Esto acaba de empezar. Barron me las va a pagar, Audrey. Esto no va a quedar así —advirtió, seria.

Audrey miró a su hermana, sorprendida.

—¿Y qué piensas hacer?

—Me encantaría estrangularlos a los dos. Pero no puedo. Iría a la cárcel y vosotros sufriríais el escándalo. —Audrey miró a su hermana, divertida. Siempre pensaba en la reputación de la familia, incluso en un momento así—. Por el momento, me quedaré aquí unos días, hasta que se me pase el enfado. Lo que tengo claro es que no voy a ser esa esposa sumisa que él cree que soy.

—¿Vas a buscarte un amante? Eso sería muy emocionante.

Su hermana la miró con los ojos desorbitados.

—¡Audrey!

—¿Qué? Sé que en el fondo te encantaría. Así le darías una lección.

Julia se mostró pensativa.

—Bueno, no lo descarto. Aunque ahora no tengo muchas ganas.

Ambas se miraron y acabaron riéndose a carcajadas.

—Mañana buscamos candidato para que se convierta en tu amante. ¿Qué te parece? —bromeó Audrey.

—Me parece buena idea. Además, confío en ti. Siempre aciertas.

Volvieron a reírse y se miraron, cómplices. Habían pasado muchos años desde que las dos habían estado cómodas la una con la otra. En ese instante Julia se dio cuenta del daño que había causado, por dejarse influenciar por quien no debía.

—Audrey, siento mucho haber sido tan estricta y cruel contigo todo este tiempo. Espero que puedas perdonarme algún día —dijo, mirándola con pesar.

Audrey sonrió con ternura.

—No te preocupes, está todo olvidado. Ahora debemos estar unidas.

Ambas acabaron brindando por esa nueva etapa que se abría en la vida de Julia. Pronto todo Londres conocería el escándalo, pero poco les importaba. En ese momento volvían a ser hermanas y amigas, y eran felices por ello. A partir de ese día, las cosas entre ellas cambiarían.

Capítulo 9

Al día siguiente, Julia se levantó más calmada y serena. Había estado pensando toda la noche en lo que haría a partir de ahora. Volvería a su casa con su marido, eso lo tenía claro. Sin embargo, necesitaba unos días para calmar su ánimo. Nunca había amado a Barron, no se engañaba a ese respecto. No obstante, esperaba un poco de respeto por su parte. Con quien más dolida estaba era con *lady* Dawson, que siempre había afirmado ser su mejor amiga. A partir de ese momento, ya no lo sería.

De hecho, se sentía una estúpida por haber confiado en ella y seguir sus ideas absurdas sobre etiqueta y comportamiento. Eso había producido un distanciamiento con su querida hermana Audrey. Aún se sentía culpable por el trato que le había dado a lo largo de esos años, y lo menos que podía hacer a partir de ahora, era volver a ser su amiga. Audrey se cruzó con ella en el pasillo y vio la cara seria de su hermana. Esta la miró y compartió con ella sus pensamientos.

—Como ya te dije anoche, regresaré con Barron, aunque no inmediatamente. Me quedaré unos días con vosotros. Necesito tiempo para coger fuerzas.

Audrey asintió.

—Comprendo. ¿Y qué vas a hacer cuando regreses?

Julia respiró hondo.

—Hablaré seriamente con Barron, y llegaremos a un arreglo que nos convenga a ambos. Sé que él estará encantado de que hagamos vidas

separadas, pero siempre mostrando al mundo que somos un matrimonio sólido.

—Es una pena que no puedas divorciarte. Así serías libre para hacer lo que quisieras.

Julia miró a su hermana.

—Audrey, yo fui la que se metió en este lío. Sabía con quién me casaba. Ya había oído hablar de las aventuras amorosas de Barron. Sin embargo, decidí optar por la comodidad y la seguridad. Él tenía un título, propiedades, dinero, y yo viviría bien. Era lo que me importaba. Y ahora veo que me equivoqué. No obstante, haré frente a esta situación, y hablaré claramente con Barron. No pienso permitirle más humillaciones de este tipo.

Audrey agarró la mano de Julia.

—Yo estaré a tu lado siempre que me necesites, ya lo sabes.

—Lo sé —respondió Julia, sonriente.

Ambas se abrazaron.

—No comentes nada de esto, ¿de acuerdo? Diremos que me apetecía pasar unos días con vosotros. Barron no vendrá por aquí en unos días.

Audrey frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Porque anoche fue testigo de mi furia, y te aseguro que lo último que querrá será venir a Morgan House a buscarme.

Audrey miró a su hermana con suspicacia.

—¿Qué le has hecho?

Julia se encogió de hombros.

—Nada importante. Solo tirarle la vajilla a la cabeza, y a ella agarrarla por el pelo y arrastrarla por el suelo. Mis criados, que me aprecian, no sabían si ayudar o aplaudirme —explicó, divertida.

Audrey se quedó asombrada y una sensación de orgullo la invadió. Ahí estaba la Julia que ella recordaba. Sí, desde luego, Barron no se atrevería a aparecer por allí.

—De acuerdo. No comentaré nada. Tienes mi palabra.

—Genial. Y ahora, vamos a desayunar, estoy hambrienta.

Dicho eso, las dos bajaron a desayunar. La sorpresa en la familia Morgan fue enorme al ver a Julia allí. Esta dio una convincente excusa, apoyada por Audrey, y nadie hizo preguntas. Lo que sí notaron fue un cambio de actitud en la mujer. Ahora se mostraba amable y simpática. Parecía que había vuelto a ser aquella Julia del pasado, risueña y agradable, a la que todos querían.

Por la tarde, Henry salió a dar un largo paseo por Hyde Park con sus amigos Michael y Charlotte, aprovechando el buen tiempo que hacía.

—Me encanta Hyde Park a esta hora, apenas hay gente —comentó Charlotte.

—Sí, además, las cotillas ya están escondidas en sus guaridas —afirmó Michael, divertido.

Henry se rio y Charlotte lo miró con reprobación.

—¡Michael! No deberías decir esas cosas. No es correcto.

Michael puso los ojos en blanco.

—Desde que te has convertido en *lady* Charlotte Davenport, te has vuelto demasiado estricta. Mi Charlotte no es así.

Charlotte suspiró.

—Lo sé. Pero no puedo hacer otra cosa. Al estar tanto tiempo con las cotillas y las arpías, noto que me estoy volviendo como ellas. Tengo que guardar las formas y adaptarme. Por eso estoy deseando regresar a Horton Hall. Empiezo a cansarme de este ambiente.

Henry alzó una ceja.

—Bueno, gracias por la parte que me toca.

Charlotte lo miró, apurada.

—Henry, no me refería a ti. Ya sabes cómo es esto. Te encuentras con señoras que te sonrían, pero que aprovechan cualquier descuido para decirte alguna impertinencia. Y luego, por detrás, no dejan de criticar.

—Lo sé, tranquila. Sé que no te refieres a mí. Te entiendo perfectamente. Todos sufrimos lo mismo. Yo, personalmente, tengo ganas de regresar a Marley House. Al menos los árboles y los pájaros no vigilan mis movimientos.

—Bueno, no os preocupéis, que yo estoy aquí, y si tengo que poner a alguien en su sitio, lo haré —dijo Michael abrazando y besando a su esposa con ternura, mientras ella reía feliz.

Henry puso los ojos en blanco.

—Gracias por ignorarme, tortolitos. Veréis cuando me case. Me vengaré de vosotros sin piedad —les advirtió.

De repente, los tres se detuvieron.

—Hablando de eso, mira quién viene por allí —comentó Michael.

Lady Victoria, *lord Baltimore* y *lord Alfred* se acercaron a ellos y los saludaron. La joven iba elegantemente vestida con un traje blanco a juego con su sombrero, mientras los caballeros llevaban sendos trajes oscuros.

—¡*Lord Henry*! Qué alegría verle. ¿Cómo usted por aquí? —comentó *lord Baltimore*.

—Aprovechando el buen tiempo, *milord*. Por cierto, me han dicho que pronto regresarán a su casa en el campo. ¿Es eso cierto? —inquirió Henry.

—Sí, dentro de tres semanas. Pasaremos allí unos meses y luego regresaremos a Italia a principios de año —explicó *lord Baltimore*—. De hecho, *lord Alfred* irá con nosotros.

Lord Alfred se ruborizó y *lady Victoria* lo miró con disimulo. Henry pudo ver la evidente complicidad entre ellos. Seguramente, pronto anunciarían su compromiso.

—Pero nos gustaría ir antes a Marley House para que nos enseñe el yacimiento, *lord Henry* —dijo *lady Victoria* acercándose a él.

En ese momento, Audrey y Julia estaban paseando por allí cerca. La primera los reconoció a todos enseguida y comprobó la cercanía de *lady Victoria* y *lord Henry*. Ambos reían y charlaban, mirándose con ternura. O eso

le parecía a ella. Sintió un poco de tristeza al ver la escena y notó cómo el pulso se le aceleraba por la inquietud.

Debido a eso, instó a Julia a caminar más deprisa para que no se percataran de su presencia. Estaba un poco confusa por los sentimientos que aquella situación despertaba en su corazón y no estaba de humor para mantener una charla distendida con *lord* Henry y *lady* Victoria.

—Creo que es mejor que volvamos a casa, tengo la impresión de que va a llover —comentó Audrey, apartando la mirada del grupo y agarrando la mano de su hermana.

Julia la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué estás diciendo? No hay nubes en el cielo.

—Lo sé, pero noto el ambiente un tanto extraño. Hay mucha humedad, lo noto en la piel. Eso significa que pronto lloverá, así que es mejor que volvamos a casa —insistió Audrey, tirando de su hermana mientras andaba.

Sin embargo, Julia se detuvo y se liberó de su agarre.

—Audrey, ¿qué demonios ocurre? —inquirió, molesta.

Audrey se mordió el labio inferior nerviosa y se frotó las manos. No sabía cómo explicarle a su hermana su angustia.

—¡*Lady* Audrey! —exclamó *lady* Victoria desde donde estaba.

Audrey tragó saliva y miró al grupo. Vio a *lady* Victoria agitando su brazo, haciéndola señas para que se acercara. Julia miró a su hermana.

—Bueno, ¿a qué esperas? Vamos a saludarlos —la instó.

Dicho eso, Julia agarró a su hermana de la mano y se dirigieron al grupo. Henry notó cómo su corazón casi se le salía del pecho debido a la emoción. Cada vez que veía a Audrey, se sentía muy dichoso.

—¡Qué maravillosa coincidencia, *lady* Audrey! —exclamó Charlotte.

Audrey sonrió con timidez.

—Les presento a mi hermana, *lady* Julia Hyatt.

Julia hizo una reverencia y los demás se fueron presentando. El grupo se juntó y comenzaron a caminar en parejas. Henry y Audrey caminaron uno al

lado del otro. Ella estaba muy nerviosa y mantenía la vista al frente, intentando calmar su inquietud. Ante la presencia de *lord* Henry, notaba cómo unas traviesas mariposas revoloteaban en su estómago.

—¿Cómo están sus padres? —preguntó Audrey, intentando romper el silencio reinante.

—Bien, de hecho, quería verla, *lady* Audrey. Verá, mis padres van a ofrecer una cena pasado mañana en Crawford House, y bueno, nos preguntábamos si querría acompañarnos.

Audrey lo miró, sorprendida.

—Sería un honor, *lord* Henry. —De repente, se acordó de Julia—. ¿Podría llevar acompañante?

Henry la miró, extrañado.

—Por supuesto, ¿quién sería su acompañante?

—Mi hermana.

Henry asintió, pensativo.

—Veo que la tensión entre ustedes ha desaparecido.

—Así es. Las cosas entre nosotras han cambiado a mejor, afortunadamente.

—¿Y cuál es el motivo? Si me permite la pregunta.

Audrey se inquietó. No estaba segura si era adecuado contárselo, así que decidió no dar explicaciones.

—Es un asunto privado. No puedo comentarlo con nadie, me temo. Espero que lo comprenda.

Henry entendió su respuesta. Había asuntos que no se podían comentar fuera del ámbito privado, y quizás no eran tan buenos amigos como para compartir ciertas cosas. A pesar de que lo comprendía, lamentaba que no confiara tanto en él.

—Sé lo que estará pensando, pero quiero que sepa que se equivoca, *lord* Henry. Confío plenamente en usted. Sin embargo, mi hermana me ha pedido discreción. Así que, por el momento, no puedo decirle nada.

Henry sonrió, sorprendido, y a la vez aliviado, y Audrey notó de nuevo

cómo su corazón latía desbocado. Sintió la imperiosa necesidad de hablar mucho, para conseguir calmarse.

—Veo que el asunto de *lady* Victoria va a la perfección.

—Sí, eso parece.

—¿Y ya sabe cuándo...? —No se atrevió a terminar la pregunta.

—Supongo que pronto —contestó Henry, encogiéndose de hombros.

Audrey sintió una punzada de dolor en su corazón, y notó un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Henry no se percató de su angustia, porque siguió hablando de otro tema.

—Hyde Park me gusta. De niño solía venir con Michael, acompañados de nuestras niñeras, y jugábamos toda la tarde. Aunque no hay nada como Marley House. Allí tengo mis recuerdos más felices.

—¿Cómo es? —inquirió Audrey, intentando olvidar lo que estaba sintiendo.

—Es una propiedad muy grande, rodeada de verdes prados y una pequeña arboleda. Allí solía jugar con otros niños de la zona, con mis primos, y cuando Michael venía, nos perdíamos buscando supuestos tesoros. ¿Sabe que hay una leyenda que tiene lugar allí?

—¿De verdad? —preguntó Audrey con interés.

—Sí, mi abuelo solía contármela. Cuando aún no estaba Marley House construida, en la arboleda había una cabaña que perteneció a un viejo marino. Allí guardaba un tesoro. Un cofre lleno de oro y piedras preciosas que había traído de sus viajes por los siete mares. Decían que era un pirata que se había escondido allí, huyendo de la justicia. Se contaba que guardaba el cofre en su sótano. Cuando murió, muchos vecinos fueron a buscarlo, pero no encontraron nada. Al final la casa quedó en ruinas y nada más se supo.

—Entonces, ¿no ha encontrado el tesoro?

Henry negó con la cabeza.

—No, sin embargo, no me rindo. Estoy seguro de que lo encontraré. Aunque estoy más que satisfecho con los tesoros que estoy encontrando. Puede que no haya oro ni piedras preciosas. Pero son trozos de historia. Eso sí que es

valioso para mí.

Audrey lo miró con admiración. *Lord Henry* era un caballero cabal y muy interesante. Tenía mucho que contar.

—¿Y usted qué me puede decir de su hogar? —preguntó Henry.

—Ellis Hall no es seguramente tan grande como otras propiedades, sin embargo, es un lugar acogedor. Tenemos un gran jardín con una preciosa rosaeda que hizo plantar mi abuela, *lady Morgan*, y cerca de allí hay un pequeño arroyo donde solíamos bañarnos en verano. En la niñez no veníamos a Londres. Los niños nos quedábamos en Ellis Hall. Allí jugábamos y conocíamos la libertad lejos de nuestros padres. Aunque les echábamos terriblemente de menos. Sobre todo, cuando había tormenta.

—¿Le daban miedo las tormentas?

—Sí, tanto a Julia como a mí. Mi hermano también se asustaba, aunque se hacía el fuerte. Ya sabe, era el hombrecito de la casa.

—Que sea el hombrecito de la casa no quiere decir que no pueda tener miedo. Admito que yo de niño tenía mucho miedo a la oscuridad. Debía dormir siempre con una vela encendida.

—El miedo es algo innato. Y todos tenemos nuestros propios temores. ¿Qué hizo usted para superarlo?

—Recuerdo que una noche mi madre se puso muy enferma, con mucha fiebre. Podía escuchar sus terribles delirios desde mi habitación. Mi padre no estaba en casa y decidí agarrar mi vela y enfrentarme a la oscuridad. Lo único que recuerdo es que llegué a su habitación rápidamente. El miedo a perder a mi madre fue mayor que mi temor a la oscuridad. Conseguí estar a su lado y agarrar su mano cuando más me necesitaba. Afortunadamente, superó la enfermedad con éxito.

—Fue usted muy valiente, *milord* —afirmó Audrey con sinceridad—. Yo superé mi miedo de una forma un tanto extraña. Mi padre siempre nos repetía la misma frase: debéis enfrentaros a vuestros miedos. Entonces, una noche, harta de los llantos de mi hermana, decidí enfrentarme a la tormenta. Me

levanté, me dirigí a la ventana y grité al cielo: ¡no te tengo miedo! En ese momento, mi hermana empezó a reírse, al igual que mi hermano, y todo se convirtió en una broma. Ya no volví a tener miedo a las tormentas.

Henry se rio imaginando a una *lady* Audrey niña gritando por la ventana. La verdad es que le pareció una anécdota muy divertida.

—Me gusta su método. Creo que habría que ponerlo en práctica más a menudo.

—Sí, pero en privado. No vaya a ser que los vecinos se escandalicen y llamen a la guardia.

Los dos rieron ante la ocurrencia.

Llegaron al final del recorrido y ambos se despidieron en una de las entradas de Hyde Park con la promesa de verse en Crawford House. Audrey se mostró pensativa mientras caminaba junto a su hermana. Había disfrutado mucho de aquella conversación con *lord* Henry, que le había permitido saber más de él. Se sentía un poco feliz y especial.

Sin embargo, la sombra de su futuro compromiso acechaba. No entendía por qué le inquietaba tanto. Al fin y al cabo, su misión había sido un éxito. Debía alegrarse por ellos, así que se dio unas palmaditas en las mejillas, reprochándose la inquietud que aquella relación despertaba en ella.

—¿Qué haces? —preguntó su hermana, alzando una ceja.

—Dando color a mis mejillas.

Julia asintió, mirándola con suspicacia.

—Ya veo. Por cierto, permíteme decirte que creo que *lord* Henry y tú hacéis una pareja excelente. Se os ve muy unidos.

Audrey la miró, alarmada.

—¡En absoluto! Además, *lord* Henry está a punto de comprometerse con *lady* Victoria.

Julia la miró, incrédula.

—¿De verdad? Pues no es lo que yo he visto. Creo que *lady* Victoria tiene más interés en lord Alfred.

—Te equivocas. Lo que ocurre es que deben guardar las apariencias hasta que se anuncie el compromiso. Eso es todo.

Julia no dijo nada más, aunque seguía dudando de lo que su hermana decía. Estaba claro que *lord* Henry estaba interesado en Audrey. Había tenido la oportunidad de verlos juntos durante el paseo, y parecían muy compenetrados. *Lord* Henry sería un esposo perfecto para ella. Según le había contado *lady* Charlotte, *lord* Henry era un caballero amable, culto y generoso. Solo esperaba que este hubiera dejado atrás su pasado disoluto y mostrara buenas intenciones hacia su hermana. Ahora era ella quien debía ayudar a Audrey, y así lo haría. Si era posible, haría que Audrey alcanzara la felicidad que ella nunca había conocido.

Capítulo 10

Dos días después, como cada mañana, los Morgan desayunaban en familia. Estaban charlando sobre los planes del día, cuando, de repente, uno de los criados le entregó a *lady* Morgan una carta que acababa de llegar. La abrió en la mesa y, a continuación, la leyó.

—Noticias de tía Caroline. Viene a Londres en un par de días. Estará un tiempo en Inglaterra para arreglar unos asuntos y va a hacernos una visita.

Lady Caroline Harrington era la hermana menor de la madre de Audrey. Era una mujer aventurera que había enviudado dos veces. No tenía hijos y sus maridos le habían dejado propiedades y una cuenta corriente abultada. A raíz de la muerte de su último marido, *lord* Harrington, vizconde de Taunton, decidió vivir la vida de forma trepidante. Empezó a viajar y a vivir en distintas ciudades de Europa durante largas temporadas. En los últimos dos años, había instalado su residencia en la Riviera Francesa, aunque viajaba constantemente. Audrey era su sobrina favorita y, en reiteradas ocasiones, le había pedido que se fuera a vivir con ella.

A Audrey le hacía mucha ilusión volver a verla. Rompería por completo las rutinas de la temporada. En su círculo social, miraban a su tía con recelo. Era una mujer libre que hacía lo que quería, con una mentalidad nada encorsetada. En los últimos tiempos apenas había hecho acto de presencia en las fiestas de la temporada. Según ella, a medida que pasaban los años, más se aburría de aquella gente que decían ser sus amigos. Consideraba que todos ellos eran

unos hipócritas que se regían por una vida sustentada en una doble moral.

Mientras, en casa de los Crawford, el conflicto estaba servido. *Lord* Crawford y *lady* Crawford discutían en el salón debido a la velada de esa noche.

—Es decir, que, sin consultarme, has decidido hacer tus propios planes y no vas a cenar con nosotros —dijo *lady* Crawford, visiblemente enfadada.

—Yo no tengo la culpa de que hayas organizado esta cena con tan poco tiempo. Sabes que tengo compromisos ineludibles —se defendió *lord* Crawford.

—Lo sé, por supuesto que lo sé. Yo también los tengo. Sin embargo, permíteme decirte que organicé este encuentro con tiempo suficiente para que pudieras cambiar tus planes. Lo que ocurre es que no te ha interesado.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé con quién vas a verte esta noche, y entiendo que no quieras cambiarlo. Y no voy a decir nada más sobre este asunto. Así que, descuida, no te necesito —sentenció *lady* Crawford, molesta.

A continuación, salió del salón en dirección a sus aposentos, mientras Henry observaba la escena escondido tras una columna del vestíbulo. Desde niño, siempre había sufrido con las discusiones de sus padres. Hacía años que se habían separado de puertas para adentro, pero seguían discutiendo con frecuencia.

Incluso había días que ni se hablaban. Sabía que debajo de ese talante serio, su madre escondía un terrible sufrimiento al verse encerrada en un matrimonio infeliz. Su padre pasó a su lado y ni le miró. Siempre era así. Su padre era un hombre muy reservado. Decidió subir a ver a su madre, para comprobar que estaba bien. Llamó a la puerta, y esta le invitó a entrar.

—Madre, ¿todo va bien? —preguntó.

Su madre lo miró desde el tocador.

—Perfectamente. Solo un pequeño contratiempo. Tu padre no nos

acompañará esta noche. Pero no te preocupes. Nos divertiremos igualmente. Así que no pongas ese gesto tan serio, no es propio de ti —dijo *lady Crawford*, intentando calmar la tensión.

Henry dibujó una sonrisa ladeada. Su madre solía usar esos comentarios como autodefensa. Ella nunca mostraba tristeza. No era una mujer débil, según decía. Minutos después, más tranquilo, se dirigió a Brook's donde había quedado en verse con Michael.

Media hora más tarde llegó al lugar, donde encontró a su amigo sonriendo de oreja a oreja, sentado en un sillón. Henry se paró delante de él, mirándolo con gesto interrogante.

—Querido Henry, tengo una gran noticia que darte.

Henry se sentó a su lado y puso todo su interés en él.

—¡Cuenta! —le instó.

—Charlotte y yo vamos a ser padres —declaró, entusiasmado.

Henry sonrió ampliamente y abrazó a su querido amigo con alegría. Captaron la atención de todos los presentes, que se preguntaban a qué venían esas efusivas muestras de afecto entre caballeros. Se separaron y cada uno volvió a su asiento. Entonces, Michael dio más detalles.

—Me lo contó ayer por la tarde. ¡Estoy tan emocionado! Aunque también preocupado.

—Es algo normal. Es un paso muy importante. ¿Cómo se encuentra Charlotte?

—Bien, según me ha dicho. Aunque tiene náuseas. Pero mi madre me explicó que es algo normal al principio.

—Entonces, todo irá bien. Ya lo verás. Dios mío, no puedo creerme que vayas a ser padre. Ahora solo quedo yo.

—Tengo la impresión de que pronto acabará tu soltería.

—¿Por qué dices eso?

Michael se acercó a su amigo y le dedicó una mirada pícaro.

—He visto cómo la miras...

Henry tragó saliva.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo la miro?

—Con ojos de enamorado.

Henry se revolvió incómodo.

—Te equivocas. Yo no miro a *lady* Audrey de esa forma. Para mí, es sagrada —afirmó, inquieto.

Michael alzó una ceja, sorprendido.

—No me refería a *lady* Audrey. Hablaba de *lady* Victoria.

Henry abrió muchos los ojos. Acababa de pillarle. Ahora debía rectificar.

—Claro, yo también me refería a *lady* Victoria.

Michael se rio.

—Vaya, vaya, no esperaba que me lo revelaras tan rápido, pensé que me costaría más sonsacarte.

En ese instante, Henry se dio cuenta de que su amigo le había tendido una trampa y había caído en ella como un estúpido. Frunció el ceño, sin saber cómo replicar, mientras Michael lo miraba, divertido.

—No hace falta que digas nada más. Es evidente que *lady* Audrey te gusta mucho. Bueno, yo diría que la amas. Nunca te he visto comportarte así con otra. Y te diré algo, me gusta mucho esa mujer, y a Charlotte también. Así que, cuentas con nuestro apoyo.

Henry suspiró, exasperado.

—¿Tú también? Ya he dejado claro que entre *lady* Audrey y yo no hay nada.

—¿Quieres decir que hay más gente que te ha comentado lo mismo? —preguntó Michael, ignorando el último comentario.

—Mi madre adora a *lady* Audrey, y me hizo saber que le gustaba mucho y que apoyaría mi compromiso con ella.

—¡Eso es maravilloso, Henry! Ya sabes que *lady* Crawford es una persona exigente. Si ha conquistado a tu madre, entonces, ya está todo solucionado. ¿Qué problema hay?

Henry miró a su amigo, incrédulo.

—Pues que no me atrae de esa manera. *Lady* Audrey es solo una amiga, y así será siempre.

Michael le lanzó una mirada suspicaz.

—Henry, ¿realmente crees lo que estás diciendo o es una manera de autoengañarte y negar la evidencia? Porque te aseguro que, si se trata de esto último, vas a sufrir mucho. Y cuando quieras darte cuenta, ya será tarde.

Henry consideró lo que acababa de decir. Entonces sí que estaba hecho un mar de dudas. Por un lado, quería creer lo que decía, pero por otro, tenía la impresión de que estaba negando algo que todo el mundo veía menos él. Realmente disfrutaba de la compañía de *lady* Audrey. Cada vez que se encontraban, era un auténtico placer estar a su lado. Cada día pensaba en ella con más frecuencia y, en cierta manera, eso le asustaba. No sabía si aquello era simple deseo o era amor verdadero.

Sin embargo, había algo más importante. ¿Ella sentía lo mismo? Porque no lo parecía. *Lady* Audrey se mostraba amable con todo el mundo, y con él no era distinto. Además, estaba empeñada en provocar su compromiso con *lady* Victoria. No parecía tener interés alguno en él. Cuanto más pensaba en ello, más dudas tenía. Ojalá pudiera encontrar la respuesta pronto.

Audrey se puso delante del espejo y observó su silueta. Curvas pronunciadas marcadas por su vestido de color verde oscuro recorrían su cuerpo. Nunca se había sentido una mujer atractiva, pero tampoco se había estudiado con severidad. En esos momentos no podía evitar hacerlo. Se preguntaba por qué se preocupaba tanto por su aspecto, si nada iba a cambiar. *Lord* Henry nunca la miraría de manera especial, con ojos de enamorado, como hacía con *lady* Victoria.

Sabía que él nunca sería suyo, porque era un hombre que pronto se comprometería. No obstante, no podía reprimir lo que sentía por él. Su

corazón saltaba de alegría cuando estaban juntos. Quería saber más de él, conocer todos sus secretos, compartir sus confidencias. En definitiva, deseaba que el destino diera un giro inesperado y él se diera cuenta de que no podía vivir sin ella.

En ese momento de reflexión, entró Julia en el cuarto. Su hermana iba elegantemente vestida con un traje azul marino, que marcaba su perfecta figura. Ambas eran la noche y el día.

—Estás preciosa. Ese color te sienta muy bien —dijo su hermana acercándose a ella.

Audrey la miró, un tanto insegura.

—¿De verdad?

Julia asintió.

—Ya lo creo. Bueno, será mejor que nos marchemos ya o llegaremos tarde.

Las dos bajaron las escaleras y se dirigieron al carruaje. Allí Audrey empezó a frotarse las manos con nerviosismo, algo que Julia notó.

—Audrey, como sigas frotándote las manos te vas a hacer alguna herida.

Audrey se detuvo y respiró hondo.

—Perdona.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Vamos a cenar con gente conocida.

—Lo sé, pero estos encuentros siempre me inquietan. Tengo miedo de meter la pata.

—No te preocupes, yo estoy aquí para sacarte del apuro —afirmó su hermana guiñándole un ojo.

Llegaron a Crawford House y enseguida el mayordomo las condujo hasta el salón. Allí se reunieron con *lady* Crawford y *lord* Henry. Audrey sintió cierto desconcierto al comprobar que no estaba el señor de la casa.

—*Lord* Crawford no podrá acompañarnos esta noche, así será una cena más íntima —explicó *lady* Crawford.

Henry y Audrey se miraron, sonrientes. Él llevaba puesto un traje oscuro, con corbatín verde, a juego con sus ojos, y camisa blanca. Su mirada

esmeralda brillaba a la luz de las velas y Audrey sintió una cálida sensación que recorrió todo su cuerpo. Estaba realmente apuesto. A continuación, pasaron al comedor, donde las charlas se sucedieron.

—Hace muchos años visité Ellis Hall, cuando vuestro abuelo aún vivía allí. Yo tenía diez años. El difunto *lord* Morgan y mi padre se conocían desde niños, ya que habían estudiado juntos en Eton, y un día vuestro abuelo nos invitó a pasar unos días allí. Recuerdo que fue una estancia muy agradable —explicó *lady* Crawford—. Tengo entendido que usted se casó con *lord* Barron Hyatt ¿cierto?

—Así es, *milady* —contestó Julia, con cierta tensión.

—¿Sabe que su suegro me pretendió? Fue antes de conocer a *lord* Crawford. Debo aclarar que nunca hubo nada entre nosotros. Teníamos visiones del mundo distintas.

—Sí, su hijo ha heredado sus mismas ideas, creo —soltó Julia con malestar.

Todos se quedaron callados. Sin embargo, *lady* Crawford entendió la situación al instante.

—Veo que tenemos mucho en común. Es normal que, en los matrimonios de conveniencia, donde los contrayentes apenas se conocen, surjan ciertas desavenencias. Algunas mayores que las de un matrimonio convencional. Sin embargo, tenemos una ventaja: poder económico. Y eso, hoy en día, es imprescindible para llevar una vida confortable y segura.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, *lady* Crawford —respondió Julia.

—Sin embargo, también existen los matrimonios por amor. ¿Verdad, *lady* Audrey? —comentó Henry, intentando hablar de algo más agradable.

Audrey asintió.

—Así es, *lord* Henry.

—Son los menos, pero sí, obviamente existen —comentó *lady* Crawford. A continuación, se limpió la boca con una servilleta y dijo—: Bueno, ahora que hemos terminado el postre, Henry, querido, ¿por qué no le muestras a *lady* Audrey los dibujos de las excavaciones? Estoy segura de que le encantarán.

Henry y Audrey se miraron, desconcertados por la repentina propuesta.

—Sí, claro. ¿Me acompaña, *lady* Audrey?

Audrey asintió, se levantó y le siguió hasta la biblioteca. Cuando salieron de la estancia, Julia y *lady* Crawford se fueron al salón y allí comenzaron a conversar a solas, sentadas frente a la chimenea. *Lady* Crawford quería conocer a fondo la situación de *lady* Hyatt, que sabía con certeza que era idéntica a la suya.

Henry y Audrey entraron en la biblioteca y, mientras ella esperaba de pie ante el escritorio, Henry encendió varias velas que había dispersas por la sala. Audrey estaba algo nerviosa, por el ambiente íntimo que había en aquella estancia. Un hombre y una mujer solteros en una habitación a solas no era precisamente lo adecuado. Por eso le había sorprendido la propuesta de *lady* Crawford, una mujer que ella consideraba estricta respecto a las normas del decoro.

Cuando Henry encendió todas las velas, Audrey pudo comprobar las dimensiones de la sala, que era bastante grande. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. Había una chimenea al fondo de la sala y un diván, donde uno podía sentarse plácidamente a leer.

Henry abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una carpeta llena de hojas. La puso encima de la mesa y la abrió. Dejó la vela sobre la mesa y empezó a pasar hojas, ante la atenta mirada de Audrey.

—Esta zona de la excavación está cerca de la arboleda de la que le hablé, allí encontramos cinco vasijas romanas. —Pasó a otra hoja, donde se mostraba otro dibujo—. Dentro de una de las vasijas encontramos este collar hecho de bronce.

—Interesante —comentó Audrey, observando el dibujo con atención.

Henry podía sentir el calor que desprendía el cuerpo de ella, muy cerca del suyo, y notó cómo el pulso se le aceleraba.

—Aquí hace un poco de calor ¿cierto? Voy a abrir la ventana —dijo Henry con cierto apuro. Inmediatamente se acercó a una ventana y la abrió, dejando

que la brisa nocturna le golpeará en la cara. ¿Por qué estaba tan acalorado?

Audrey miró a lord Henry de reojo, y se animó a preguntar algo a lo que llevaba dando vueltas parte de la velada.

—¿Va todo bien entre *lord* Crawford y *lady* Crawford?

Henry la miró, un poco sorprendido por la repentina pregunta.

—Sí, todo va bien. Es que mi padre tenía un compromiso previo y no podía asistir a la cena.

Audrey lo miró, dubitativa.

—Pensé que era por nosotras.

Henry alzó una ceja.

—¿Por ustedes? No veo el motivo.

Audrey se mordió el labio inferior, nerviosa, y empezó a jugar con los pliegues de su falda.

—Verá, hace dos días me preguntó qué había sucedido entre mi hermana y yo para que las cosas hayan cambiado entre nosotras. Bueno, dado que seguramente mi hermana esté hablando con su madre del asunto, creo que puedo contarle lo ocurrido.

Henry se acercó más a ella.

—Ya sabe que puede confiar en mí.

—Lo sé. Por eso, creo que es un buen momento, ahora que estamos solos.

Henry puso todo su interés en ella y dejó que continuara.

—Mi hermana y su esposo, *lord* Hyatt, no son un matrimonio feliz.

Henry soltó una suave carcajada.

—No hace falta que lo jure, hace mucho que lo sé.

—Como ya sabe, mi cuñado no es precisamente un hombre discreto con sus aventuras, y mi hermana ha sido objeto de malvadas habladurías y mofas por su culpa. Parece que ella llevaba bien este asunto. Sin embargo, hace unos días, cuando regresé de Kenton House, algo cambió. —Audrey respiró hondo y dijo—: Mi hermana encontró a su esposo yaciendo en su lecho con *lady* Dawson.

Henry se quedó sin palabras. *Lady Dawson* era la mejor amiga de *lady Hyatt*. Siempre estaban juntas.

—Como comprenderá, a mi hermana le dolió profundamente este hecho. Estaba furiosa.

—No me extraña. Nadie podría soportar una humillación así.

—Estoy de acuerdo. Pero a mi hermana no le queda más remedio que soportarlo. Si considerara la idea de separarse formalmente o incluso divorciarse, sería considerara una paria.

—Lo sé, y estoy profundamente en desacuerdo. Creo que eso debería cambiar.

Audrey lo miró, esperanzada. Parecía ser que pensaban de la misma forma. En ese momento, Henry suspiró con pesar.

—Mis padres viven un matrimonio donde todo es apariencia. Hace años que se separaron. Nunca he visto amor entre ellos. Aunque sé con certeza que mi madre ha sufrido.

—Es lógico, todos tenemos sentimientos. Yo sufro por mi hermana y me enfada que esté en esa situación.

—Lo comprendo. Pero estoy seguro de que su hermana es fuerte.

—Lo es, créame. Si supiera lo que le ha hecho a *lord Hyatt* y *lady Dawson*...

Henry la miró con curiosidad.

—¿Qué ha hecho?

Audrey torció el gesto, un poco apurada.

—Solo le diré que *lord Hyatt* va a tener que comprar una nueva vajilla y que *lady Dawson* se lo pensará dos veces antes de acercarse a mi hermana, por el bien de su cabellera.

Henry se rio al imaginar el panorama.

—Pues les está bien empleado, aunque parezca una maldad.

Ambos se rieron y se miraron, fijamente.

—¿Sabe? Acabo de acordarme de la primera vez que nos encontramos,

años atrás, cuando debuté. Recuerdo que, cuanto más procuraba no meter la pata, más lo hacía. En aquel momento, usted fue tan paciente y tan bueno conmigo... Nunca podré olvidarlo.

Henry sonrió con ternura.

—Bueno, nadie es perfecto. De mí se dicen muchas cosas. Y a veces ni siquiera son ciertas. Pero, en fin, cuando uno gana cierta fama, no puede luchar contra las habladurías.

—Eso es lo que más me molesta. Que se metan con alguien tan bueno como usted. Si la gente le conociera de verdad, descubrirían que es usted maravilloso, *lord* Henry.

Henry se quedó sin palabras ante tan hermoso comentario. Audrey notó calor en sus mejillas al darse cuenta de que sus palabras implicaban algo más. Decidió centrar su atención en los dibujos y se giró hacia el escritorio, con tan mala suerte que rozó con su falda el borde de la carpeta y todas las hojas cayeron al suelo. Audrey miró con horror el desastre que había armado y se apresuró a agacharse para recogerlo todo.

—¡Lo siento mucho! ¡Soy tan torpe! —se lamentó.

Henry se agachó sin decir nada y la ayudó a recoger las hojas. En ese instante, sus manos se tocaron accidentalmente. Se miraron a los ojos y Henry decidió escuchar lo que su corazón le estaba diciendo. Que la tocara, la acariciara y la besara. El orden no importaba. Agarró la mano de Audrey y la ayudó a ponerse en pie. Con la otra mano acarició suavemente una de sus mejillas. Miró sus labios con deseo y notó cómo la garganta se le secaba. Audrey se quedó quieta, expectante, con su corazón latiendo desbocado. Podía sentir en su piel la calidez de las manos de Henry. Unas manos fuertes que la acariciaban con delicadeza.

Lo miró con los ojos nublados por el deseo y fue entonces cuando él descendió sobre su boca, uniéndose a ella en un beso lento y tierno. Henry mordisqueó sus labios con delicadeza y, a continuación, introdujo su lengua, saboreando ese instante mágico. Ella respondió a eso con pasión y completa

entrega. Llevaba esperando ese momento toda su vida.

Y sí, se sentía feliz de que su primer beso se lo diera Henry Crawford, el hombre que ya se había convertido de manera indiscutible en el dueño de su corazón. Él puso una mano en su espalda y la atrajo más hacia él, hasta que sus cuerpos se tocaron. Henry sentía que el mundo había desaparecido en esos instantes y se sentía dichoso por tener a Audrey entre sus brazos.

No sabía cómo ni por qué había ocurrido, solo tenía claro que no quería que terminara. Deseaba que ese momento durara para siempre. Se separó un poco de ella, y empezó a besarle la frente, las mejillas y el cuello, mientras susurraba contra su piel.

—Audrey, mi preciosa Audrey. Quiero oírte decir mi nombre.

—Henry —dijo ella con voz entrecortada.

Estaba inmersa en sus caricias, en sus besos, y se sentía como si hubiera llegado al paraíso. Deseaba entregarse a Henry por completo, aunque supiera que aquello no estaba bien. Le amaba y quería estar con él para siempre. Y en ese instante supo con certeza que él sentía lo mismo.

De repente, alguien llamó a la puerta de la biblioteca. Eso hizo que se detuvieran inmediatamente, y que se miraran, aturdidos.

—Audrey, ya son más de las nueve, es hora de irnos —dijo su hermana al otro lado de la puerta.

Audrey y Henry se miraron con pesar, aunque consiguieron dibujar una sonrisa de complicidad. Ahora habían traspasado la barrera de la intimidad y se sentían más cerca el uno del otro. Audrey se arregló el vestido y se adecentó el peinado, al igual que Henry, que intentó pensar en otra cosa, ya que notaba que sus partes íntimas estaban algo descontroladas.

Ambos salieron de la biblioteca y se dirigieron al salón, intentando que nadie notara lo que había sucedido entre ellos. Se despidieron en el vestíbulo, intercambiando tiernas miradas, y Audrey finalmente se marchó junto a su hermana de vuelta a Morgan House.

Lo ocurrido había sido como un sueño. No necesitaba nada más para ser

feliz. Henry había sido suyo durante unos maravillosos instantes y ya nada importaba. Ni siquiera el hecho de que eso quizás pudiera herir a *lady* Victoria. Audrey había sido egoísta por una vez en su vida, y no se arrepentía. Si era necesario, hablaría con la joven y le explicaría sus motivos. Estaba segura de que lo entendería. Aunque apreciaba a la muchacha, tampoco quería renunciar a su propia felicidad.

Esa noche apenas pudo dormir por la emoción, al igual que Henry. Este último, a pesar de estar contento, se sentía un tanto confuso. ¿Aquello había sido amor o solo deseo? No había podido evitar querer besar a Audrey Morgan.

Estaba preciosa en ese momento, y, además, su comentario le había alegrado el corazón. Cuando la oyó decir que consideraba que era un hombre maravilloso, no pudo controlar su deseo. Y había sentido una inmensa dicha al comprobar que ella correspondía sus besos y sus caricias. Era una mujer apasionada, aunque no lo aparentara. Audrey Morgan, una caja llena de sorpresas que él, sin duda, quería seguir descubriendo poco a poco. Quizás al final, acabaría incluso enamorándose de ella.

Capítulo 11

Audrey se despertó temprano, sonriente y animada. Había tenido un hermoso sueño la noche anterior. Henry y ella paseaban juntos, enamorados y felices por un lugar que ella no conocía. Se preguntaba si quizás era Marley House.

Ya habían transcurrido tres días desde aquella velada en Crawford House, y Audrey vivía en un estado de ensoñación permanente. Sus familiares la miraban con curiosidad, aunque Annabella y Julia estaban convencidas de que Henry Crawford era el culpable de su estado.

Julia sabía que algo había sucedido entre ellos en la biblioteca de los Crawford. Audrey no le contó nada, pero tampoco era necesario. El rostro sonriente y la mirada iluminada de su hermana lo decían todo. Solo quedaba esperar la proposición formal de *lord* Henry.

Esa noche irían a casa de *lord* Chamberlain. Asistirían a uno de los eventos más populares de la temporada, donde toda la alta sociedad se reuniría. Audrey sonrió al pensar que podría encontrarse con Henry allí. Estaba deseando volver a verle, ahora que las cosas ya estaban claras entre ellos.

Estaba segura de que Henry ya habría roto su futuro compromiso con *lady* Victoria a esas alturas. No era posible que fuera a casarse con aquella joven después de los besos tan apasionados que se habían dado. Y no es que no se sintiera culpable, desde luego que se sentía mal. Apreciaba a *lady* Victoria y no quería hacerle daño. Pero no podía evitar sentirse feliz, porque por fin había encontrado lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Henry la amaba, de eso estaba totalmente segura, y no podía creérselo. Recordaba su entrega, sus dulces caricias, sus apasionados besos. Había sido del todo inesperado. Jamás se hubiera imaginado que el primer hombre con el que bailó se convertiría en el amor de su vida.

Después de desayunar, se dirigió al jardín con los niños, donde estuvieron jugando toda la mañana, hasta la hora de comer, bajo la atenta mirada de Annabella y Julia. Las tres mujeres y los niños almorzaron en el jardín, aprovechando el buen tiempo, y cuando se disponían a ir a descansar cada uno a sus aposentos, alguien llamó a la puerta. Enseguida, la atmósfera dichosa y agradable se tornó seria e incómoda.

—*Lady* Julia, *lord* Hyatt está aquí y desea verla —anunció una de las criadas.

Julia y Audrey se miraron, serias. Parecía ser que había llegado el momento de poner las cosas en su lugar. Julia se levantó y se dirigió al interior de la casa, mientras Annabella y Audrey esperaban sentadas en las sillas del jardín.

Lord Hyatt esperaba a su esposa en el salón principal de la casa. Llevaba varios días dominado por la inquietud ante el inevitable encuentro. Había comprobado que Julia era una mujer temperamental, que incluso había llegado a lanzarle la vajilla a la cabeza, para después agarrar a su amante por el pelo y arrastrarla por el suelo de la casa. Había subestimado a su esposa, creyendo que podría obrar como él quisiera sin consecuencias. Pues en esos instantes las estaba sufriendo. Llevaba varios días sin verla, y no sabía qué esperar.

En ese momento, Julia entró en el salón con semblante serio. Cerró la puerta tras de sí, mientras él la miraba, expectante. La observó bien. No tenía mal aspecto. De hecho, estaba fabulosa con ese vestido gris que llevaba y que estilizaba su figura. Se quedó donde estaba, justo delante de la puerta, sin moverse, mirándole a los ojos con aire desafiante.

—Bueno, al fin nos encontramos de nuevo. ¿Qué quieres, Barron?

Él carraspeó, nervioso.

—Quiero que regreses a casa.

Julia asintió, y empezó a pasearse por la estancia.

—¿Qué motivos me das para volver?

Barron la miró, incrédulo.

—¿Motivos? Eres mi esposa, y debes vivir conmigo.

Julia no le miró, y se quedó quieta delante de la ventana, observando la calle.

—Nunca has sido muy elocuente, me temo. Pero, en fin, sabía con quién me casaba. Conozco tus defectos y tus virtudes. Y tus secretos más oscuros y siniestros, Barron.

Él se tensó y tragó saliva.

—¿Adónde quieres llegar?

Julia se giró, y lo miró, entrecerrando los ojos.

—Ya he llegado a donde quería. Te tengo donde quiero que estés. Así que, vas a hacer lo que yo te pida —dijo con plena seguridad en sí misma.

Él empezaba a cansarse de ese juego que se traía entre manos. Aun así, se abstuvo de mencionar nada.

—¿Qué quieres? ¿Que me arrodille? ¿Que suplique? No tengo por qué hacerlo, y no lo haré. Soy un hombre, y tengo todos los derechos del mundo. El Estado y la ley me amparan.

—Lo sé, descuida. No voy a pedirte que te arrepientas o me pidas perdón cuando sé que no lamentas lo que has hecho. No, es mucho más sencillo.

Él cruzó los brazos sobre su pecho, mirándola con suspicacia.

—Tú dirás.

Julia se acercó a él, y los dos se encontraron frente a frente.

—Como somos un matrimonio que no se ama y que solo es de conveniencia, creo que podemos llegar a un acuerdo. Como comprenderás, he aguantado demasiado, Barron. Otra ya te habría dejado y se habría fugado con el primer marino que encontrara en el puerto de Dover, rumbo a Francia, convirtiéndose en una paria social. No obstante, yo soy más práctica y no me dejo llevar por las emociones. He pensado en algo que nos beneficiaría a ambos de alguna

manera. —Él puso todo su interés en ella, mirándola, pensativo—. Bien. Creo que lo mejor es que seamos un matrimonio en público. Asistiremos a fiestas, reuniones, veladas, y nos mostraremos como siempre, unidos y dichosos. Pero, en privado, mantendremos vidas separadas. Ambos tendremos plena libertad para disfrutar de la compañía que queramos. Sin reproches, ni discusiones. Una convivencia entre camaradas. Respeta estas condiciones, y no habrá más problemas.

Barron pensó en lo que estaba diciendo. El arreglo parecía favorecer a ambas partes. Él podría estar con quien quisiera, sin esconderse. Aunque no le hacía demasiada gracia que Julia se viera con otros hombres.

—¿Y tú también tendrías amantes? No sé si eso me beneficia...

—Claro que tendré amantes. Y te garantizo que seré discreta. Al contrario que tú, sé controlarme —le espetó—. Este arreglo es bueno para ambos. ¿No te gusta la libertad? Pues otórgamela y no habrá problemas. Compañeros y cómplices, de eso se trata, Barron.

Él la miró con detenimiento, y pensó de nuevo en sus palabras. Era cierto. Debía ceder si quería que ningún escándalo trascendiera. No podía añadir más leña al fuego. Además, sabía que Julia conocía todos sus secretos, como las relaciones que mantenía con mujeres casadas con amigos suyos, que le desafiarían a un duelo sin pensárselo. Era la única aliada que podría tener.

—De acuerdo. Acepto el acuerdo.

—Debo pedirte una cosa más.

—Tú dirás.

—Jamás vuelvas a hablar de mi hermana o de cualquier miembro de mi familia en los términos en los que has estado hablando hasta ahora. Si me entero de que dices algo malo sobre ellos, romperé el acuerdo, e iré directa a casa de lord Benedict a contarle cuantas veces ha ido *lady* Benedict a nuestra casa. ¿Entendido? —le advirtió.

Él asintió, totalmente horrorizado.

—Entendido.

—Y ahora, vas a quedarte a tomar el té con nosotras, y vas a pedirle disculpas a mi hermana Audrey, por todas las barbaridades que has ido diciendo sobre ella durante estos años.

Barron frunció el ceño, enfadado.

—¿Cómo dices? ¡No pienso hacer eso! Yo...

Julia lo miró con furia, y fue entonces cuando decidió cambiar de parecer.

—Por supuesto. Ahora mismo.

Dicho eso, los dos se dirigieron al jardín, donde Annabella y Audrey los miraron, sorprendidas. Sobre todo, a Barron, que parecía distinto. Se sentó al lado de Julia y se dirigió a Audrey.

—Querida Audrey, ahora que me he dado cuenta de mis errores, quiero pedirte disculpas por lo sucedido en estos años. He sido muy cruel en mis afirmaciones hacia tu persona, y te pido mil perdones. No volverá a ocurrir.

Audrey le observó, desconcertada. Fue entonces cuando miró a Julia, que le guiñó un ojo. Comprendió enseguida que ese era el principio de un cambio importante en la vida de los Hyatt.

—Disculpas aceptadas.

El resto del tiempo, las tres mujeres charlaron animadas, mientras *lord* Hyatt se mostraba silencioso e incluso sumiso. Algo totalmente impropio de él, que siempre había sido el alma de cualquier encuentro, para mal, por supuesto. Julia le había enseñado una valiosa lección. Que todo en esta vida tiene un límite, y que, si se abusa de los demás, al final se acaban pagando las consecuencias.

Lord Henry entró en el comedor, mostrándose contento y risueño. Llevaba dos días con esa actitud, algo que no pasó desapercibido para sus progenitores. *Lady* Crawford había notado ese cambio desde que *lady* Audrey estuvo allí. Su hijo se pasaba el día canturreando, sonreía por cualquier

motivo y parecía tener la mente en otra parte.

—¿Qué es eso que canturreas? —preguntó *lady* Crawford, mientras *lord* Crawford observaba a su hijo con interés.

Henry se sentó a la mesa y contestó:

—No canturreo nada, madre.

Lady Crawford lo miró con una ceja levantada.

—¡Claro que canturreas! Llevas dos días así. Estamos esperando que nos cuentes a qué se debe tanta alegría.

Henry se encogió de hombros.

—A nada en particular. El sol brilla, los pájaros cantan, hace buen tiempo. ¿Por qué debería estar triste?

—Ya. Por cierto, esta noche asistirás al baile de *lord* Chamberlain ¿verdad? —inquirió *lord* Crawford.

Henry puso una mueca de disgusto.

—¿Es necesario? Esta noche había pensado descansar.

Lady Crawford suspiró.

—Una lástima. *Lady* Audrey estará allí, y sé que estaría encantada de verte. En fin, le daré saludos de tu parte.

A Henry se le iluminó el rostro de repente.

—¿He dicho descansar? ¡Tonterías! Esta noche os acompaño. Siempre disfruto de las aburridas y tediosas veladas en casa de *lord* Chamberlain.

Lady Crawford sonrió por dentro ante el éxito de su estratagema, mientras *lord* Crawford miraba a su hijo desconcertado. En menos de un minuto, Henry había cambiado de opinión como el que cambia de sombrero. Este hijo suyo era todo un enigma para él.

Por la tarde, antes de asistir al baile de *lord* Chamberlain, Henry decidió hacer una visita a Kenton House para ver a Michael y Charlotte. Quería contarles lo sucedido en Crawford House entre *lady* Audrey y él, y conocer su

punto de vista. Para Henry, Michael era el hermano que nunca tuvo, y su opinión siempre era importante para él.

Llegó a Kenton House justo a la hora del té. El señor Carlson abrió la puerta, con su habitual semblante serio. Le condujo a la biblioteca, donde Michael estaba sentado en un sillón. No se percató de la llegada de su amigo. Se mostraba serio y cabizbajo. Henry al verlo, se preocupó.

—¿Qué ocurre, Michael? Parece que vienes de un entierro.

Agarró una de las sillas de la estancia y se sentó frente a él. El señor Carlson cerró la puerta para dejarlos a solas, no sin antes preguntar si deseaban algo. Henry habló por Michael y pidió que les sirvieran té. El mayordomo se marchó, y Michael suspiró, pesaroso.

—Charlotte se ha marchado a Horton Hall esta mañana.

Henry se alarmó.

—¿Habéis peleado?

Michael lo miró con el ceño fruncido.

—¡Claro que no! Ha decidido irse para descansar durante el embarazo. Dice que, si espera más, el viaje será más pesado.

—¿Ha viajado sola?

—No, mi madre viaja con ella. Se quedará en Horton Hall acompañándola hasta que pueda escaparme.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. Tu madre ya ha pasado por eso. Está en buenas manos.

Michael suspiró con pesar.

—Lo sé. Pero es una tortura quedarme aquí, lejos de ella. Empiezo a aborrecer Londres.

Henry miró a su amigo con ternura. Ante él se encontraba un hombre abatido, que estaba locamente enamorado de su esposa.

—Tú lo que tienes que hacer es solucionar tus asuntos aquí rápidamente. Así podrás regresar a Horton Hall.

—Así lo haré.

—Oye, ¿está noche irás a casa de *lord* Chamberlain?

—¡Qué remedio! Debo representar a los Davenport. Mi abuelo no irá, así que debo asistir yo.

—No te preocupes, no estarás solo. Seré tu fiel escudero —afirmó con una amplia sonrisa.

Michael lo miró con suspicacia.

—¿Ha ocurrido algo? Te noto distinto. Nunca hablas con entusiasmo de las veladas de *lord* Chamberlain. Siempre parece que vas a ir al patíbulo.

Henry sonrió con timidez.

—Sí, ha ocurrido algo, aunque no sé aún su pleno significado.

Michael se incorporó un poco, centrando su atención en el rostro de su amigo.

—Se trata de *lady* Audrey ¿cierto?

Henry asintió. Lo maravilloso de su amistad con Michael, era que no necesitaban usar palabras. Con una mirada se entendían a la perfección.

—Vino a Crawford House, y bueno, sucedió, Michael. Sucedió lo que mi mente y mi corazón llevaban pidiéndome mucho tiempo.

Michael sonrió, entusiasmado.

—Así que por fin ha sucedido. Te has enamorado.

Henry se inquietó.

—¡No! Quiero decir... No sé... Verás, nos besamos en la biblioteca, y fue maravilloso. Pero no sé si eso es amor o solo lujuria. Me dejé llevar por el deseo, Michael. No estoy seguro de amar a *lady* Audrey.

Michael puso gesto interrogante.

—Entonces, ¿solo fue deseo? Yo creo que te equivocas, Henry.

Henry suspiró, abatido.

—No sé qué pensar, estoy lleno de dudas. Por un lado, pienso en ella todo el tiempo y, cuando nos vemos, me siento muy dichoso a su lado. Sin embargo, por el otro, pienso que con otras mujeres me ha sucedido algo parecido, y tengo miedo de cansarme. De que al final me equivoque y solo sea algo

pasajero.

Michael asintió pensativo.

—Lo comprendo. El amor es un asunto complejo. Pero te diré que, en los últimos tiempos, he notado cambios en ti. Sé que estás cansado de la vida de romances y aventuras que has estado llevando. No es fácil encontrar a tu otra mitad. Ya sabes que a mí me costó demasiado tiempo darme cuenta de que la respuesta estaba delante de mí. Casi pierdo a Charlotte por mi estupidez, y no querría que te sucediera lo mismo.

—Lo sé, amigo mío. Sé que deseas mi bien. ¿Qué consejo me darías?

Michael consideró la respuesta un momento. Era complicado dar consejos cuando él tampoco era un experto en esas cuestiones, ya que solo podía hablar desde su propia experiencia.

—Una vez me dijiste que debía aprender a escuchar a mi corazón. Pues eso debes hacer, prestar atención e intentar escuchar lo que te dice. Ahí hallarás la respuesta.

Capítulo 12

En el salón de baile de la mansión de *lord* Chamberlain, las parejas danzaban en la pista al son de la música, mientras otros invitados observaban la escena entre susurros y conversaciones. *Lady* Audrey había llegado esa noche temprano, acompañada de su familia al completo, a excepción de sus sobrinos. Incluso *lord* Hyatt se había unido a ellos, mostrándose amable y conversador.

Ella, como siempre, estaba sentada junto a su madre y Annabella en un rincón. Se encontraban entre un grupo de damas de distintas edades, todas casadas o viudas. A lo lejos pudo ver bailando a sus amigas solteras, *lady* Frances y *lady* Prudence, que estaban con dos caballeros muy apuestos. Según le habían comentado, pronto pasarían por el altar, algo que a ella le alegraba mucho.

No podía evitar mirar de vez en cuando en dirección a la entrada, expectante. Deseaba que *lord* Henry apareciera pronto. Había dedicado buena parte de la tarde a arreglarse delante del espejo. Había elegido un elegante vestido color malva, con escote en forma de uve, que le sentaba muy bien. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y un poco de maquillaje. Los labios pintados de un color rosa tenue contrastaban con sus bonitos ojos azules. Parecía una tontería, pero estaba realmente nerviosa.

Henry llegó junto a sus padres a casa de *lord* Chamberlain con el pulso acelerado. Estaba deseando llegar para encontrarse con la mujer que ocupaba

sus pensamientos. Había decidido seguir el consejo de Michael y escuchar a su corazón, aunque en ese momento estaba silencioso. Esperaba que empezara a hablar cuando estuviera *lady* Audrey ante él, para así solventar todas sus dudas. ¿Estaba enamorado de ella? ¿Era solo pasión y deseo efímero lo que sentía?

Entraron en el enorme salón y enseguida sus padres le dejaron solo para ir a encontrarse con sus amistades. Henry buscó con la mirada y no le costó hallar a *lady* Audrey. Se quedó unos minutos observándola desde donde estaba. Con ese vestido y ese peinado estaba muy elegante, aunque era realmente hermosa, se pusiera lo que se pusiera. Notó un fuerte latido en su corazón. Parecía que este había recuperado la voz. Solo esperaba poder entender lo que le decía.

Audrey lo vio a lo lejos y le sonrió. Henry llegó hasta ella, sin dejar de mirarla a los ojos. Esa hermosa mirada verde siempre la dejaba sin aliento, y Audrey se sintió especial y tímida al mismo tiempo.

—Buenas noches, señoras —dijo saludando a todas. Entonces, centró su atención en Audrey—. *Lady* Audrey, ¿me haría el honor de concederme este baile?

Henry le tendió la mano y Audrey la agarró con sumo gusto. Al tocarse, ambos sintieron una cálida sensación que les recorrió de arriba abajo. Se dirigieron a la pista de baile, ante la atónita mirada de las damas allí presentes, y la silenciosa alegría de las mujeres de la familia Morgan. La madre de Audrey veía aquello como un verdadero milagro. *Lord* Henry Crawford era un excelente partido, y parecía que Audrey había captado su atención. Mientras, Annabella los miraba con ternura. Julia, que estaba al otro lado de la sala, observaba a su hermana y a Henry con satisfacción. En su opinión, eran la pareja perfecta.

Una vez estuvieron en el centro de la pista, Henry agarró a Audrey por la cintura. Una mazurca empezó a sonar y comenzaron a bailar. Ella sentía que estaba flotando sobre una nube y que sus pies no tocaban el suelo.

—¿Ha venido solo? —preguntó Audrey.

—He venido con mis padres. Están con sus amigos ahora.

—Yo he venido con toda la familia.

—Ya lo he visto —comentó él, riéndose.

Audrey se sintió un poco torpe.

—Sí, claro.

Henry decidió dejar sus reservas a un lado y expresó lo que estaba pensando.

—Estaba deseando verla, Audrey. De hecho, no iba a venir esta noche, pero me contaron que usted vendría y no pude negarme.

Audrey se ruborizó.

—¿De verdad? Entonces ya somos dos, *milord*. De hecho, debo confesarle que no he dejado de pensar en usted durante estos días.

Henry la miró, ensimismado.

—Así que ha pensado en mí todos estos días. ¿Y qué pensaba?

Ella se puso tensa, y se ruborizó aún más.

—Pues en usted. En sus ojos, en su voz, en su sonrisa... —contestó con timidez.

Henry se rio. Le encantaba su honestidad.

—¿Sabe que dicen de mis ojos las malas lenguas?

Audrey negó con la cabeza.

—Que pueden hacer caer en el pecado a la doncella más pura.

Audrey se rio.

—No lo discuto, tiene usted unos ojos muy bonitos y expresivos.

Henry la miró con ternura.

—Los tuyos son más bonitos que los míos, te lo aseguro. Sueño con ellos cada noche.

Audrey lo miró, sorprendida, mientras notaba cómo su corazón casi se le salía del pecho.

—¿Sabes lo que me gustaría que sucediera en este momento? —inquirió él.

—No —respondió ella con un hilo de voz.

—Que el mundo desapareciera a nuestro alrededor y nos quedáramos a solas tú y yo —dijo Henry con voz ronca y susurrante.

Audrey sacudió la cabeza.

—¿Es que el mundo aún sigue aquí? Porque yo no lo veo —comentó, embelesada.

Henry suspiró, abatido. Aquella mujer había puesto su vida al revés. Quería llevársela de allí, para esconderse con ella en algún rincón. Así podrían dejar de hablar y perderse el uno en el otro.

Pero, ante todo, estaba el decoro. Y *lady* Audrey era sagrada para él. Debía aprender a controlar ese deseo que lo desbordaba. ¿Aquello era producto del amor? Seguía sin tenerlo claro. La música se detuvo y llegó el momento de separarse. Henry la acompañó hasta su rincón y se despidió con un: «Hasta pronto». Regresaría más tarde y le pediría otro baile. Audrey se sentó al lado de Annabella, sonriente y con las mejillas sonrosadas.

—¿Te has divertido con *lord* Henry? —preguntó su cuñada de forma inocente.

Audrey se puso más roja aún.

—Sí, es un excelente bailarín —contestó, un poco nerviosa.

Annabella no dijo más, y miró a su cuñada, divertida. Parecía una debutante en vez de una solterona que casi rozaba los treinta.

Henry, aún con los latidos de su corazón algo descontrolados, se encontró con su amigo Michael, que no tenía muchas ganas de mostrarse alegre. Lo saludó con una amplia sonrisa, para intentar animarlo.

—Buenas noches, querido amigo. ¿Cómo va ese ánimo?

Michael lo miró con aire aburrido.

—Ah, eres tú, Henry.

Henry alzó una ceja.

—Yo también me alegro de verte.

Michael suspiró.

—Perdona, amigo mío. Ya sabes por qué estoy así.

—Lo sé, y lo comprendo. Descuida.

—Te he visto bailando con *lady* Audrey.

Henry sonrió y suspiró.

—Sí. Hemos bailado.

Michael dibujó una sonrisa ladeada.

—Te veo contento.

—He escuchado a mi corazón, como dijiste. Aunque no he sacado mucho en claro. Pero he podido oírle decir que fuera directo a buscarla y bailara con ella.

Michael se rio.

—Es un comienzo. ¿Y ella cómo ha reaccionado?

—De forma deliciosa. Incluso ha confesado que piensa en mí —contestó Henry, risueño.

Michael lo miró, incrédulo.

—Yo creía que las damas nunca eran tan directas. Al menos, no se espera eso de ellas, que yo sepa.

Henry observó a Audrey, que estaba conversando con *lady* Morgan.

—Es que Audrey no es como las demás. Es única.

Michael le observó con curiosidad y no dijo nada más. Justo en ese momento, llegaron los Baltimore acompañados de *lord* Alfred. Enseguida vieron a *lord* Henry y fueron a saludarlo.

—¡*Lord* Henry, *lord* Michael! Es un placer verlos de nuevo —comentó *lord* Baltimore, sonriente.

—Buenas noches, *milord*, *milady*. ¿Cómo va todo? —preguntó Henry.

—Bien, ultimando los detalles de cierto asunto del que ya tendrá noticia —contestó *lady* Victoria, guiñándole un ojo, mientras *lord* Alfred se ruborizaba.

Henry y Michael asintieron.

—Entiendo. Espero ser de los primeros en enterarme —dijo Henry.

—Por cierto, *lord* Michael, quería comentar unos asuntos con usted y su abuelo. ¿*Lord* Davenport ha venido? —inquirió *lord* Baltimore.

—No, pero podemos discutirlos sin problema —respondió Michael.

Enseguida, ambos caballeros empezaron a charlar, ante la atenta mirada de lord Alfred, que era parte interesada. Henry y *lady* Victoria se miraron, al ver que estaban fuera de lugar.

—¿Me concede este baile?

Lady Victoria sonrió.

—Por supuesto.

Ambos llegaron a la pista de baile y comenzaron a bailar.

—¿Ha venido *lady* Audrey? Tengo ganas de saludarla.

—Sí, de hecho, hemos estado bailando.

Lady Victoria sonrió.

—¿Cuándo se va a declarar, *milord*? Debería darse prisa. *Lady* Audrey es una mujer encantadora, y puede que haya más pretendientes que quieran cortejarla —le advirtió.

Henry la miró, sorprendido.

—¿Declararme? No había pensado en ello.

—Pues debería dejar sus reservas. Creo que hacen una pareja excelente.

Henry se rio.

—Si yo le contara...

—Cuénteme, tenemos mucho tiempo.

Henry suspiró.

—Está bien. Le contaré una historia muy curiosa.

Audrey observó la pista de baile y vio a Henry y *lady* Victoria riendo y bailando. Ya no sentía celos, porque sabía que entre ellos no había nada. Él solo tenía ojos para ella. Esperaba que se declarara pronto, o tendría que hacerlo ella, y no sería lo correcto. Aunque poco le importaba la corrección con tal de ser feliz.

—Una excelente pareja, sí, señor —dijo una voz detrás de ella.

Se giró y voy a *lady* Forrester, duquesa de Baldwin, una de las mayores cotillas del reino.

—Sí, excelente —inquirió otra voz, que Audrey supo que era la de *lady* Darlington.

Decidió permanecer callada, y escuchar.

—Según se dice, *lord* Henry y ella se ven a menudo, y ambas familias están muy contentas con el arreglo. Ambos salen ganando. Él, rico y apuesto y ella, también rica y hermosa. Además, se ve claramente en sus miradas que la atracción es mutua —comentó *lady* Forrester.

Audrey observó a la pareja. *Lady* Victoria sonreía y reía ante los comentarios de Henry, y él parecía cómodo a su lado. Ambos eran apuestos, casi perfectos. De repente, no supo por qué, se sintió fea e insignificante.

—He oído que anunciarán el compromiso en un par de semanas a lo sumo, y que se casarán pronto. Así podrán instalarse en Marley House. Estoy segura de que *lady* Victoria va a ser la envidia de muchas —comentó *lady* Darlington, emocionada.

Audrey suspiró, un tanto angustiada. Estaba tan concentrada en la pareja, y en las palabras de *lady* Forrester y *lady* Darlington, que no se dio cuenta de que Annabella estaba empezando a encontrarse mal.

—Audrey...

Audrey la miró y se dio cuenta de que tenía mal aspecto. La agarró por los hombros, y la examinó bien. Tenía el rostro pálido, y parecía mareada.

—Necesitas un poco de aire. Ven conmigo —la ordenó Audrey.

Agarró a Annabella por el brazo y la arrastró hacia una de las salidas, pero no pudo llegar a tiempo, porque a mitad de camino, su cuñada se desmayó y cayó al suelo. Se creó un enorme revuelo alrededor y enseguida llegaron *lord* Henry y Clive a su encuentro.

Su hermano cogió a Annabella en brazos y Henry lo guio hasta un banco que había en la terraza que daba al jardín. Allí la tumbaron con delicadeza. Audrey entró de nuevo en el salón e, instantes después, regresó con un vaso de agua. Clive se mantuvo al lado de su esposa, agarrándole la cabeza, mientras Henry le daba unas palmaditas en la cara para despertarla, cosa que hizo enseguida.

Annabella abrió los ojos, desconcertada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Te has desmayado —contestó Clive, acariciando su rostro.

En ese momento, Audrey se inclinó junto a *lord* Henry y ayudó a su cuñada a beber. Annabella dejó que el líquido le refrescara la garganta y respiró hondo.

—Seguramente se ha desmayado debido al calor. Será mejor que vaya a casa, *lady* Annabella —aconsejó Henry.

—Sí, será lo mejor. Iré contigo —comentó Clive.

De repente, Audrey abrió mucho los ojos y tuvo una idea.

—No te preocupes, yo la acompañaré. Estoy un poco cansada, así que no me importa.

Henry la miró, un tanto decepcionado. Estaba deseando volver a bailar con ella, y si se marchaba, no habría ocasión. Pero no podía quejarse delante de los Morgan. No sería lo correcto.

—¿Estás segura? —preguntó Clive.

Audrey asintió. Así quedó todo arreglado. Annabella y ella regresaron a Morgan House, dejando a Clive en casa de *lord* Chamberlain. Audrey vio el cielo abierto. Sentía un profundo malestar en todo su ser. Observar a la adorable pareja mientras escuchaba los comentarios de *lady* Forrester y *lady* Darlington, estaba siendo una tortura. Su corazón malherido no lo soportaría mucho más. Necesitaba calmarse, olvidarse del asunto y, sobre todo, reflexionar.

Llegaron a Morgan House y Audrey subió las escaleras en dirección a su habitación. Sus movimientos eran mecánicos, como si su cuerpo se moviera solo. Abrió la puerta y entró en la habitación, que en ese momento estaba a oscuras. No se desvistió, no tenía fuerzas para ello, y se metió en la cama. Sin embargo, no pudo estirarse. Había un pequeño bulto que le impedía acomodarse.

—¿Tía Audrey? —preguntó Diana en la oscuridad.

Audrey se incorporó de repente, asustada. Iluminó con la vela el lugar de

donde provenía la voz de su sobrina y la miró con el ceño fruncido.

—¿Diana! ¿Qué haces en mi habitación?

La niña se rio.

—Tía Audrey, esta es mi habitación, no la tuya.

Audrey se quedó desconcertada y observó mejor la estancia. La niña tenía razón. Aquella no era su habitación. Ahora estaba totalmente confusa. ¿Cómo había podido equivocarse?

—¿Te da miedo la oscuridad, tía? Si es así, puedes dormir conmigo. Pero tendremos que dormir muy juntas, porque, si no, no vamos a caber —advirtió la niña.

Audrey la miró con ternura y se rio. Acarició su suave mejilla y luego su pelo.

—Gracias, tesoro. La tía Audrey se ha equivocado. No sé dónde tengo la cabeza. Perdona que te haya despertado.

Diana sonrió.

—No te preocupes, tía.

Audrey se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de marcharse, se giró y sonrió.

—Buenas noches, tesoro.

—Buenas noches, tía Audrey.

Diana se acurrucó bajo las sábanas y Audrey regresó al pasillo, donde Annabella permanecía de pie, observándola con suspicacia.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, por supuesto. Buenas noches.

Dicho eso, se dirigió a su habitación con premura y cerró la puerta tras de sí. Suspiró y se acercó a la ventana. Audrey alzó la vista, fijando su mirada en las estrellas que brillaban esa noche en el cielo. La imagen de *lady* Victoria y Henry juntos la desolaba. Pero a la vez comprendía que era lo correcto. Hacían una pareja perfecta, ella lo sabía, y era lógico que se casaran. De hecho, ella lo había propiciado.

De repente, llegó a una dolorosa conclusión. Para Henry, ella había sido un mero entretenimiento. Un pasatiempo hasta que se desposara con *lady* Victoria. A ella no la tomaba en serio. Bueno, de hecho, nadie la tenía muy en cuenta. Por eso, a Henry no le había costado seducirla. Le había bastado con una simple sonrisa, una mirada intensa y unas cuantas palabras amables.

Recordaba las historias que se contaban sobre él. Según decían, era un conquistador encantador que había dejado muchos corazones rotos a su paso. Y ella era una más. Sin embargo, estaba convencida de que Henry no lo hacía a propósito. Era un buen hombre, un excelente amigo, y sabía que su intención no había sido hacerla daño.

Pero se lo había hecho. Había sido inevitable. ¿Cómo había podido pensar que él la amaba? Era *lady* Victoria con quien debía casarse. En esos momentos, su conciencia habló. Había hecho mal y lo estaba pagando. No debió ser egoísta y dejarse llevar por sus sentimientos.

Suspiró, abatida. Si quería curar su herido corazón, debía enterrar lo que sentía por *lord* Henry en el rincón más profundo de su alma. Ya había hecho su labor y era hora de dejar que el destino siguiera su curso. Ella estaba condenada a ser una solterona y él se casaría con *lady* Victoria. Así debía ser. A partir de entonces, volvería a ser *lady* Audrey, la casamentera. Permanecería al lado de *lord* Henry como una buena amiga, nada más. Solo esperaba que el tiempo la ayudara a olvidar el amor que sentía por él.

Capítulo 13

Mientras desayunaban, los Morgan recibieron una esperada visita, aunque no estuviera prevista a esa hora. Tía Caroline llegó a Morgan House acompañada de dos de sus sirvientes, Florence y Gastón, un matrimonio francés que llevaba muchos años a su servicio.

Cuando tía Caroline entró en la estancia, todos la miraron asombrados. Llevaba un ajustado vestido morado, que mostraba una figura envidiable a sus cuarenta y cinco años, y un sombrero de ala ancha decorado con plumas de colores oscuros. Diana y Howard observaron a tía Caroline con fascinación porque, para ellos, era una mujer muy exótica.

—¡Buenos días, familia! ¡Cuánto tiempo sin veros! —exclamó la mujer mientras avanzaba hacia una silla vacía. Por el camino, dio una palmadita en el hombro a su hermana, *lady* Morgan, que se mostraba desconcertada. Se sentó e hizo que le sirvieran el desayuno. *Lord* Morgan no aprobaba aquella libertad con la que su cuñada actuaba, pero lo toleraba por su esposa, que la adoraba.

—Siento la inesperada visita. Tenía previsto llegar ayer, pero hubo problemas en el camino y hubo retrasos. Lo importante es que ya estoy aquí. Aunque no me quedaré mucho.

—Querida Caroline, estamos encantados de tenerte aquí, así que quédate todo el tiempo que necesites —comentó *lady* Morgan.

—Te lo agradezco, hermana, pero ya me conoces. Nunca estoy mucho

tiempo en el mismo sitio. —Cogió una tostada y untó un poco de mermelada de fresa—. Bueno, ¿cómo estáis, queridos sobrinos? Hace mucho que no os veo.

Clive y Audrey se miraron, y esta última decidió responder.

—Estamos bien, tía.

—Me alegra. ¿Ya has pescado a algún buen partido, querida Audrey?

Esta negó con la cabeza.

—No, tía.

—Bueno, no importa. Ya hablaremos tú y yo más tarde. Clive, Annabella, os veo bien. ¡Oh! ¡Y aquí están Diana y Howard! Habéis crecido mucho desde la última vez que os vi. —Dio un mordisco a su tostada y, después de tragar el trozo, preguntó—: ¿Y Julia? ¿Sigue casada con ese estirado de *lord* Hyatt?

Los presentes intentaron mantener la compostura, pero Clive, Annabella, Audrey y los niños no pudieron reprimir la risa, que detuvieron ante la mirada reprobadora de *lady* Morgan. Tía Caroline destacaba por ser demasiado honesta y decía lo que pensaba sin adornos, algo que solía traer problemas. *Lord* Morgan suspiró, exasperado.

—Sí, sigue casada con *lord* Hyatt.

—Espero poder verla en estos días.

—¡Por supuesto que sí! Habrá tiempo para todo. ¿Qué planes tienes para esta tarde, hermana? —preguntó *lady* Morgan.

—Hoy había pensado que fuéramos de compras todas juntas. ¿Qué os parece?

—Magnífico plan —comentó *lady* Morgan.

Audrey no tenía demasiadas ganas de salir. Aún se sentía decaída.

—Creo que me quedaré en casa, me encuentro algo indispuesta —dijo a modo de excusa.

—¡Ni hablar! He estado cuatro días de viaje para venir a veros. Así que no acepto excusas. Además, estás un poco pálida, pero no pareces enferma. Te vendrá bien tomar el aire —espetó su tía. Esta nunca aceptaba un no por respuesta.

Audrey suspiró, derrotada. Quizás le viniera bien tomar el aire, en vez de encerrarse y compadecerse de sí misma.

Por la tarde, Henry salió de Brook's con Michael, después de una intensa mañana de conversaciones sobre política. Decidieron despejar su mente y se fueron a dar un largo paseo por las calles de Londres. Quizás comprarían alguna prenda de vestir nueva, o alguna otra cosa. O simplemente mirarían escaparates.

La noche anterior Henry no durmió demasiado bien. Estuvo pensando en *lady* Audrey toda la noche y en el deseo frustrado de volver a tenerla entre sus brazos. Hubo un momento en que incluso llegó a molestarse con *lady* Annabella por haberse desmayado. Sin embargo, se le pasó rápido. Consideró que ya surgirían otras oportunidades.

En ese momento, vio a lo lejos al objeto de sus pensamientos. *Lady* Audrey estaba de pie delante del escaparate de una tienda. Parecía estar esperando a alguien. Henry sonrió y decidió acercarse a ella, mientras Michael entraba en una tienda cercana. Ella no pareció percatarse de su presencia, hasta que él habló:

—Buenas tardes, *lady* Audrey.

Ella se sobresaltó y giró la cabeza. Sus miradas se encontraron en ese momento y Audrey tuvo ganas de salir corriendo. Pero se abstuvo de moverse de donde estaba. Ante todo, *lord* Henry era un buen amigo, y ella no hacía esa clase de desprecios.

—Buenas tardes, *lord* Henry.

—Justo estaba pensando en usted. Ayer no tuvimos ocasión de volver a bailar juntos.

—Lo sé, y lo lamento. Pero estaba preocupada por *lady* Annabella, y, además, estaba cansada —respondió ella, un poco apurada.

Henry sonrió con ternura.

—No se preocupe. Sin embargo, ahora me debe un baile.

Ella se rio, nerviosa, pero él pareció no notarlo.

—¿Espera a alguien? —preguntó.

—A mi tía Caroline. Ha venido de visita y hoy quería salir a hacer unas compras. Yo he preferido quedarme fuera, el ambiente es un tanto asfixiante en esta tienda.

—A mí me ocurre lo mismo en ciertos sitios. No me gustan las multitudes.

Se miraron en silencio unos instantes y Audrey notó calor en sus mejillas.

—¡Ya hemos terminado, querida! Me he comprado unos trajes fabulosos — dijo su tía Caroline. De repente, esta se percató de la presencia de Henry—. Creo que no nos han presentado. Soy *lady* Harrington.

—*Lord* Henry Crawford, *milady* —respondió Henry con una reverencia.

Tía Caroline abrió mucho los ojos.

—¿Usted debe ser hijo de *lady* Crawford! Aún recuerdo a su madre. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias, *milady*.

—Dele recuerdos de mi parte. ¿Qué le trae por aquí?

—Paseaba por esta calle, haciendo unas compras, cuando de repente he visto a *lady* Audrey. Y como un buen amigo, me he acercado a conversar con ella —contestó Henry.

Tía Caroline miró a su sobrina.

—No sabía que era amigo tuyo, querida. En ese caso, si quiere puede acompañarnos, *lord* Henry, aún tenemos muchas compras que hacer.

Audrey la miró, alarmada, aunque Henry no lo notó.

—Lo siento, *milady*, pero estoy con mi amigo, *lord* Michael Davenport, y no quiero dejarlo solo. Sobre todo, ahora que su mujer no está con él.

Audrey miró a Henry, preocupada.

—¿*Lady* Charlotte no está en Londres?

—No, se fue hace unos días a Horton Hall. Decidió regresar antes, porque

temía que, si se quedaba más tiempo, el viaje sería más tedioso para ella en su estado.

—¿En su estado? —inquirió Audrey.

Henry ahora se daba cuenta de que había olvidado contarle la noticia.

—Sí, en unos meses, serán padres.

Audrey abrió mucho los ojos y sonrió.

—Por favor, *milord*, deles mi más sincera enhorabuena. Es una noticia maravillosa.

Henry asintió.

—Así lo haré.

—Un niño siempre es una bendición —afirmó tía Caroline—. Bueno, debemos irnos ya. Espero verle otro día, *lord* Henry, y recuerde saludar a su madre de mi parte.

—Descuide, *lady* Harrington, *lady* Audrey —respondió él, mirando a esta última con intensidad.

Audrey apartó su mirada, con las mejillas sonrosadas. Estar cerca de él provocaba considerables sobresaltos a su corazón. Su tía la arrastró de tienda en tienda durante toda la tarde, en compañía de su madre y Annabella. Regresaron a Morgan House a la hora de la cena, totalmente agotadas, aunque tía Caroline parecía estar llena de energía.

Henry regresó junto a Michael sonriente y contento, por haber tenido la oportunidad de hablar unos minutos con *lady* Audrey. Ese día estaba especialmente bonita con ese vestido azul claro, que iba a juego con sus ojos. Le gustaba encontrársela fuera de los bailes y los festejos, en un ambiente más cotidiano. Recordó esa vez en Berkeley Square, cuando compartieron aquella interesante conversación. Ojalá momentos así se repitieran cada día. Esperaba volver a verla cuanto antes.

Julia llegó a casa de sus padres acompañada de su marido, para ver a tía Caroline. Ahora que habían establecido los nuevos términos de su matrimonio, parecía que se llevaban mejor. Julia controlaba la situación por completo y llevaba las riendas de todo lo que hacían. Esa noche cenarían en casa de los Morgan con la nueva invitada. Nada más verlos, tía Caroline los saludó con alegría.

—Os veo muy bien a los dos. Ya no tenéis esos semblantes tan serios y estirados. ¿Ha ocurrido algo bueno?

Julia aguantó la risa, mientras *lord* Hyatt estaba deseando que aquello terminara rápido.

—Sí, supongo que sí. ¿Cómo estás, querida tía? —inquirió Julia.

Enseguida, tía y sobrina se pusieron al día, charlando de forma animada. Howard y la pequeña Diana miraban a tía Caroline con curiosidad. No era nada estirada, y les parecía muy diferente a otras damas mayores que habían conocido.

—Tía Audrey, ¿de verdad tía Caroline es inglesa? —preguntó Diana.

—Sí, claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no se parece nada a la abuela o a otras señoras. Parece que es de otro sitio.

Audrey se encogió de hombros.

—Bueno, es que tía Caroline ha vivido fuera de Inglaterra muchos años, y ha adquirido costumbres de otros países.

—Entonces tengo razón. Si vives fuera de Inglaterra, ya no eres inglesa ¿no?

—No, exactamente. Digamos que nunca dejas de ser inglesa, pero aprendes cosas diferentes y te quedas con lo mejor de cada sitio. Tía Caroline es de aquí, pero también de allí.

Diana no parecía entenderlo, aunque lo intentaba.

—Así que es de muchos sitios a la vez. ¡Es muy complicado, tía Audrey!
Audrey asintió.

—Lo sé, pero hay situaciones en este mundo que son difíciles de explicar, y

solo puedes llegar a comprenderlas cuando tú misma la vives.

Al instante, Audrey consideró seriamente lo que acababa de decir. Sí, era cierto que había cosas inexplicables. Sentimientos y sensaciones que solo podían entenderse si uno las vivía en su propia piel. Como el amor. De repente, la imagen de *lord* Henry invadió su pensamiento de forma dolorosa. Ese día no se había mostrado tan cercana con él, aunque le hubiera gustado.

Cuando estaba a su lado, sentía enormes deseos de abrazarlo. Pero su conciencia la detenía. Siempre recordaba cómo su madre le insistía en que guardara las distancias con los hombres. Sin embargo, ella nunca obedecía, porque no le importaban los caballeros en cuestión. Pero *lord* Henry le importaba y le amaba con toda su alma, a pesar de saber que era un amor imposible.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que su tía le estaba hablando.

—¡Audrey! ¿Me estás escuchando? —preguntó su tía, enfadada.

Audrey la miró, un tanto sobresaltada.

—Disculpa, tía. ¿Decías algo?

Tía Caroline suspiró, exasperada.

—Decía que había pensado que sería buena idea que vinieras a vivir conmigo una temporada. Aquí en Londres no tienes mucho que hacer, solo aguantar a las arpías que te critican por ser una solterona. Necesitas ver mundo.

Audrey consideró lo que su tía estaba diciendo. No sería mala idea, además, sería perfecto tener la posibilidad de poner tierra de por medio para poder olvidar. Sin embargo, necesitaba meditarlo.

—Bueno, considera la idea, piénsalo bien y me das una respuesta ¿de acuerdo? —propuso tía Caroline.

Audrey asintió, pensativa, mientras Julia la miraba con curiosidad. Se preguntaba por qué su hermana tenía ese semblante tan serio. No era algo habitual en ella. Necesitaba encontrar un momento propicio para hablar con

Audrey a solas, pero con tía Caroline siempre cerca, sería complicado. De repente, tuvo una idea.

—Tía Caroline, el otro día me encontré a *lady* Hurst y me preguntó por usted. Tengo entendido que mañana por la tarde ofrece una merienda en su casa. Annabella va a asistir, sino me equivoco ¿cierto? —preguntó Julia a Annabella, que estaba distraída. Miró a su cuñada de tal forma, que esta enseguida entendió la situación.

—Sí, así es. No pensaba asistir, pero si tía Caroline viene conmigo...

—¡Por supuesto que iré! Hace años que no la veo. Será bonito recordar viejos tiempos —respondió tía Caroline de forma enérgica.

Julia ya tenía fuera de juego a tía Caroline, así podría hacer planes con Audrey y hablar a solas. Al día siguiente, irían a dar un paseo, y averiguaría porque la tristeza se había adueñado de ella.

Capítulo 14

Al día siguiente, por la mañana, Audrey estaba en el salón acompañada de su cuñada. Annabella bordaba, mientras ella leía una novela. En ese momento, los niños estaban en el cuarto de juegos. No había nadie más en la casa, porque esa mañana todos tenían cosas que hacer lejos de los muros de Morgan House. De repente, una criada entró en la estancia.

—*Lady* Audrey, tiene una visita.

Audrey dejó el libro en su regazo, y miró a la criada.

—¿De quién se trata?

—Es *lady* Victoria Baltimore, *milady*.

Audrey se sorprendió ante la inesperada visita y, al instante, se sintió bastante nerviosa. Temía que *lady* Victoria se hubiera enterado de lo sucedido entre *lord* Henry y ella y viniera a pedirle explicaciones. Si era así, no quedaba más remedio que enfrentarse a los hechos y aclarar la situación. Respiró hondo, se levantó y se dirigió a la puerta.

—Prepare un té y llévelo a la biblioteca, por favor.

La criada asintió y se dispuso a cumplir el encargo de *lady* Audrey. Esta llegó al vestíbulo y saludó a *lady* Victoria. La joven la sonrió nada más verla y ambas se abrazaron. Esto hizo que Audrey se calmara un poco.

—¿*Lady* Victoria! ¿A qué debo su visita?

—Siento no haberme anunciado, pero es que debo discutir un asunto importante con usted, *lady* Audrey.

Audrey volvió a inquietarse, pero *lady* Victoria no pareció notarlo.

—Acompáñeme a la biblioteca, allí estaremos más cómodas.

Las dos jóvenes entraron en la sala, donde la criada estaba colocando una bandeja con té y un ligero tentempié sobre una pequeña mesa. *Lady* Victoria y Audrey se sentaron, la primera en un sillón junto a la ventana, y la otra en una silla. Una vez la criada se marchó, *lady* Victoria habló:

—Verá, el asunto que quería tratar con usted es de suma importancia, y debe ser discutido cuanto antes. Ya estamos inmersos en los preparativos y no podemos demorarnos.

Audrey estaba sirviendo el té, cuando alzó la vista y miró a *lady* Victoria, perpleja.

—¿Los preparativos?

Lady Victoria sonrió ampliamente, y asintió.

—Así es. Dentro de poco tiempo seré una mujer casada, y todo gracias a usted, *lady* Audrey. Si no nos hubiéramos encontrado aquel día, quizá los acontecimientos no se hubieran desarrollado de esta manera.

Audrey no dijo nada y se quedó mirándola, absorta. En ese instante se sentía más abatida y desdichada que antes. A pesar de que era la confirmación de algo que ya sabía, el hecho no le dolía menos. En ese momento, *lady* Victoria miró en dirección a la bandeja, algo apurada.

—*Lady* Audrey, el té...

Audrey sacudió la cabeza.

—¿Disculpe?

Lady Victoria señaló con el dedo la bandeja. Audrey estaba sirviendo una taza de té, y sostenía entre sus manos la tetera, que seguía derramando la bebida, ahora por toda la bandeja y parte de la mesa. Agachó la mirada y entonces vio el desastre que había armado. Alarmada, dejó la tetera a un lado y se dispuso a coger pañuelos que había en un servilletero, intentando en vano limpiarlo todo.

—No se preocupe, puede pasarle a cualquiera —comentó *lady* Victoria,

mientras intentaba a ayudarla a limpiar la bandeja. Al ver que no servía de mucho lo que estaban haciendo, la joven tomó la iniciativa, se levantó y tiró de la campanilla—. Será mejor que busquemos ayuda.

A los pocos minutos, entró la criada, que observó el desastre con cara de horror. A continuación, se llevó la bandeja ante la mirada nerviosa de Audrey, que se sentía totalmente ridícula en esos momentos.

—Perdona, Gertrud...

La criada negó con la cabeza y sonrió dulcemente.

—No se preocupe, *milady*. Enseguida, les traigo otra bandeja.

Dicho esto, cerró la puerta tras de sí.

—No sé dónde tengo la cabeza —comentó Audrey, intentando serenarse.

Lady Victoria sonrió.

—No se disguste. Yo he cometido torpezas peores, créame.

Audrey dibujó una tímida sonrisa, pero no respondió.

—Bueno, ahora ya sabe que pronto seré una mujer casada, así que, aquí viene el asunto que quería discutir con usted. Deseo que me acompañe ese día y sea una de las testigos. ¿Sería eso posible?

Audrey la miró, dubitativa. Se sentía agradecida por aquella inesperada propuesta y, sin embargo, no sabía muy bien qué hacer con esos sentimientos encontrados que la invadían. Suspiró y respondió:

—La agradezco su propuesta y me siento realmente halagada. Sin embargo, al ser una empresa tan importante, creo que necesito considerarlo con detenimiento, *lady Victoria*.

La joven la miró, extrañada. No pensaba que su respuesta sería esa. Creía que *lady Audrey* estaría encantada. No obstante, decidió ser paciente, ya que en parte tenía razón.

—Bueno, entonces esperaré su respuesta.

Media hora más tarde, *lady Victoria* regresó a su casa, mientras Audrey se dirigía al salón para reunirse de nuevo con Annabella, que la miró con cierta preocupación. Su cuñada estaba pálida. Annabella dejó lo que estaba haciendo

y dijo:

—Audrey ¿te encuentras bien?

Audrey se sentó y no la miró.

—Estoy bien.

De repente, Annabella se alarmó al comprobar que Audrey estaba empezando a llorar. Se levantó de su sitio y se sentó a su lado.

—¡Audrey! ¿Por qué lloras? ¿Qué te ha dicho *lady* Victoria? —preguntó, asustada.

Audrey lloraba sin apenas darse cuenta, y con gran esfuerzo contestó:

—*Lord* Henry y ella se van a casar. Y yo me alegro por ellos, de verdad. Pero...

Annabella comprendió enseguida la situación, y suspiró con pesar.

—Entiendo.

Ambas se abrazaron y Annabella dejó que Audrey se desahogara. No hablaron y, al cabo de un rato, Audrey se sintió un poco mejor.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? Al menos sé que acerté con ellos. Así que, no puedo hacer otra cosa que alegrarme. Era de esperar. Ahora voy a lavarme la cara, no quiero que nadie me vea con este aspecto.

Se levantó y se dirigió a su cuarto, donde se lavó la cara en la pila de agua que había allí, junto a la ventana. Gracias a eso, pudo sentirse un poco más fresca y serena. Sin embargo, nada podía aliviar el dolor de su corazón. *Lady* Victoria le había confirmado lo que ya sabía. Ahora ya no había duda. Audrey estaba convencida de que serían un matrimonio envidiado y feliz. ¿Cómo se había atrevido a soñar con él? Rezaba porque aquel trance pasara rápido y pudiera volver a ser ella misma.

Howard y Diana corrían entusiasmados por uno de los caminos de Hyde Park. Audrey y Julia los observaban y vigilaban sus movimientos. Como hacía

una tarde espléndida, decidieron que los niños las acompañaran en su paseo. Así mientras ellos jugaban, ellas podrían conversar tranquilamente.

Julia estaba preocupada por Audrey. Había estado hablando brevemente con Annabella antes de marcharse, y le había contado los despistes que tenía últimamente y cómo su ánimo había decaído considerablemente. Además, Julia observó que su hermana tenía los ojos un poco enrojecidos y la tez pálida.

Audrey miraba a sus sobrinos con ternura, mientras estos reían y corrían delante de ellas. Pronto se cruzaron con un grupo de niños que iba acompañado de sus niñeras y se unieron a sus juegos. Audrey y Julia se sentaron en un banco cercano, sin perder de vista a sus sobrinos.

No era normal eso en la alta sociedad. Lo lógico era que los niños estuvieran constantemente supervisados por una niñera o institutriz, pero Annabella Morgan no quería intervenciones de terceros en la educación de sus hijos. En casa recibían clases de tutores durante las mañanas, pero el resto del día lo pasaban con su madre y a veces con su padre. A ambos les gustaba estar con sus hijos y estos disfrutaban enormemente de esa excepción. Además, Howard pronto se marcharía a Eton y Annabella quería disfrutar de su compañía antes de que abandonara el nido.

Esa tarde, sus tías cuidarían de ellos. Audrey estaba encantada con la tarea, porque le encantaban los niños, y compartía la opinión de su cuñada. Si ella tuviera hijos, estaría la mayor parte del día con ellos.

Mientras su hermana tenía su vista fijada en Howard y Diana, Julia enredaba sus dedos en los pliegues de su falda, intentando encontrar la manera de sacar el tema que le rondaba la cabeza. Por fin, decidió hablar.

—Oye, he hablado con Annabella y con madre, y me han dicho que últimamente estás más despistada de lo habitual. ¿Va todo bien?

Audrey se tensó y miró a su hermana de reojo.

—Por supuesto que sí. Son solo hechos puntuales.

Julia alzó una ceja.

—¿Esperas de verdad que me lo crea?

—Es la verdad —contestó, nerviosa.

—Audrey, por favor, te conozco bien. Puedes contármelo. ¿Qué ha pasado?

Audrey suspiró.

—Bueno, me he enterado de algo, y quizás me haya disgustado un poco.

—Soy toda oídos.

Audrey agachó la mirada y se mordió el labio inferior.

—Es sobre *lord* Henry. Me he enterado de que va a casarse con *lady* Victoria muy pronto.

Julia frunció el ceño. No estaba enterada de semejante noticia y, además, no se la creía del todo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo oí en la fiesta de *lord* Chamberlain, por boca de *lady* Forrester y *lady* Darlington.

Julia consideró un momento esos dos nombres. Sí, aquellas dos eran las grandes cotillas del reino. Pero seguía dudando.

—Bueno, que lo digan ellas no quiere decir que sea cierto. Pueden haberlo oído en alguna parte y que solo sea un rumor.

—*Lady* Victoria ha venido a verme esta mañana y me lo ha confirmado. De hecho, me ha pedido que sea testigo en la boda.

Julia se quedó totalmente sorprendida.

—Vaya, entonces sí que es cierto —dijo, sintiéndose decepcionada ante la confirmación de la noticia.

Audrey sacudió la cabeza.

—Igualmente, me alegro por ellos. Son perfectos el uno para el otro. Y no es asunto mío.

Julia asintió, mirándola con suspicacia.

—Ya, por eso tienes esa tez pálida y esa mirada triste, porque no te importa este asunto en absoluto.

Audrey la miró, un poco molesta. Justo en ese momento, un jinete llegó hasta ellas.

Henry había salido a dar un paseo a caballo aquella tarde, después de una tediosa mañana en Brook's. Necesitaba hacer algo de ejercicio y respirar aire puro.

Estaba galopando por Hyde Park cuando vio a lo lejos a un grupo de niños. Entre las mujeres que había sentadas en los bancos cercanos, reconoció a dos figuras. Eran *lady* Audrey y *lady* Hyatt. Al ver a la primera, notó cómo su corazón latía desbocado. Pensó que era una maravillosa casualidad y no desaprovecharía la oportunidad de saludarla. De repente, el recuerdo de sus labios sobre los suyos hizo que una cálida sensación recorriera su cuerpo. ¿Podrían repetir ese beso pronto? Henry se presentó ante ellas con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, *lord* Henry. ¿Ha salido a dar un paseo? —preguntó Julia, intentando mostrarse amable.

Audrey se limitó a hacer una inclinación de cabeza y sonreír de forma cordial. A continuación, fijó su vista en los pliegues de su falda, intentando controlar los fuertes latidos de su corazón.

—Sí, hay que aprovechar el buen tiempo. ¿Y ustedes?

Julia dio un discreto codazo a su hermana para que reaccionara y contestara. Audrey se sobresaltó y miró a Henry.

—Hemos venido a dar un paseo con nuestros sobrinos —contestó Audrey, forzando una sonrisa.

—¿Irán a la fiesta de *lady* Hampton? —inquirió Henry.

Ambas asintieron.

—Sí, *lord* Henry. ¿Usted irá? —preguntó Audrey.

—Nunca me la pierdo. Sin embargo, tengo la impresión de que este año será más emocionante —afirmó, mirando a Audrey—. Bueno, será mejor que me marche, se me hace tarde. Nos vemos mañana —dijo Henry, alejándose de ellas al galope.

Estaba contento después de haber visto a Audrey y, sin embargo, había algo

que le inquietaba. Ella no se había mostrado tan vivaz y alegre como en otras ocasiones. Parecía estar triste por algún motivo. ¿Qué le sucedía? ¿Tendría algún problema grave? Ahora deseaba saber más para poder ayudarla si era menester. Al día siguiente, hablaría con ella y averiguaría a qué se debía su tristeza. Y de paso, intentaría consolarla con dulces besos y caricias. Estaba deseando volver a tenerla entre sus brazos.

Julia miró a su hermana.

—¿Estás bien?

Audrey suspiró con tristeza.

—Sí, creo que sí. Aunque debo tomar medidas en este asunto. Y medidas drásticas. Porque no sé si mi corazón lo soportará por más tiempo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Julia, preocupada.

—Creo que lo mejor será que me marche de Inglaterra una temporada.

—¿No estarás considerando aceptar la propuesta de tía Caroline?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Ver cómo se casa con otra, mientras se me rompe el corazón? ¿Verle feliz en los brazos de *lady* Victoria, mientras me retuerzo de dolor? Quiero que Henry sea feliz, pero no puedo quedarme a presenciar todo eso. Me destrozaría —aseveró Audrey, desesperada.

—Así que le amas.

—Con toda mi alma.

—Entonces, díselo. Sé honesta con él. Así se dará cuenta de que está cometiendo un error.

Audrey negó con la cabeza.

—Julia, yo propicié esa unión. Fui yo quien aconsejó a *lord* Henry. Y él ha seguido mis directrices. Si los ves juntos, verás que no me equivoqué. Son perfectos el uno para el otro.

—Pues permíteme dudar. Yo creo que él siente algo por ti.

Audrey se rio.

—Siente aprecio como amigo, nada más. Y el beso fue algo totalmente fortuito.

Julia frunció el ceño.

—¿El beso? ¿Qué beso?

Audrey agachó la mirada, nerviosa, y Julia entonces recordó la noche en casa de los Crawford. La biblioteca, el rostro sonrojado de Audrey, la sonrisa de *lord* Henry. Julia asintió.

—Entiendo. ¿Y crees que para él no significó nada?

Audrey no contestó la pregunta, porque ya no sabía qué pensar. Quería terminar con ese asunto cuanto antes. En ese momento, se levantó y dijo:

—Por favor, dejemos el tema. No quiero hablar más de esto, y menos en un lugar público.

Julia se levantó también.

—Muy bien, pero espero que no te arrepientas de la decisión que tomes.

Audrey miró a su hermana, decidida.

—Créeme, es lo mejor.

A continuación, se reunieron con sus sobrinos y regresaron todos juntos a Morgan House.

Más tarde, Audrey habló con su tía Caroline y le hizo saber su decisión. Dentro de dos días viajarían juntas al continente, donde Audrey pasaría una larga temporada. A pesar de creer firmemente que estaba haciendo lo mejor para ella, la perspectiva de no volver a ver a Henry en mucho tiempo le hizo sentirse terriblemente triste y angustiada.

Ese día habían vuelto a encontrarse y, aunque el dolor del desengaño seguía presente, no pudo evitar sentirse un poco feliz cuando él le dedicó una intensa mirada y una sonrisa. Era dichosa a su lado y, en el fondo, no quería alejarse de él. Pero no había elección. Necesitaba olvidarle y recomponer los trozos de su corazón roto.

Capítulo 15

Henry estaba sentado junto a la chimenea de la biblioteca de Kenton House, charlando con su amigo Michael después de una copiosa cena. Tras su paseo por Hyde Park, había ido a visitar a su amigo para poder compartir con él sus inquietudes respecto a Audrey Morgan. Había sido una alegría enorme para él encontrarla aquella tarde. Sin embargo, regresó a casa preocupado. Intuía que algo estaba afectando a *lady* Audrey y quería saber de qué se trataba. En sus muchos años de conquistador, nunca se había preocupado tanto por una fémica. Aunque *lady* Audrey era distinta a todas las demás, él bien lo sabía.

—¿Y qué crees que puede sucederle? —inquirió Michael.

Henry suspiró.

—No lo sé.

—A lo mejor está enferma o ha recibido una mala noticia.

—Seguramente. Espero que Audrey me lo cuente cuando nos veamos mañana.

Michael miró a su amigo, sorprendido.

—Vaya, así que ya la llamas por su nombre de pila.

Henry carraspeó, un poco nervioso. A continuación, Michael se acomodó más en el sillón y suspiró.

—Quién me iba a decir a mí que vería a mi querido amigo enamorado.

—¿Enamorado? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Bueno, es fácil. Porque me veo a mí mismo cuando Charlotte está lejos

de mí. La quiero tanto, que no deseo separarme de ella. Mi corazón se llena de alegría cuando estoy a su lado y disfruto cada momento que estamos juntos. Veo la vida desde una perspectiva más amable y sonrío sin motivo aparente, solo porque soy feliz y me siento afortunado de vivir con ella.

Henry se reconoció a sí mismo en esas frases. Le estaba sucediendo lo mismo. Cuando no la veía, se sentía triste y un tanto desanimado. Y aunque invadía sus pensamientos día y noche, lo que quería era tocarla y estrecharla entre sus brazos. Sin embargo, no quería reconocer lo que sentía. Quizá por miedo o tozudez.

—A mí no me sucede nada de eso. Así que, no. No estoy enamorado. Solo soy un amigo preocupado —mintió.

Michael negó con la cabeza.

—Y se suponía que yo era el más testarudo de los dos.

Henry se frotó la nuca y suspiró con pesar.

—Es que... Aún tengo dudas.

—No tienes dudas, Henry, tienes miedo. Es evidente.

Henry se revolvió incómodo.

—Puede que lo tenga. —Entonces se levantó y empezó a pasearse por delante de Michael—. ¿Y si me equivoco y solo se trata de un deseo pasajero? ¿Y si me doy cuenta tarde y ya no hay vuelta atrás?

Michael se encogió de hombros.

—Te contesto con otra pregunta. ¿Y si te equivocas y resulta que es el amor de tu vida? En el amor nada es sencillo, Henry. Y cuesta mucho encontrar a nuestra alma gemela. Hay gente que vive infeliz el resto de su vida, porque decidió conformarse y no luchar por su felicidad. No quiero que eso te ocurra, amigo mío. Y veo que la oportunidad se te está escapando entre los dedos. Yo me arriesgué y no me arrepiento. Si te arrepientes de algo, que sea por haberlo intentado y haber fracasado.

Henry suspiró, pensativo. Él nunca había tenido miedo a nada. Siempre había corrido riesgos. Había tenido aventuras amorosas con mujeres casadas,

viudas, jóvenes, mayores. Buscaba la emoción en todas partes. Sin embargo, en esos momentos el miedo le invadía y le paralizaba. ¿Tendría razón Michael y estaría dejando pasar la oportunidad de ser feliz? No lo sabía, pero ahora mismo, no se atrevía a averiguarlo. De hecho, creía con certeza que entre *lady* Audrey y él no podría haber nada. Quizás para ella, aquellos besos y aquellas caricias solo fueron un divertimento pasajero y no quería comprometerse. Y si era así, él no la forzaría a hacer algo que no quisiera. Sin embargo, deseaba en el fondo que ella le diera alguna señal. ¿Sería eso posible?

La mansión de *lady* Hampton era una de las más famosas de la zona de Belgravia. Una casa con la fachada de color beige claro, decorada con dibujos de detalles florales en los marcos de las altas ventanas, columnas dóricas en la entrada y uno de los jardines más bonitos de todo Londres.

Lady Hampton era una vieja amiga de juventud de *lady* Crawford, y adoraba a Henry, al que conocía desde que este nació. Henry nunca faltaba a sus veladas y fiestas, que siempre eran extraordinarias. La señora de la casa, ahora viuda, había ordenado disponer una mesa alargada en la terraza que daba al jardín, donde varios grupos de invitados estaban inmersos en diferentes conversaciones.

Henry, que estaba de pie al lado de Michael, se mostraba inquieto, mirando constantemente hacia la entrada de la terraza. Estaba esperando la llegada de *lady* Audrey con ansia. Mientras, intentaba mantener una conversación con varios invitados que se habían unido a ellos.

Los Morgan y el matrimonio Hyatt llegaron a la mansión. Audrey se había puesto un vestido de color amarillo pastel, con escote en forma de uve y manga corta. Ese día hacía bastante calor, así que eligió un atuendo fresco y ligero. Estaba muy nerviosa ante el inminente encuentro con *lord* Henry y notaba su pulso acelerado.

Finalmente, salió a la terraza del brazo de su hermana Julia, que no se separaba de ella. Fue entonces cuando a Henry se le iluminó la cara y se alejó del grupo para ir a saludarlas. Audrey, al verlo, se quedó asombrada. Iba vestido con un traje azul claro, una camisa blanca y llevaba el pelo peinado hacia atrás, un poco húmedo. Sus ojos resplandecían, al igual que su sonrisa. En ese instante, el corazón de Audrey empezó a latir muy deprisa.

—Buenas tardes. Me alegra verlas —dijo Henry, sonriente.

Ambas hicieron una reverencia.

—Buenas tardes, *lord* Henry —respondió Audrey con delicadeza.

—Buenas tardes, *milord*. Hoy hace un día esplendido —comentó Julia.

—Desde luego.

—¿Ha venido solo? —inquirió Julia.

—No, he venido con mis padres y con *lord* Michael Davenport. Han venido acompañadas, supongo.

—Así es. Está casi toda la familia Morgan, con excepción de mi tía, *lady* Harrington —explicó Julia.

—¿Se encuentra indispuesta? —preguntó Henry con interés.

Julia negó con la cabeza.

—No, es solo que mi tía es un animal un tanto antisocial, me temo. No le gustan este tipo de reuniones. Odia las multitudes. ¿Verdad, Audrey? —inquirió su hermana, mirándola.

Audrey pareció salir de su ensimismamiento. Había permanecido callada todo el tiempo, algo poco habitual en ella.

—Así es.

Lord Henry la miró, embelesado, detalle que Julia no pasó por alto. De repente, tuvo una idea.

—Bueno, debo ir a saludar a una amiga. Si me disculpáis.

Audrey agarró a su hermana del brazo, un tanto alarmada.

—Te acompaño.

Julia la miró con severidad y Audrey entendió que no quería que la

acompañara, así que retiró su mano.

—Nos vemos más tarde. *Lord Henry*, Audrey. —Dicho eso, se alejó de ellos con premura.

Fue entonces cuando Henry y ella se quedaron solos entre la multitud. Audrey no sabía qué hacer, ni qué decir. Afortunadamente, Henry no tuvo reparos en hablar.

—Oiga, ¿qué le parece si nos sentamos y charlamos?

Audrey no vio inconveniente, aunque se sentía muy nerviosa. Asintió y acompañó a Henry hasta un lugar apartado, detrás de un rosal. Allí no había nadie cerca y podrían estar a solas, como en la biblioteca. Audrey no se dio cuenta del nivel de intimidad que tendrían en aquel rincón, hasta que Henry se sentó a su lado en el banco de piedra que había en el lugar.

—Audrey, hace mucho que no hablamos —comentó Henry, mirándola con intensidad.

Audrey apartó la mirada, apurada.

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Qué te ocurre? Pareces triste por algo.

Audrey negó con la cabeza.

—No estoy triste, *lord Henry*. No tengo motivos para estarlo.

Henry no la creía, aunque no comentó nada. Ahora que estaba cerca de él pudo percibir su dulce aroma. Olía a deliciosa vainilla. Una cálida sensación le recorrió el cuerpo. No podía reprimir su deseo. Ahora que estaban a solas, era el momento de retomar lo que fue interrumpido aquella noche en Crawford House. Con delicadeza, puso su mano sobre la de ella y la acarició.

—Audrey —dijo con dulzura.

En ese momento, ella se apartó un poco, aunque no quitó su mano de donde estaba. Por un lado, deseaba poner distancia, pero por otro, quería disfrutar de su tacto.

—*Lord Henry*, no debería hacer eso.

Henry se acercó un poco más, con intención de besarla en la mejilla.

—¿El qué?

Audrey se puso tensa y tragó saliva. Tenerlo tan cerca, hacía que la garganta se le secara y las mejillas le ardieran.

—Esto, *lord* Henry. Estar tan cerca de mí, en un lugar escondido.

Henry se rio. Le hacía gracia ver cómo se ruborizaba.

—Bueno, ya sabes que soy un poco travieso. Además, en la biblioteca tuvimos más intimidad que aquí y pareció no preocuparte.

Audrey cerró los ojos, intentando mantener la calma, y no dejarse llevar. Luchaba contra sí misma todo el tiempo. Henry, mientras tanto, consiguió acariciar su mejilla con la otra mano. Audrey quiso rendirse a sus caricias, pero no podía. No era lo correcto. Debía poner fin a todo aquello. Aunque primero cometería una deliciosa locura.

Se giró hacia él y comenzó a acariciar su rostro. Recorrió con los dedos sus mejillas, su marcada mandíbula y su mentón. Sus miradas, llenas de deseo, se encontraron. Audrey acercó sus labios a la boca de Henry y le besó con ternura. Él, al principio impresionado, se entregó a ese beso por completo. Puso sus manos alrededor de su cintura y la rodeó, acercándola más a él. Exploraron sus bocas con pasión y devoción. Audrey notó una cálida sensación en su vientre y sintió cómo su corazón latía desbocado. Una gran sensación de felicidad la invadió y quiso quedarse más tiempo, pero su mente le advertía que debía acabar con aquello, porque si no, no habría vuelta atrás.

Finalmente se separaron y Audrey acarició el rostro de Henry de nuevo, observando sus preciosas facciones. Él suspiró, embelesado, y sonrió emocionado. Audrey sintió como el dolor y la tristeza se apoderaban de ella. Había llegado el momento de decir adiós a aquel amor imposible. Se apartó de su lado y se levantó del banco, algo que dejó a Henry desconcertado. Ella consiguió aguantar las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos y dijo:

—Adiós, *lord* Henry. Rezaré por su felicidad.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó a toda prisa del lugar, dejando a Henry anonadado. ¿Qué había sucedido? Después de unos minutos, él

consiguió reaccionar y salió tras ella. Sin embargo, ya era tarde. Audrey se había marchado.

Capítulo 16

Tía Caroline andaba de un lado a otro, mirando, rebuscando y dando órdenes a su doncella. Al día siguiente por la tarde saldrían rumbo a Dover para coger un barco que llevara a tía y sobrina a Francia. Audrey miraba impávida a su tía y asentía cada vez que le decía algo, aunque no se enterara de nada. No la estaba escuchando, su cabeza estaba en otra parte. Pensaba en Henry y en su desconcertado rostro. No soportaba la idea de no volver a verlo, pero no quedaba otro remedio.

Henry se había entregado en cuerpo y alma a aquel último beso. Audrey no se arrepentía, a pesar de que apreciaba a *lady* Victoria. Ella deseaba volver a tocarlo, disfrutar de sus caricias y se había sentido inmensamente feliz entre sus brazos. Estaba convencida de que nunca volvería a besar a nadie. Incluso, sabía con certeza que no amaría a otro hombre. Henry Crawford sería el dueño de su corazón para siempre.

De repente, todas aquellas lecciones que siempre le repetían a lo largo de los años, cobraban importancia. Una dama no dice lo que piensa, una dama no debe comportarse de forma espontánea, el misterio es esencial. Ella no era misteriosa, era honesta y natural. Y parecía ser que eso no la había beneficiado en absoluto, porque *lord* Henry no iba a casarse con ella. *Lady* Victoria era la elegida. Ella representaba la sutileza, la elegancia y el saber estar. ¿Cómo iba a casarse Henry con un desastre andante como ella?

—Audrey, ¿me estás escuchando? —preguntó su tía con voz indignada.

Audrey se centró en ella y observó que la miraba con gesto severo y los brazos en jarras.

—Disculpe, tía. No he escuchado eso último que ha dicho. ¿Podría repetirlo?

Tía Caroline suspiró, exasperada.

—Que no hace falta que te lleves demasiados vestidos, porque en cuanto lleguemos a París, te compraré ropa nueva. Tienes un vestuario un tanto pasado de moda —afirmó—. Y deja de estar en las nubes, sé que aún no has preparado tu equipaje, así que date prisa. Partimos mañana a las cuatro de la tarde.

Audrey se dirigió a su cuarto y, con la ayuda de su doncella, empezó a meter prendas en las maletas. Cuanto más se acercaba el momento de la inminente partida, más angustia sentía. Decidió concentrarse en su tarea para mantener la cabeza ocupada. Además, esa noche irían a la ópera y aún debía elegir un vestido para la ocasión. Sería el último evento al que acudiría en Inglaterra. De nuevo, una sensación de pesar se apoderaba de ella. Sacudió la cabeza, volviendo en sí. La decisión ya estaba tomada. Solo quedaba avanzar hacia delante por la senda marcada.

Aquella noche, los Crawford partieron rumbo a la ópera en su carruaje. Henry se mostraba apático y poco conversador, algo que sorprendió a sus padres, que estaban acostumbrados a su naturaleza parlanchina.

—Henry, querido. ¿Te encuentras bien?

Henry apartó su vista de la ventana y miró a su madre.

—Sí, madre, estoy bien.

—¿Has discutido con Michael? ¿Hay algo que te preocupe?

—No, madre, de verdad, todo va bien.

Lady Crawford no parecía convencida, así que decidió seguir preguntando,

ante la pasividad de *lord* Crawford, que estaba inmerso en sus pensamientos.

—¿Se trata de *lady* Audrey?

Henry la miró con los ojos muy abiertos.

—No, madre. No ocurre nada con *lady* Audrey —mintió.

Lady Crawford asintió. Había dado con la clave del asunto, aunque Henry dijera lo contrario.

—Tengo entendido que su tía se marcha mañana. Imagino que *lord* Morgan estará aliviado. Su cuñada es como un vendaval que todo lo arrasa.

—Fuisteis amigas en la juventud ¿cierto?

—Conocidas, más bien. Teníamos pensamientos muy distintos. Ella era mucho más liberal y siempre tenía la impresión de que se ahogaba en sociedad. Se casó dos veces, con maridos muy aventureros. Buscaba la diversión, las obligaciones no eran para ella. En cierta manera, me recuerda un poco a *lady* Audrey. Aunque no tienen nada que ver. *Lady* Audrey es mucho más responsable, no cabe duda.

Henry sonrió, soñador, mirando al vacío.

—Y hermosa, divertida, inteligente, amable y buena. Simplemente maravillosa —sentenció, suspirando.

Lady Crawford miró a su hijo, divertida. Henry se dio cuenta de lo que acababa de decir en voz alta y se revolvió incómodo en el asiento.

—Así es. No cambio nada de lo que has dicho, hijo.

Llegaron finalmente a la ópera, donde esa noche algunos de los mejores intérpretes del género llevarían a escena *El barbero de Sevilla* de Rossini. Entraron y comprobaron que el vestíbulo estaba abarrotado. Caballeros y damas iban elegantemente vestidos para disfrutar de una noche de bel canto. Aunque muchos iban para ser vistos y mirar en los palcos.

Audrey llegó acompañada de sus familiares. Tía Caroline no los acompañó esa noche, decía estar algo cansada y tampoco tenía ganas de hacer vida social con esa panda de aburridos que formaban parte de la alta sociedad, según sus palabras textuales. Se encontraron con Julia en el vestíbulo, agarrada del

brazo de *lord* Hyatt.

—Parece que esta noche ha venido mucha gente —comentó *lady* Morgan.

—Sí, va a ser una velada entretenida —respondió Julia.

—Dicen que los intérpretes de esta noche son realmente buenos —afirmó Annabella.

—Estoy deseando comprobarlo —comentó *lord* Morgan.

Audrey estaba de pie al lado de Clive, ausente. De repente, alzó la vista y vio a Henry acompañado de sus padres. Disfrutó de esos instantes, observando lo elegante que iba esa noche. Quería guardar a fuego ese recuerdo en su memoria. Inesperadamente, sus miradas se cruzaron y, durante unos segundos, el tiempo se detuvo. El corazón de Audrey latía velozmente y sentía que el aire empezaba a faltarle. Deseaba perderse en esa mirada toda la eternidad.

Sonó la campana de aviso para que los espectadores se dirigieran a sus butacas y palcos. Dejaron de mirarse y Audrey se dirigió con su familia al palco que tenían asignado, al igual que hizo Henry.

Este notaba su corazón latiendo desbocado. Había sido una grata sorpresa volver a verla. Buscaría la oportunidad de hablar con ella más tarde. Quería saber por qué se despidió de él tan repentinamente y de aquella forma tan enigmática en casa de *lady* Hampton. Si había hecho algo que la molestara, estaba dispuesto a redimirse. No deseaba perder el afecto de Audrey bajo ningún concepto.

Audrey se sentó en una silla junto a su hermana Julia y *lord* Hyatt. Justo enfrente, estaba el palco de los Crawford. *Lady* Crawford la saludó con su abanico y Audrey respondió con una tímida sonrisa y una inclinación de cabeza, mientras observaba a Henry, que estaba sentado al lado de su madre, conversando con otra dama.

En el mismo palco de los Crawford, estaban sentadas *lady* Mills y *lady* Rochelle. Ambas adoraban a Henry y siempre se habían ocupado de hablar bien de él, frente a los rumores malintencionados. Las dos damas se abanicaban y observaban el espectáculo. No el que estaba teniendo lugar en el

escenario, sino en las butacas y en los palcos.

—¿Ese no es *lord Mackintosh*? —preguntó *lady Mills*.

Lady Rochelle observó hacia donde su amiga señalaba discretamente.

—Así es. Pensaba que estaba en Italia.

—Pues parece ser que ha vuelto de su misión diplomática.

—Ahora que veo a los Morgan, ¿sabes de qué me he enterado esta mañana?

—comentó *lady Mills*.

Lady Crawford y Henry, que estaban mirando al escenario, enseguida centraron su atención en *lady Mills*.

—*Lady Audrey* se marcha mañana a Francia con su tía, *lady Harrington*.

Henry abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo dice? —preguntó, inquieto.

—Que *lady Audrey* parte mañana a Francia. Parece ser que su tía la ha convencido para que se vaya a vivir con ella una temporada —explicó *lady Mills* con naturalidad.

—Opino que es una gran oportunidad para la joven. Ya me hubiera gustado a mí en mi juventud viajar al continente —comentó *lady Rochelle*.

Henry sintió como su pulso se aceleraba, al tiempo que un escalofrío recorría su espalda. Audrey se iba a marchar. ¿Por qué? Necesitaba respuestas e iba a obtenerlas. Dirigió su mirada al palco y comprobó que Audrey le estaba mirando de reojo. Entonces, Henry le hizo una seña. Inclino la cabeza a un lado, indicándole que saliera del palco para que se encontraran fuera. Audrey lo miró y comprendió enseguida sus indicaciones. Con cierto apuro y con los nervios a flor de piel, se excusó y salió del palco.

Henry se dirigió al vestíbulo, donde esperaba encontrarse con ella. Y así fue. Audrey bajó las escaleras y lo vio allí, de pie, con los brazos cruzados y mirándola, serio. Audrey tragó saliva y, mientras se acercaba a él, pudo sentir su corazón latiendo velozmente.

—Buenas noches, *lady Audrey*.

—Buenas noches, *lord Henry*. ¿Cómo está?

Henry suspiró, exasperado.

—¿No tienes nada que contarme?

Audrey sintió el peso de esas palabras.

—Bueno, puede que sí tenga alguna noticia que darle.

—Soy todo oídos.

Audrey respiró hondo.

—Mañana me marchó a Francia.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Pronto.

Henry se rio, dolido.

—Pensaba que éramos amigos, Audrey. Que había confianza entre nosotros.

Audrey lo miró, intentando aguantar las lágrimas que trataban de salir de sus ojos.

—Y somos amigos, *lord* Henry.

Él se acercó más a ella.

—¿Y a qué viene esa decisión tan repentina?

—Porque surgió la oportunidad y decidí aprovecharla.

Henry se sintió indignado.

—No comprendo esta situación. Ayer estabas entre mis brazos y ahora me entero de que te marchas. Dime, ¿he hecho algo que te haya molestado?

Audrey negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Nada en particular. Simplemente creo que sería bueno alejarme un tiempo de Inglaterra.

Henry la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? Pensaba que eras feliz aquí, con tu familia y tus amigos.

Audrey agachó la mirada.

—La gente puede cambiar de parecer.

—No sin un motivo. ¿Cuál es? —inquirió Henry.

Audrey decidió dar una explicación, para evitar alargar más aquella triste

situación.

—Soy una solterona que no se casará nunca, *lord* Henry. Siempre debo aguantar que hablen mal de mí y que mi papel en la sociedad se reduzca al de hija, sobrina, hermana y tía. Así que he decidido vivir mi vida por mi cuenta. Y Francia es un buen punto de partida para empezar de nuevo. Quiero ver el mundo, *lord* Henry. Vivir una vida plena. Explorar, aventurarme. Y quedándome aquí, siendo testigo de la felicidad de los demás, no podré hacerlo. Es así de sencillo —afirmó, contundente—. Además, sé que usted pronto estará muy ocupado como para acordarse de mí.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, desconcertado.

—¿Audrey?

Julia estaba justo detrás de ella en ese momento. Había decidido salir a buscarla, al comprobar que llevaba mucho tiempo fuera. Vio a *lord* Henry allí de pie, con gesto apesadumbrado, y entendió que Audrey le había comunicado que se marchaba de Inglaterra.

—Buenas noches, *lord* Henry. ¿Va todo bien? —inquirió, preocupada.

En esos momentos, Henry sentía un fuerte dolor en el pecho, síntoma de que algo se estaba rompiendo en su interior. Por eso, no fue capaz de contestar.

—Todo va bien. *Lord* Henry y yo ya hemos terminado de hablar —explicó Audrey.

Julia no estaba tan segura de eso, pero no dijo nada.

—Adiós, *lord* Henry. Espero que todo vaya bien y sea muy feliz —dijo Audrey antes de agarrar a su hermana de la mano y arrastrarla escaleras arriba.

Antes de subir, Julia se giró para mirar a Henry y observó que estaba devastado. No tenía dudas. Aquel hombre estaba perdidamente enamorado de su hermana. Audrey estaba completamente ciega. Cuando llegaron a la planta superior, escuchó unos sollozos a su lado. Su hermana tenía el rostro lleno de lágrimas. Julia sacó un pañuelo, y la ayudó a secárselas.

—Audrey, creo que estás cometiendo un grave error.

Audrey suspiró con tristeza.

—Es lo mejor, Julia.

Julia estaba empezando a desesperarse.

—No entiendo cómo es posible que toda tu vida hayas sido innecesariamente honesta, y ahora que debes serlo, te callas.

—No tengo fuerzas para discutir, Julia. Por favor, déjame.

Julia decidió no insistir más, a pesar de que estaba furiosa por la situación. Tenía claro que ambos se querían y, sin embargo, aquello no parecía tener solución. *Lord* Henry se casaría y, por lo tanto, su hermana ya no tendría posibilidad de nada. Y no pensaba consentir que se convirtiera en su amante. Su hermana se merecía algo mejor.

Una vez estuvo más calmada, regresaron al palco, donde nadie notó nada. El resto de la noche, Audrey se quedó en silencio mientras luchaba por no romper a llorar de nuevo. Aquella despedida se le estaba haciendo demasiado larga. No podía evitar mirar de reojo al palco de los Crawford y ver a Henry tan triste le rompía el corazón. Sabía que él se sentía decepcionado con ella por no haberle contado todo, pero era mejor así.

Esa noche, Henry regresó a casa totalmente destrozado por lo sucedido. Notaba que las fuerzas le fallaban y decidió ir a la biblioteca a sentarse. Sus padres charlaban entre ellos, sin percatarse de cómo se sentía. Entró en la sala y se sirvió una copa de brandy. La bebió de un trago y se sirvió otra. Entonces, se sentó en el sillón y fijó su vista en la chimenea, que estaba encendida.

No dejaba de pensar en todo lo que Audrey le había dicho. Según ella, quería ver el mundo y encontrar su propio camino, harta de ser testigo de la felicidad de los demás. Cuando se conocieron, Henry no pudo evitar fijarse en lo distinta que era al resto de las mujeres que él conocía. Audrey era una bocanada de aire fresco. Honesta, divertida y encantadora. Admiraba de ella su bondad, su curiosidad, su espíritu despierto e inquieto. No había dudado en ayudarle, aunque los cuchicheos pudieran escucharse a la altura de sus oídos, porque la sociedad no veía con buenos ojos su actitud y su comportamiento.

Sin embargo, en los últimos días había visto a una Audrey diferente. Triste y apocada. Se había fijado en la palidez de su rostro, en su mirada apagada. Ella, que siempre había sonreído al lado de los demás, que había declarado que le gustaba ver a la gente que apreciaba feliz, ahora no era así. Parecía hastiada y cansada. Henry supuso que al final, cuando uno da tanto sin pedir nada a cambio, llega un momento en que acaba agotado.

—¿Henry? —preguntó *lord* Crawford desde el umbral de la puerta.

Henry se giró y miró a su padre, que se acercó hasta la repisa de las bebidas y se sirvió una copa de brandy. Se sentó en otro sillón que había allí, mirando a su hijo.

—¿Va todo bien?

—Sí, padre —contestó Henry, volviendo la vista hacia la chimenea.

Lord Crawford suspiró.

—¿Sabes? En noches como esta me viene un recuerdo a la mente.

Henry observó a su padre con curiosidad y se mantuvo callado, esperando que continuara.

—Una noche, cuando era un poco más joven que tú, asistí a la ópera con mis padres. Era la temporada y en aquella ocasión estrenaban una nueva ópera. No recuerdo el nombre, si te soy sincero. Ya sabes que soy terrible para esos detalles.

Henry sonrió.

—Lo sé. Recuerdo que a mi tutor lo llamabas sir Graham, cuando en realidad se llamaba sir Grant.

Lord Crawford dibujó una sonrisa ladeada y continuó:

—Esa noche me aburría mucho, así que decidí pasear mi vista por los palcos y las butacas, en busca de algo interesante.

—¿Y lo encontraste?

Lord Crawford asintió.

—Así es. Detuve mi vista en una hermosa criatura. Una ninfa de los bosques, que se había perdido en aquel teatro de Londres. Era una joven

preciosa. Pelo oscuro, ojos claros y sonrisa resplandeciente. Nuestras miradas se encontraron y ya no dejamos de mirarnos. Con una mirada se pueden expresar muchas emociones. Solo hay que saber leerlas —afirmó. Dio un sorbo a su copa, y continuó—. Decidí esperar a que terminara el primer acto para ir a buscarla y hablar con ella. Así que en cuanto sonó la campana, salí a su encuentro.

—¿Y qué pasó?

Su padre se encogió de hombros.

—Que no nos vimos. No fue posible encontrarse entre tanta gente. Me pasé todo el descanso subiendo y bajando escaleras, recorriendo pasillos, buscándola. Pero no pudo ser. Cuando regresé al palco, vi que su butaca estaba vacía. Y no volví a verla.

Henry se sintió decepcionado ante el final de la historia.

—Vaya, eso es tener mala suerte.

—Solo fue media hora, quizás una. Sin embargo, nunca olvidé ese instante en el que descubrí lo que era el amor verdadero. El anhelo de estar con alguien por encima de todo y de todos. Nunca hablamos. No conocía su nombre. Nunca sabré si ella me correspondía, o si solo era simple fascinación mía. Me maldije por no haber tenido el coraje de sacarla de su butaca en pleno acto y perderme con ella en la ciudad.

Henry se quedó sin palabras. Nunca había oído hablar a su padre de esa forma tan poética, ni tampoco conocía esa anécdota. *Lord Crawford* miró a su hijo, mientras se levantaba del sillón.

—Pero no hay mal que por bien no venga. Aprendí una lección. Nunca dejes escapar la oportunidad que el destino te brinda, porque puede que nunca vuelva a suceder.

Lord Crawford se marchó de la habitación, dejando a solas a su hijo. Henry pensó en la moraleja de aquella historia. Las oportunidades pasaban solo una vez en la vida. En ese instante lo tuvo claro. Amaba a Audrey. Estaba perdidamente enamorado de ella. Por fin lo sabía, aunque se maldijo por no

haberlo descubierto antes.

Ahora ella había decidido marcharse, y parecía estar muy convencida. Quizás no le amaba. Aunque algo en su interior le decía que él tenía la clave para hacerla cambiar de opinión. ¿Cómo podría convencerla de que se quedara? Pensando en ello se quedó profundamente dormido. El tiempo corría en su contra.

Capítulo 17

Julia se había levantado temprano para prepararse. Le esperaba un día intenso y ajetreado. Por la mañana, se había citado con su suegra, *lady Anne Hyatt*, que vivía en Belgravia. Aunque su suegra le parecía un ser un tanto aburrido, que se pasaba el día metida en la vida de los demás, debía visitarla de vez en cuando, por aquello de mantener las relaciones familiares en buenas condiciones. Había conseguido esquivarla durante gran parte de la temporada, pero ya no tenía más excusas.

Allí se encontraría con varias damas, todas amigas de su suegra. Pasarían la mañana hablando de asuntos intrascendentes que afectaban a otras personas. No estaba con el ánimo muy elevado. La marcha de Audrey era inminente. Esa tarde se despedirían y no sabía cuándo volverían a verse. A pesar de haber intentado convencerla de que se quedara, había sido imposible hacerle cambiar de parecer. Sabía que iba a echarla terriblemente de menos y eso la disgustaba. Ahora que volvían a ser hermanas y amigas, Audrey ponía distancia entre ellas.

Se puso un sobrio vestido verde oscuro que realzaba su silueta. Desayunó en silencio, mientras su marido leía el periódico. Llegó al vestíbulo, se puso los guantes, su sombrero y su capa y, finalmente, se marchó junto a su doncella Janis. Mientras el carruaje atravesaba las calles, Julia observó el cielo con disgusto. Probablemente en unas horas llovería intensamente.

Llegó a los pocos minutos y enseguida una doncella la condujo al salón

principal donde todas las damas estaban esperando, ya inmersas en una intensa charla. *Lady Anne Hyatt* era una mujer de casi sesenta años, pero que siempre decía que tenía cuarenta. Era una dama menuda, con gesto adusto, que empleaba maquillaje en exceso, sobre todo en los ojos y los labios, y que hacía buen uso de su lengua viperina siempre que tenía ocasión.

—¿Se te han pegado las sábanas, querida?

Julia, acostumbrada a las indiscretas pullas de su suegra, forzó una amplia sonrisa.

—Querida mamá, ¿cómo estás? Siento el retraso— respondió, dándole un beso en la mejilla.

Julia se acomodó en una silla que había colocada frente a una amplia mesa. Todas las damas estaban sentadas alrededor. Una criada trajo una bandeja con té y pastas. Mientras las otras invitadas devoraban las pastas con ansia, Julia se limitó a tomar ligeros sorbos de su taza de té. Casi todas las allí presentes seguían una estricta dieta, porque ya no podían aumentar más el diámetro de su corsé. Por eso algunas la miraban con recelo, porque envidiaban su estilizada figura.

—El otro día vi a *lady Ashby*. ¡Qué espanto! Ha engordado muchísimo desde que tuvo a su último vástago —comentó *lady Bruce*, una mujer entrada en carnes.

Esto hizo que Julia alzara una ceja, ya que esa mujer poco o nada podía criticar. No obstante, se abstuvo de hacer comentarios.

—Quien ha perdido peso es *lady Ophelia*. Parece ser que ha ido a Suiza y ha perdido peso en un balneario, siguiendo una dieta a base de rábanos —comentó *lady Anne Hyatt*.

Julia suspiró discretamente y concentró su vista en la ventana. Observó la calle, distraída, intentando pensar en otra cosa.

—Por cierto, ayer mismo me enteré de una noticia. Parece que tendremos una boda pronto —afirmó *lady Chambers*.

—¡Cuenta, querida! —la instó *lady Anne Hyatt*.

—*Lady* Victoria Baltimore y *lord* Alfred Beckinsale se casan el mes que viene.

Julia frunció el ceño. ¿Había oído bien?

—Una unión muy conveniente —comentó *lady* Anne Hyatt.

—¿Y qué se sabe de la fiesta aniversario de los Morton? Creo que será pronto, si no me equivoco —preguntó *lady* Chambers.

Julia finalmente consiguió reaccionar.

—Disculpe. ¿Qué acaba de decir?

—Hablábamos de la fiesta aniversario de los Morton —explicó *lady* Anne Hyatt, un tanto molesta por el poco interés de su nuera en la conversación que estaba teniendo lugar.

Julia negó con la cabeza.

—No, antes de eso. Ha mencionado algo sobre *lady* Victoria Baltimore.

—¡Ah, eso! He dicho que se va a casar con *lord* Alfred Beckinsale. ¿Por qué? —respondió *lady* Chambers.

Julia sintió que el pulso se le aceleraba, mientras negaba con la cabeza, desconcertada.

—Eso no puede ser. Creo que se equivoca, *lady* Chambers.

Lady Chambers la miró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no, querida. Lo sé de primera mano. Me encontré con *lady* Baltimore ayer y me contó la noticia con una enorme sonrisa. Además, me comunicó que recibiríamos la pertinente invitación.

—Pero yo tenía entendido que se casaría con *lord* Henry Crawford.

Todas se miraron y se echaron a reír, algo que confundió a Julia más aún.

—¿Con *lord* Henry Crawford? ¡Por el amor de Dios! ¿De dónde has sacado semejante idea? ¡Es un disparate! Tengo entendido que *lord* Alfred y ella ya se sentían atraídos el uno por el otro desde hace tiempo, aunque nunca se habían atrevido a dar el paso hasta ahora. Me contaron que fue su hermana, *lady* Audrey, quien propició el reencuentro —explicó *lady* Chambers.

Julia sintió de repente un gran alivio. Fue entonces cuando alzó la vista y

miró el reloj. Eran casi las doce y debía darse prisa. Se levantó repentinamente, ante la atónita mirada de todas las presentes.

—¿Adónde vas, querida? —preguntó su suegra.

—Tengo un asunto muy importante que solucionar, y no puede esperar. Si todo sale bien, yo misma les contaré todo. Ahora, si me disculpan.

Dicho esto, Julia salió de la sala y llegó al vestíbulo. Subió al carruaje e instó al cochero a darse toda la prisa del mundo. Debía llegar lo antes posible y contarle a su hermana todo. No pensaba dejar que Audrey se marchara de Inglaterra después de eso.

Henry se había levantado tarde ese día. Había dormido profundamente y no había sido capaz de despertarse. Después de pensarlo mucho, había tomado una determinación. Iría a casa de los Morgan y convencería a Audrey de que se quedara en Inglaterra. No sabía cómo lo haría, pero no iba a aceptar un no por respuesta. No tenía demasiado tiempo. Ya eran casi las doce y debía vestirse, arreglarse y partir de inmediato. Solo esperaba que aún siguiera en Morgan House. Aunque si era necesario seguirla hasta el puerto, lo haría.

Salió de Crawford House y caminó en dirección a la residencia de los Morgan, que afortunadamente, no estaba demasiado lejos. Debía hallar las palabras que necesitaba para hacer que ella no deseara irse. La amaba con locura, la quería y pretendía hacerle una buena oferta. Empezó a enumerar sus cualidades. Era un hombre con título y fortuna, eso era un factor muy favorable. Era atento y afectuoso y estaba enamorado de ella, algo esencial.

Lo malo era que con ella no podía poner en práctica las dotes de seducción, que le habían hecho tener tanto éxito con otras. A Audrey no podía tratarla como a las demás. Conocía su galantería y no caería en sus trucos. A ella debía convencerla con buenos argumentos.

De repente, una suave lluvia comenzó a caer. Debido a eso, Henry aceleró el paso, intentando no empaparse. Cuando llegó a Berkeley Square, se detuvo.

Audrey estaba terminando de hacer su equipaje con verdadera parsimonia, algo que irritaba a su tía. Esperaba que algún milagro ocurriera y no tuviera que irse. Audrey miró el reloj. Ya eran las doce y quedaban pocas horas para partir. Se sentó al borde de la cama, pensativa. Tenía una sensación de vacío inmensa y la tristeza la estaba consumiendo.

De repente, llamaron a la puerta. Audrey se acercó a la ventana y vio a Julia. Bajó rápidamente al vestíbulo y allí se encontraron, ante la presencia de la criada que había abierto la puerta. Julia se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—No debes irte. Todo ha sido un enorme malentendido, Audrey —dijo con desesperación.

Audrey la miró, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—*Lord Henry* no va a casarse con *lady Victoria* ni con nadie.

Audrey se sintió confundida.

—Pero ella me dijo...

—*Lady Victoria* va a casarse con *lord Alfred Beckinsale*.

Audrey abrió mucho los ojos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo ha contado *lady Chambers* y, a su vez, *lady Baltimore* se lo ha confirmado a ella. Incluso la ha invitado a la boda.

Audrey casi se desmaya allí mismo debido a la tensión acumulada.

—Así que no va a casarse con Henry...

—No, no va a casarse con él. *Lord Henry* es libre, Audrey —afirmó Julia, sonriente.

De repente, se sintió insegura.

—Pero...

Julia suspiró, cansada.

—¿Qué temes, Audrey?

Audrey miró a su hermana.

—Que él no me corresponda.

Julia negó con la cabeza.

—No tengas ese temor. Créeme. Ese hombre te quiere. Y sé que está sufriendo. Así que, sal ahora mismo a buscarle. Yo me ocupo de tía Caroline.

Audrey sonrió, emocionada.

—¿No te preocupa que alguien pueda verme corriendo por la calle, para ir a encontrarme con un hombre?

—¡En absoluto! Además, estas cosas son las que te hacen tan especial y maravillosa. Y ahora ¡corre! —la instó.

Audrey abrió la puerta, olvidándose de su capa y su sombrero, y salió corriendo en dirección a casa de los Crawford. Poco le importaba la lluvia que estaba cayendo. Sentía que debía correr y llegar cuanto antes. Ahora que tenía el valor para hacerlo, debía aprovechar la oportunidad.

Se detuvo en Berkeley Square, que estaba a mitad de camino de la casa de los Crawford, para descansar unos segundos. No estaba acostumbrada a correr tanto y se sentía un poco fatigada. Cuando estaba a punto de reemprender la marcha, alzó la vista y vio a Henry, mirándola.

Los dos se observaron, mientras se acercaban poco a poco. Debido a la intensidad de la lluvia, la plaza estaba desierta. Henry y Audrey estaban completamente solos. Ambos temblaban, nerviosos, ante la presencia del otro.

—Henry —dijo Audrey—. ¿Qué haces aquí?

Henry tragó saliva, mientras la miraba, fascinado. Llevaba el cabello al descubierto, las gotas de lluvia se deslizaban por su rostro y sus mejillas estaban rojas debido al sofoco. Pensó que estaba preciosa en ese momento.

—Me dirigía a tu casa, necesito hablar contigo.

—Yo también iba hacia tu casa. Debo decirte algo importante.

—Por favor, déjame a mí primero. —Audrey se mantuvo expectante, mientras él se aclaraba la voz—. Audrey, he estado pensando en lo que dijiste. En los motivos por los que has decidido irte, y quiero decir algo al respecto. Sé que quieres ver el mundo, que quieres explorar y ver otros lugares. Por eso,

he pensado en esto. ¿Qué te parece si vemos el mundo juntos? Podemos viajar a donde tú quieras, a cualquier rincón del mundo. Yo estaré a tu lado. Seré tu compañero, tu amigo y tu amante si así lo deseas. Sé que no me creerás, bueno, de hecho, ni yo mismo me lo creo, pero ha sucedido. Audrey, te amo con todo mi ser. Estoy enamorado de ti por completo. No hay día ni noche que no piense en ti, no hay momento que no desee estar a tu lado. —Audrey se llevó las manos al rostro, emocionada—. Te pido que me des la oportunidad de hacer que te enamores de mí. ¿Sería eso posible?

Audrey suspiró, sonriente. Se sentía inmensamente feliz. No podía creerse que Henry la correspondiera.

—Henry, debo explicarte algo antes de responder. Verás, todo esto ha sido un malentendido. Un terrible y estúpido malentendido. No decidí marcharme porque quisiera ver el mundo. —Henry se acercó más—. Decidí irme porque pensé que te casarías con *lady* Victoria y, que, de esa manera, podría olvidarte.

Henry abrió mucho los ojos, incrédulo.

—¿Pero de dónde ha salido semejante disparate? ¡Es mentira! No voy a casarme con *lady* Victoria. Ella está comprometida con *lord* Alfred.

Audrey asintió.

—Lo sé. Julia me lo ha contado todo.

Henry suspiró, aliviado. Ahora comprendía muchas cosas. Audrey puso su mano en el brazo de Henry, y él la observó.

—Henry, no va a ser necesario que me pidas una oportunidad, porque yo ya te quiero desde hace tiempo. Lo que ocurre es que tenía miedo de decírtelo. Nunca me había enamorado antes, y tampoco me habían besado. Hasta que llegaste tú y me robaste el corazón sin apenas darme cuenta —admitió, sonriente.

Henry agarró las manos de ella entre las suyas.

—¿Es eso cierto? ¿Me amas? —preguntó, esperanzado.

Audrey se acercó más a él.

—Tan cierto como que el sol sale cada mañana. Tan cierto como la lluvia que está cayendo ahora mismo sobre nosotros. Te amo, Henry Crawford.

Henry sonrió y rodeó a Audrey con sus brazos.

—Bueno, entonces no esperemos más. Ahora que nos hemos encontrado al fin, no debemos volver a separarnos. Así que, allá voy. *Lady* Audrey Morgan ¿me harás el honor de casarte conmigo?

Audrey asintió enérgicamente.

—Sí, Henry, me casaré contigo.

Los dos se fundieron en un profundo y tierno beso, sellando así su amor. A continuación, Henry se separó y le acarició el rostro.

—Estaba pensando que, va a ser la primera vez que no aciertes en tu predicción.

Audrey lo miró con gesto interrogante.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Pues que al final no voy a casarme con *lady* Victoria, como tú decías.

Audrey se encogió de hombros.

—Bueno, mi habilidad no funciona conmigo misma.

—Y me alegra, porque no solo he encontrado a la candidata perfecta. He encontrado a mi alma gemela.

Audrey sonrió y agarró el rostro de Henry entre sus manos, besándole de nuevo en los labios.

Juntos al fin, después de superar los miedos y las dudas. Tras años de búsqueda, aquellos dos se habían encontrado. A partir de ese instante, el resto de sus vidas comenzaba.

Epílogo

Marley House, Sussex, 1858.

Stephen y Joseph miraban atentamente los objetos que su padre tenía expuestos en la mesa. Eran dos collares, encontrados en unas excavaciones cerca de Florencia, Italia. Su amigo, *lord* Alfred Beckinsale, se los había enviado desde allí, para que los examinara y para que después fueran trasladados al Museo Británico, como parte de una nueva exposición que tendría lugar en dos meses.

—¿Y esto lo llevó puesto alguna mujer romana, padre? —preguntó Stephen.

—Así es, hijo. O eso suponemos, claro está. Aún queda mucho por saber —respondió Henry.

Mientras tanto, Audrey ojeaba la carta que acompañaba a esas dos piezas.

—Lo encontraron en una tumba, parece ser que perteneció a una mujer patricia.

—¿Qué es una mujer patricia? —inquirió Joseph.

Audrey miró a su hijo.

—Una mujer noble. Los patricios eran los nobles de la época romana.

—Exacto. De hecho, aquí en estas tierras, encontramos una antigua casa patricia —apuntó Henry.

Los niños miraron a su padre, asombrados.

—Yo quiero encontrar tesoros también —dijo Stephen.

—¡Y yo! —exclamó Joseph.

—Bueno, ya tendréis ocasión. Ahora debéis ir a dormir —indicó Audrey.

Sus hijos pusieron cara de decepción. A pesar de todo, se dirigieron a su habitación sin rechistar. Audrey les dio un abrazo antes de que se fueran, mientras su padre los acompañaba a su cuarto, para contarles alguna historia antes de dormir.

Minutos después, Audrey salió a la terraza que daba al jardín y observó la luna llena que iluminaba el cielo nocturno. A lo largo de esos años, las cosas habían cambiado mucho en su entorno. *Lord Hyatt* falleció hacía un par de años y su hermana Julia disfrutaba de una vida tranquila y sosegada como viuda de un vizconde. Sabía que de vez en cuando tenía alguna aventura, pero su hermana había decidido no volver a casarse. Ahora disfrutaba de la libertad que nunca había tenido. Annabella y Clive seguían siendo un matrimonio feliz, y Howard y Diana se habían convertido en dos adolescentes educados y encantadores, que habían debutado en sociedad con éxito.

En cuanto a su matrimonio con Henry, se casaron al poco tiempo de declararse su amor bajo la lluvia en Berkeley Square y se trasladaron a Marley House, donde tenían un ala solo para ellos. Compartían la propiedad con sus suegros, que pasaban gran parte del año lejos de allí. De vez en cuando visitaban Ellis Hall y veían a los Morgan.

Al principio, Henry y ella viajaron mucho. Primero por Europa y después visitaron Egipto. Audrey finalmente quedó encinta y decidieron dejar de viajar por un tiempo. Hace cinco años vinieron al mundo sus hijos, Joseph y Stephen, gemelos casi idénticos que habían heredado el pelo rubio de Henry y los ojos azules de Audrey.

Ambos eran dos niños inquietos pero buenos. Les fascinaba, al igual que a sus padres, las historias de tesoros escondidos. Audrey se ocupaba de su educación, aunque un tutor venía a darles clases cada día. En unos años irían a Eton, al igual que hizo Henry.

En cuanto a los Davenport, ellos también habían creado su propia familia y seguían igual de felices. Siempre que tenían ocasión, ambas familias se veían,

ya fuera en Londres o en sus propiedades en el campo.

Henry observó a su esposa desde el marco de la puerta. Para él, en cualquier momento y circunstancia, Audrey era la mujer más hermosa del mundo. Habían conseguido crear un hogar feliz, con algunas discusiones y algunos enfados, que solían durar pocos minutos. Se comprendían a la perfección y se amaban, superando los problemas juntos. Se acercó a ella y la abrazó por detrás, rodeando su cintura con sus brazos.

—¿Qué hace usted tan pensativa mirando a la luna, *lady* Audrey Crawford?
—preguntó él, apoyando su mentón en el hombro de ella.

Audrey sonrió.

—Disfrutando de la hermosa vista.

Henry alzó la mirada y observó el firmamento.

—Hace una noche preciosa.

—Sí, aunque para mí todas las noches son bonitas.

—¿Aunque no se vean las estrellas?

—Sí, porque yo veo estrellas siempre, aunque haya nubes.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Henry, con interés.

Audrey giró la cabeza, y le miró.

—Porque las veo a través de tus ojos.

Henry sonrió y una cálida sensación recorrió su piel.

—Cuando dices cosas así, pienso que intentas seducirme.

Audrey sonrió de forma pícara.

—¿Y lo consigo?

Henry se rio y se mordió el labio inferior, mirando a su esposa con deseo.

—Sabes que no es necesario seducirme, ya sabes que estoy loco por ti y no existe remedio ni poción posible que haga que deje de quererte. Soy tuyo para siempre.

Audrey acarició el rostro de su marido, se giró por completo y le rodeó la nuca con las manos. Se acercó a él y le besó en los labios. Henry la estrechó entre sus brazos y le devolvió el beso con deseo. Se separaron y unieron sus

frentes, sonriéndose con ternura y amor. Subieron finalmente a su habitación, para perderse el uno en el otro.

Henry buscaba a la candidata perfecta, y la encontró en la persona que menos esperaba, Audrey, que estaba destinada a no encontrar nunca el amor, sino a buscarlo para los demás. Henry y Audrey comprendieron, después de muchas dudas, que estaban hechos el uno para el otro. A veces creemos que todo está escrito y que solo debemos seguir una única senda. Pero en este mundo existen cruces de caminos e imprevistos que pueden hacernos cambiar el rumbo de nuestro destino.

FIN

Nota de autora

Cuando escribí Charlotte Beverly, supe que Henry Crawford, el mejor amigo de Michael Davenport, necesitaba su propia historia. Aunque debo decir que vosotras, las lectoras, me disteis el empujoncito que necesitaba para sentarme a escribir. Gracias a eso, las palabras fluyeron sin apenas darme cuenta, y creé esta historia llena de amor y ternura.

Si habéis leído la historia de Charlotte habréis notado un cambio en el tratamiento, de *sir* a *lord*. Sí, era necesario hacer este cambio, porque es el tratamiento correcto. En un futuro, cuando reedite Charlotte Beverly, haré lo propio y lo modificaré como es debido.

¿Y qué puedo decir de Audrey Morgan? Es un personaje que me encanta, porque tiene muchas similitudes conmigo, y creo que todas nos hemos sentido un poco como ella en alguna ocasión. A través de ella, he querido reflejar la difícil situación de la mujer de la época, pero también, a todas aquellas mujeres adelantadas a su tiempo.

Solo me queda deciros que ha sido un placer escribir esta historia, porque me he enamorado de Henry más de lo que ya lo estaba, aunque a veces sea un poco travieso, y porque me ha permitido volver a ver a Charlotte y Michael, ahora convertidos en un matrimonio feliz.

Si te ha gustado

La candidata perfecta

te recomendamos comenzar a leer

En los ojos del highlander

de *Ana E. Guevara*



Capítulo 1

—**B**iip, biip, biip. ¡Biiiiiiip! ¡Biiiiiiip!

—¡Que ya te he oído! —le grité a la nada estirando una mano para tratar de alcanzar en la oscuridad de mi habitación el despertador que sonaba inclemente. ¿Es que ese artilugio del demonio no sabe que si está en esta casa es porque lo he comprado yo? ¿Qué clase de respeto hacia una dueña es ese? Porque estaba yo en medio de un sueño en el que un GEO se descolgaba por mi ventana y entraba en mi cuarto justo cuando ese maldito se ha puesto a sonar como si se estuviera quemando el edificio.

Salí de la cama sin encender la luz pues no quería despertar a Ramón, que seguía roncando sin ni siquiera enterarse de que el engendro despiadado conocido como despertador estaba tocando diana.

Al ponerme en pie, sentí que la cabeza me daba vueltas, debo reconocer que aquel día tenía un catarro de cuidado, pero que yo me negaba a reconocer. Mi abuelo siempre decía que los Esparza no nos enfermábamos y ese mantra me lo he repetido hasta la saciedad durante toda mi vida. Cuando llegué frente al espejo del baño vi los ojos rojos, la piel debajo de la nariz despellejada a fuerza de sonarme y notaba como mi voz sonaba más nasal que de costumbre, pero eso no me amilanó. Me duché, me vestí y me fui al hospital, no para pedir una opinión médica respecto a mi más que evidente proceso catarral, sino para darla pues, cosas de la vida, yo soy médica.

En verdad soy traumatóloga, que es muchísimo más divertido. Me ocupo de poner huesos en su sitio y yo no trato con enfermos contagiosos, aunque tampoco me hubiera importado pues yo me sentía inmune a cualquier infección, ya sea viral o bacteriana. Cosas de creerse de niña lo que te dicen tus abuelos y no querer cambiar de opinión ni aunque la evidencia científica así lo dicte.

Trabajo desde hace tres años en una clínica privada del norte de Madrid, un sitio muy agradable que siento como si fuera mi segunda casa visto el número obscuro de horas que en ocasiones le dedico a mi trabajo. Ese siempre ha sido motivo de discusiones con Ramón, que es incapaz de entender mi devoción por mi trabajo. Él actualmente está en paro, pero no porque no lo quieran contratar, sino porque con treinta y dos años aún no ha encontrado «ese trabajo soñado que le haga feliz». Sus palabras, no las mías, así que no me juzguéis. Ha sido repartidor de publicidad, modelo de manos, vendedor de productos biológicos, tejedor de bufandas de angora, catador de productos en una fábrica de salsas, animador de fiestas infantiles y hasta guía turístico. Menos mal que pude convencerlo antes de que llevara a más su idea de montar una granja de alpacas, y ahora dice que quiere sacar su vena creativa y se ha apuntado a un curso de pintura por Internet. Él se ha apuntado, pero dio mis datos bancarios para hacer el pago, que puede que sea un poco bala perdida, pero de tonto no tiene ni un pelo. Llevamos juntos cinco años y me gustaría decir que me imagino formando una familia y compartiendo mi vida con él, pero la verdad es que esa idea no forma parte de mis prioridades.

¡Madre mía, qué parrafada os acabo de soltar! Chica, es que a mí como me den cuerda yo me lío, me lío y nos dan las mil y no hemos avanzado nada. Vamos a ver, ¿por dónde iba? Sí, claro, el hospital (que ya hemos aclarado que es una clínica, pero me gusta llamarlo «hospital», que parece que luce más). Pues yo llegué esa mañana como cada día y, tras cambiarme y ponerme el uniforme, me fui a hacer un café con Carmen, que es una de las enfermeras que trabaja en mi servicio y con la que tengo mucha amistad. Es una mujer de unos cincuenta años (aunque ella siempre dice que tiene treinta y ocho) algo entrada en carnes y que me trata como si fuera mi segunda mamá. Lleva el pelo corto teñido de morado y unas gafas de pasta con montura de color verde, lo que hace que le dé al conjunto un aire de duende del bosque. Siempre tiene una palabra amable y creo que nunca la he visto más de veinte minutos seguidos sin sonreír. Un amor de mujer, vaya.

Hasta aquella mañana, pues, nada más verme, dio un grito de espanto y pegó la espalda a la pared como si hubiera visto una aparición del mismísimo Lucifer. Solo le faltó poner los dedos formando una cruz y echarme agua bendita pues los ojos desorbitados ya los llevaba de serie.

—¿Qué haces aquí? Vete a tu casa ahora mismo que tienes una pinta horrible.

—No me voy a ir, estoy perfectamente. —Yo trataba de sonar dura y convincente, pero me salió algo como «no me voy a ir edtoy pedfectamente» que creo que me hizo perder bastante credibilidad.

—De eso nada, parece que te vas a morir aquí mismo.

—Los Esparza no nos...

—Os ponéis malos, lo has repetido mil veces, pero a ver si te enteras de que eso es una milonga que te contaba tu abuelo para que no faltaras al colegio. Ahora quítate el pijama y vete a tu casa que estás echa un cuadro.

Tenía preparada una respuesta ingeniosa, de esas en las que los presentes se quedan anonadados por tu sagacidad mental y tu afilada lengua, pero se quedó en nada cuando me dio un ataque de tos. Cuando al fin me recompuse, con las mejillas sonrosadas y los ojos lagrimeando por el esfuerzo, mi compañera me tiró un paquete de *kleenex* desde su distancia de seguridad y meneó la cabeza en señal de reproche.

—Te vas a morir aquí mismo y me va a tocar a mí rellenar el papeleo, ya lo verás.

—No seas pájaro de mal agüero —añadí recogiendo lo poco que me quedaba de mi dignidad y salí hacia el pasillo dispuesta a pasar consulta como si fuera un día cualquiera.

Pero ese día no iba a ser como los demás y es que en mitad del pasillo, andando directamente hacia mí, se encontraba el Cuervo, el jefe de servicio de Traumatología. Se había ganado ese sobrenombre por ser alto y enjuto, con una nariz ganchuda semejante al pico de un ave. Con abundante pelo, tan negro que en ocasiones parecía que se le arrancaban reflejos azules, visto por el

pasillo parecía sacado directamente de un relato de Edgar Allan Poe. Pero sobre todo por el hecho de que en más de diez años como jefe de servicio nadie le había visto sonreír ni una sola vez. Los nuevos internos tenían una apuesta para ver si alguno conseguía contarle un chiste y que se riera, pero habían pasado generaciones y ninguno había sido todavía capaz de conseguir tal hazaña. Ya me había visto, así que no había dónde esconderse, con lo que solo me quedaba la opción de sonreír y disimular mi malestar lo mejor posible.

Estaba a punto de pasar a su lado con Carmen pisándome los talones cuando se paró en seco y se giró hacia mí.

—Esparza, váyase a su casa inmediatamente —dijo sin mediar tan siquiera un buenos días.

—Pero si estoy de maravilla —dije al tiempo que me sorbía de forma poco delicada un moquillo que estaba asomando por debajo de mi nariz.

El Cuervo se acercó y me obligó a levantar la vista para poder mirarlo a los ojos pues era bastante más alto que yo.

—No me gusta la gente contagiosa, por eso elegí esta especialidad. Tiene diez minutos para cambiarse y marcharse, en caso contrario llamaré a los de seguridad para que la desalojen y esto constará como falta disciplinaria.

Y de nuevo, sin mediar más explicaciones, siguió caminando por el pasillo con las manos juntas detrás de la espalda como un general que pasa revista a sus tropas. Carmen se colocó cerca de mí, pero guardando siempre las distancias, por lo visto se estaba tomando muy en serio el no querer tocarme.

—Venga, mujer, que te va a venir fenomenal irte a casa. Pídele a Ramón que te haga una sopa y os pasáis el día en el sofá tapados con una manta y viendo películas.

—Dicho así parece un buen plan —dije antes de ponerme a estornudar como si no hubiera un mañana.

—Antes de irte pásate a ver al doctor Rodríguez, de Medicina familiar, para que te haga una receta de un antihistamínico o algo, que parece que estás en las

últimas.

—No te preocupes que tengo de todo en casa, Ramón tiene una farmacia que rivaliza con la de cualquier hospital.

Carmen asintió en silencio. No tenía en demasiada alta estima a mi novio, ella era una mujer un poco a la antigua que le gustaba que un hombre trabajara para ganarse el pan. Siempre pensó que Ramón era un vago y un aprovechado, y en ocasiones yo era de su misma opinión, pero he de decir que últimamente estaba más atento, más cariñoso.

—Pero que conste que no estoy enferma, es solo que me ha dado un aire.

—Sí, sí, lo que tú digas. Y ahora vete antes de que el Cuervo movilice a la seguridad del hospital y te saquen a rastras como si fueras una demente.

Acabé accediendo, más que nada porque mi jefe no me había dejado más opciones, y me fui a casa. Imaginaba la sorpresa que se llevaría Ramón al verme llegar tan temprano. La recomendación de Carmen de la sopa, manta y peli me parecía cada vez una mejor idea, aunque sabía que me iba a tocar cocinar a mí pues Ramón no era especialmente ducho en las artes culinarias. Ya me imaginaba su cara de sorpresa al verme entrar por la puerta, seguramente me abrazaría y tal vez hasta nos daríamos una ducha juntos, que eso es algo que hacía tiempo que no lo hacíamos.

Pero la sorpresa me la llevé yo, y fue mayúscula, la verdad. Y es que al entrar en mi casa y oír ruidos provenientes de la habitación, nunca pude imaginarme que me encontraría una escena similar. A Ramón (¡mi Ramón!) con su profesora de *chi kung* (porque mi novio no se puede apuntar a un gimnasio a levantar pesas y correr en la cinta como cualquier hijo de vecino). Me hubiera quedado parada con la boca abierta sin decir nada si no fuera porque me dio otro ataque de tos que hizo que me doblara en dos y pensara en lo equivocado que estaba el abuelo con sus mitos sobre la salud sobrenatural de mi familia.

—Emma, ¿qué haces en casa tan temprano?

—¿Y tú qué haces en la cama con otra? ¡Que encima es mi cama, Ramón!

Eres tan vago que no has podido ni siquiera ir a su casa.

—Emma, cariño, no te alteres que esto no es lo que parece.

Y ahí fue cuando exploté. Yo no sé si fue por el paracetamol que Carmen me obligó a que me tomara antes de salir del hospital, por el café bien cargado que cogí en la cafetería, por la sensación de que con Ramón estaba perdiendo mi tiempo (y mi dinero), o de lo estúpido de la situación de pillarlo en plena faena con otra y que me diga que no es lo que parece. El caso es que me dio un ataque de risa, pero no una risa normal, no señor. Yo me caí al suelo de la risa, literalmente. Me quedé con la espalda apoyada en el quicio de la puerta mientras me secaba las lágrimas con el bajo del jersey. Me dio otro ataque de tos, y como por lo visto estaba en confianza con estos dos, no tuve reparos en sonarme la nariz también con el jersey.

Ramón me miraba como si estuviera loca mientras su profesora se vestía en silencio y de forma eficiente. Es lo que tienen los asiáticos, que son muy discretos. Incluso cuando son la amante de tu novio, no se les puede negar que lo dejan todo recogido y apenas hacen ruido. Claro que yo bloqueaba la única salida posible, y es que la muchacha o pasaba por encima de mí o salía por la ventana, y como vivimos en un octavo tomó la opción más respetuosa con su vida. Una acción muy inteligente, todo sea dicho de paso. Cruzó por encima de mis piernas y antes de marcharse me dedicó una sonrisa y juntando las manos delante del pecho e inclinando la cabeza me hizo una reverencia.

—Tienes una casa preciosa.

Y con esta frase desapareció de mi vida dejando una buena segunda impresión, porque la primera fue realmente nefasta. Sentada en el suelo con el jersey lleno de lágrimas y mocos, mire a mi ya exnovio con tristeza.

—Coge tus cosas, Ramón, y vete. No voy a hacer una escena porque estoy muy cansada, pero no quiero volver a verte.

—A ver, Emma, que ahora mismo estás muy alterada y posiblemente estés medicada con algo y no sabes lo que realmente te conviene en estos momentos. Vamos a darnos un tiempo para pensar bien lo que ha pasado. ¿Qué te parece

si te vienes a la cama conmigo? Tal vez podríamos incluso hacer el amor, yo ya estoy listo —dijo levantando el edredón y enseñándome su erección.

—¿Pero tú es que eres tonto? O peor aún, ¿me tomas a mí por tonta? No cojo un palo de escoba y te lo parto en la espalda porque no me apetece ni levantarme del suelo ahora mismo, pero te juro por lo más sagrado que si no te vas a hora mismo, llamo a mi primo Guardia Civil y se planta aquí con la mitad del cuartel para darte una paliza.

Ramón conocía a mi primo de las reuniones familiares y le tenía un miedo irracional, posiblemente porque lo veía como alguien que había sido capaz de conseguir sus metas sin desviarse del camino. Por eso y porque tenía unos bíceps que eran capaces de aplastar una lata de Coca Cola. Así que reunió su maltrecha dignidad, metió un par de cosas en una mochila y se marchó de mi vida, no sin antes decirme desde la puerta.

—No es lo que parece, Emma.

Y esas fueron las últimas palabras del hombre con el que había compartido gran parte de mi vida adulta. Estaba tan cansada que no tenía fuerzas ni para llorar por él y, tal y como estaba, me metí en la cama y dormí más de diez horas seguidas.

Henry Crawford busca a la mujer de sus sueños, pero no le resultará nada fácil encontrarla.



Henry Crawford, uno de los solteros más codiciados de Inglaterra, decide que ya es hora de sentar cabeza, casarse y formar una familia. En una fiesta de la temporada se reencuentra con una vieja conocida, lady Audrey Morgan, hija de los marqueses de Clayton. Audrey es una joven de veintiséis años, considerada ya una solterona, con un don especial: Es una excelente casamentera. Henry, sabedor de

este detalle, decide pedirle ayuda para encontrar a su futura esposa.

Audrey no duda en ayudarle, y se pone manos a la obra. Pronto encontrará a la mujer ideal para Henry. Se trata de la joven lady Victoria Baltimore, una muchacha de buena familia, bella y educada. Aunque parece que ha hallado a la candidata perfecta, Henry no está del todo convencido, porque apenas tiene cosas en común con la joven lady Victoria.

Sin embargo, pronto se dará cuenta de que quien realmente le atrae es Audrey, con quien poco a poco va forjando una amistad muy especial. Esto provocará que Henry empiece a albergar dudas en su corazón. ¿Conseguirá Henry aclarar sus sentimientos? ¿Encontrará a la mujer de sus sueños?

Andrea Muñoz Majarrez. Traductora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés. Gracias a esto, ha podido conocer diferentes culturas y perfeccionar idiomas. Le apasiona la literatura desde que era adolescente, y empezó escribiendo artículos sobre literatura, traducción y viajes en su propia página web. Además, forma parte de un canal de Youtube y Podcast, dedicado a videojuegos y cine, sus otras pasiones.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Andrea Muñoz Majarrez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-65-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 2

- [1] Mary Anning (1799-1847) paleontóloga británica, descubrió los primeros esqueletos de plesiosaurio, entre otros muchos. En su día, su nombre quedó un poco relegado en la comunidad científica inglesa, debido a su condición de mujer.
- [2] Ada Lovelace (1815-1852) matemática y escritora británica, hija del célebre poeta Lord Byron. Famosa por su trabajo sobre la máquina calculadora mecánica, y creadora del primer algoritmo destinado a ser procesado por una máquina. Es considerada la primera programadora de ordenadores de la historia.

Índice

La candidata perfecta

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Andrea Muñoz Majarrez

Créditos

Notas